

SEGUNDA FILA

WILLIAM THAYER ARTEAGA



EDITORIAL JURIDICA

Ediar-Conosur Ltda.



SEGUNDA FILA

William Thayer Arteaga.

1925-1973

EDITORIAL JURIDICA

Ediar-Conosur Ltda.



Prohibida su reproducción total o parcial de esta Obra
Es propiedad del Autor.

William Thayer Arteaga

Registro de Propiedad Intelectual N° 66.615

Segunda Fila

Edición 1987

Editada e Impresa por Editorial Ediar-ConoSur Ltda.
Fanor Velasco 16 Fonos: 718018 - 724014 - 6986104

INDICE

- Introducción.....	1
- Mi circunstancia y yo.....	3
- Primera infancia.....	7
- Conciencia Social.....	9
- Hechos Políticos.....	13
- Vida Universitaria.....	15
- El Mundo Sindical.....	19
- El misterio de la Providencia de Dios.....	21
- El Derecho y la Fuerza.....	27
- La lucha por el derecho.....	29
- Asesorías Sindicales.....	31
- Personajes e Instituciones del Mundo Sindical.....	37
- La Caja de Compensación de ASIMET.....	43
- Peculiaridades de la asesoría profesional a las organizaciones sindicales.....	49
- Ministro de Estado.....	65
- La experiencia de gobierno.....	71
- Segunda Fila.....	73
- Experiencia Ministerial.....	75
- Rectorado de la Universidad Austral de Chile.....	107
- Vida académica, vida Universitaria no académica, vida extra-universitaria.....	115
- Reforma Universitaria.....	119
- Tomas y retomas.....	121
- El Presidente Allende y el Plan BID.....	125
- La huelga de octubre de 1972.....	133
- Arrecia la tormenta.....	141
- Intervienen las Fuerzas Armadas.....	147
- Los últimos días.....	149
- A manera de epílogo.....	157
- A S.E. el Presidente de la República.....	159
- La Cámara de Diputados acuerda.....	167
- Carte a Mariano Rumor.....	169
- Anexo.....	191

INTRODUCCION

El decenio 1980-1990 implicará una gran tarea de reconversión civil y democrática para Chile. Algunas instituciones van a ser claves en el nuevo ordenamiento: las universidades, los sindicatos, los gremios, las empresas, los partidos políticos, la Iglesia, las regiones, el Gobierno central. Pero su futuro será, de manera principal, producto de las energías históricas acumuladas en los últimos decenios.

Mucho he tenido que ver y algo que hacer durante ese tiempo, marcado por dos grandes guerras y tensas posguerras. No en primera fila, sino en segunda. Los de primera fila escriben sus Memorias; los de segunda, muchas veces poseen testimonios valiosos que se pierden para la historia política o social. Creo que el mío puede ser útil para más de alguien. Por lo menos, como me veo forzado a mencionar a gente que he conocido o tratado, no faltará aquél que se anime a contar la parte de los acontecimientos que no vi. Siempre hay mucho más que el propio testimonio. En definitiva, somos protagonistas de nuestra vida, pero no de la historia.

Premeditadamente me detengo el 11 de septiembre de 1973. Como en la obra de Priestley, me he asomado con ingenuidad a ese pasado, quise revivir una experiencia, como si se desconociera el desenlace que tomó imprevistas proyecciones después de que asumió la Junta Militar. Ha sido un buen ejercicio mental y moral.

MI CIRCUNSTANCIA Y YO

Estos apuntes recogen experiencias personales que pueden tener interés más allá del ámbito familiar. Se inician con los vagos recuerdos de la primera infancia, pero sólo se explican insertos en una circunstancia. Ella, obviamente, precedió a mi conciencia y contribuyó a formarla.

Vine al mundo en un 12 de octubre de 1918, un mes antes del armisticio que pondría término a la primera guerra mundial, en una familia de medianía económica que ocupaba una casa antigua y grande, en la calle Bulnes.

Mi madre pertenecía a la aristocracia santiaguina Hija de Benjamín Arteaga Alemparte, sentía admiración por el legado de sus ilustres tíos -Justo y Domingo- y por su abuelo, el general Justo Arteaga. A la fecha en que Virgilio Figueroa publicó su famoso Diccionario, se le recordaba como el militar con mayor tiempo de permanencia en las filas: 61 años, 8 meses y 24 días. Asistió a la Patria Vieja (1813) y a la Reconquista chilena; desde 1819, a la organización de la República; peleó con Freire en Chiloé; presencié el bloqueo del Callao en 1824, como comandante de infantería de marina; intervino en Ochagavía y Lircay, en la pacificación de la Araucanía y en las revoluciones de 1851 y 1859; concurrió al bombardeo de Valparaíso en la -guerra con España- al mando de la primera división, y fue comandante en jefe del Ejército en los comienzos de la guerra del Pacífico. Bien me comentó un gracioso: _ Mandado a hacer para la guerra de Cien Años.

"Misiá Laura", como los encopetados parientes la llamaban con cariño y respeto, era más bien baja -rasgo común en los Arteaga-, hacendosa hasta el extremo, entregada a su marido, sus hijos y su hogar. Tenaz custodia de la tradición y el estatus familiares, estaba

dotada de especiales condiciones literarias -parte del acervo-, que sacrificó al cuidado de los suyos. De cuando en cuando, para algún cumpleaños, junto al infaltable regalo que todos esperábamos, se asomaba la chispa de su ingenio, en una dedicatoria, una estrofa, una poesía alusiva a las virtudes del homenajeado.

Mi padre no podría ser más distinto. Su elevada estatura denunciaba el ancestro anglosajón de los Thayer, disimulado por su tez morena, que no sorprendía en los descendientes de la vieja Casa Ojeda. Pertenecía a la segunda generación de los Thayer chilenos: su abuelo -William Turpin Thayer Brown- llegó al mando de una flota mercante en 1826, proveniente de Boston. Contrajo matrimonio en Talcahuano con Carmen Garretón y Jofré, enlace del que proviene el funcionario de Aduanas y coronel de guardias nacionales, Guillermo Thayer Garretón, mi abuelo. De nueve hijos -nacidos de su unión con Delfina Ojeda y Ojeda- dos vieron la luz en Caldera: Luis, mi padre, en 1874, y Tomás, en 1877, ambos historiadores.

El joven Luis Thayer Ojeda debió superar con enormes sacrificios y envidiable tenacidad su condición de modesto provinciano, de origen extranjero, en la casi hermética sociedad capialina. En tres años completó los estudios secundarios y postuló al bachillerato, con miras a seguir la carrera de abogado. El futuro historiador fracasó en la prueba de historia. No por ignorancia del ramo, sino por imaginar que podía sostener una respuesta acertada sobre Bohemundo, Tarento y el ducado de Apulia, ante un respetable examinador equivocado. La discusión renacería muchos años más tarde, entre el ya maduro historiador y el anciano ex-presidente de una comisión de bachillerato.

Enfrentado a la necesidad de abrirse camino en el Santiago finisecular, sin recursos económicos ni títulos universitarios, hizo del saber el medio y el fin de su vida. Bondadoso, hogareño, muy unido a los suyos, más que conocimiento, anheló la sabiduría, esa especial forma de conocer "saboreando la verdad".

Creo que desde sus comienzos, Luis Thayer Ojeda buscó el estudio como medio necesario para distinguirse. Venía de un pequeño puerto nortino y su primer libro importó un desafío a sus nuevos coterráneos: *Santiago: origen del nombre de sus calles*.

Y por si su apellido no impresionaba a los encumbrados parientes de su amada Laura, se hizo genealogista y publicó varios libros sobre los Thayer, el *Origen de los apellidos en Chile*, dos tomos sobre *Familias chilenas*, algo sobre navarros y vascongados, hasta culminar con una obra premiada y trascendente: *Elementos étnicos que han intervenido en la población de Chile*.

Pero su vocación al estudio y su fecunda imaginación lo empujaron también a otros y muy diversos campos: la prehistoria de España, la mitología como fuente del conocimiento prehistórico (una de sus obras fundamentales es el Ensayo de cronología mitológica), la cosmogonía, la lingüística y la etnología. No es momento de citar sus obras, pero conviene recordar que un resumen de sus ideas en estas últimas disciplinas se contiene en el trabajo de incorporación a la Academia Chilena de la Historia, que tituló: *Teoría sobre el origen de las razas y las lenguas latinas*. Parte importante de sus estudios de mitología y de sus reflexiones cosmogónicas, las vertió en los cuatro tomos de dos novelas ambientadas en la época de la ruptura del istmo de Gibraltar: *En la Atlántida pervertida* y *En el mundo en ruinas*.

Pero los investigadores chilenos de esos años no sabían del computador, los cursos de posgrado ni los institutos interdisciplinarios. Exploraban y experimentaban donde y como podían, impulsados por lo permanente, que era su vocación, y lo versátil, que eran las circunstancias. Así, mi padre tuvo fábricas de cera y velas; hacía frutas confitadas; compuso valeses, boleros, un Ave María y un manual de enseñanza de la música, desgraciadamente perdido y que algún día tuve en mis manos.

Entre tanto, como funcionario público, a cargo de la sección bienes nacionales de la Dirección del Tesoro, antecesora del Minis-

terio de Bienes Nacionales, se ocupó en recuperar para el Fisco propiedades indebidamente ocupadas por particulares o simplemente no inscritas, por un valor que, en 1922, representaba \$348.877.427,26. Para ello debió viajar, en los comienzos del siglo, hasta la entonces remotísima isla Navarino, donde su pequeña embarcación encalló y él casi perdió la vida.

Tengamos presente, para apreciar el significado de esas cifras que aquellos días el presidente Alessandri Palma clamaba por aumentos de sueldos a Carabineros, Policía, Correos, Aduanas, Impuestos Internos, Dirección de Contabilidad, Tesorería General, personal del Ejército, Poder Ejecutivo, personal de ley de instrucción primaria obligatoria, etc. que obligaban a un gasto total en el presupuesto de \$71.161.000. Proyectados a los tres años de su Administración (1921-1922 y 1923), implicaban una mayor carga de \$213.000.000.

Cuando falleció mi padre -el 16 de marzo de 1942- vivíamos en una sencilla casa pareada -que aún se conserva-, en el número 095 de la calle San Luis, comuna de Providencia de esta capital. Algunos amigos, entre los que recuerdo a Manuel Montt Lehuedé, Salvador Valdés, Diego Dublé Urrutia y otros, gestionaron que la referida "San Luis tomara su nombre actual: Avenida Luis Thayer Ojeda".

Pienso que el homenaje era merecido, pero está incompleto. Desde que murió su hermano Tomás, quince años después, la calle debió recordar a ambos historiadores. La obra de mi querido tío es muy conocida; pero los esfuerzos titánicos cumplidos para llevarla a cabo, cuando a los dieciseis años un accidente lo dejó a las puertas de la ceguera, fueron literalmente monumentales y poco se valoran. Además, bien merecen ser recordados en conjunto quienes fueron, aparte de hermanos, entrañablemente amigos.

Con estas breves notas procuro explicar algo de lo esencial de mi "circunstancia". El testimonio empieza, a muy temprana edad.

PRIMERA INFANCIA

Vivíamos en el Cerro Castillo, en Viña el Mar. Oyendo a los grandes llegué a saber que en 1920, por enfermedad de la mayor de mis hermanas, habíamos venido de Santiago, donde vivían parientes importantes. Poco a poco conté varias "mudanzas", que para mí significaban sencillamente la llegada de unos coches muy grandes llamados "golondrinas", donde hombres envidiablemente forzudos cargaban los muebles y el piano -que era un capítulo especial- para llevarlos a una nueva casa.

A veces la empleada, junto con el desayuno, anunciaba: "Anoche llegaron alojados, señora". No había cómo equivocarse: Jorge Bernales (uno de los Cuatro Huasos); mi padrino Claudio Arteaga; Eugenio Matte (sería gran maestro de la masonería, presidente de la NAP (1) y fundador del partido socialista) o alguno de los otros visitantes habituales.

En 1925 mi padre me llevó a la plaza de Viña para ver al presidente Alessandri, que había vuelto "del destierro" y hablaría desde los balcones del majestuoso edificio del Club. Solo diez años después vine a relacionar esa escena con la noticia, conocida poco antes, de que mi padre había quedado atrapado casualmente en la Moneda durante el "golpe de Estado" de enero de aquel año y que el Código del Trabajo, que había preparado Moisés Poblete, "con la ayuda de Claudio Arteaga", había tenido su origen en una decisión de Alessandri.

(1) NAP: Nueva acción pública, movimiento político-gremial, muchos de cuyos militantes se integraron al partido socialista.

Otra familia muy amiga era la de Luis Barros Borgoño, que vivía en una gran casa verde, frente al balneario de El Recreo, del cual era presidente. Tenían un enorme automóvil Cadillac. El "Tata" Luis había sido candidato presidencial y Jefe de Estado, en circunstancias que me costó comprender. En cambio, me pareció muy lógico que a María Mercado -antigua mamá de nosotros- le observara mi madre que no debía cantar el estribillo de "Cielito Lindo":

*Si, ay, ay, ay, Barros Borgoño,
aguárdate que Alessandri,
cielito lindo, te baja el moño*

No le había visto el moño al Tata Luis, sino a María Mercado, pero sospechaba que a "los Barros" esa canción no les gustaría.

Nuestra situación económica no era holgada, a pesar de la facilidad con que recibíamos alojados...o tal vez, en parte, a causa de ello. Pero advertía que mi madre hacía más esfuerzos que mi padre por no desmerecer en lo que hoy llamamos "estatus" ante los parientes y amigos de Santiago. Mi padre, en cambio, publicaba libros sobre la formación del Mediterráneo, que llevaban un timbre muy familiar para todos: "Imprenta Roma, Valparaíso". Todos comentaban que era un sabio, pero que esos libros no daban plata. ¡Quién tuviera, pensábamos, la suerte de nuestro vecino, Salvador Allende, que se había sacado dos veces el premio "gordo" de la Lotería de Concepción. Su hija Laura figuraba en todos los concursos de belleza. Su hijo, "el Chicho", que estaba por recibirse de médico, no llamaba mayormente la atención, pero interesaba a mis hermanas mayores.

CONCIENCIA SOCIAL

Mi padre no quería que los niños entraran muy pequeños al colegio. Así aprendí a leer, un poco a escribir y algo de aritmética en la casa. Entré en los Padres Franceses en 1928, a la primera preparatoria, en el tercio de los más grandes, y cursé en el mismo colegio hasta el primer año de humanidades. Hijo de genealogista, conocía el escudo de la familia Thayer, con su lema en inglés: "Always Ahead". "*Siempre adelante*, o *siempre a la cabeza*, significa que tendrás que ser el primero del curso", me había agregado desde su imponente metro ochenta y cinco mi padre. Yo lo tomé como una necesidad lógica, más que como un deber sagrado. Me acostumbré a ser el primero en ese colegio, y después en el Liceo de Viña, donde cursé de segundo a sexto años, según la estructura escolar de entonces.

Cuando entré en el liceo desperté a una muy nueva experiencia social. Durante los años de mi infancia, Humberto, el hijo de "la Zoila", o Waldo, hijo de "la Susana", habían sido mis compañeros de juego. Pero sabía que eran hijos de las empleadas; que, en alguna forma, eran "pobres" y yo un "niño rico", aunque no vivíamos con holgura.

Algo muy distinto era el liceo. Uno de mis compañeros llegó el día sábado en bicicleta a "dejar la carne" a mi casa. Me escondí para no humillarlo: era repartidor en la carnicería y yo el hijo de un caballero muy respetado, con primos que tenían fundo y una casa que entonces, era exactamente la primera de la elegante avenida Libertad. Y el asunto no paraba ahí: el común de mis compañeros e iguales en el liceo eran de aquella condición social. Había un grupito más acomodado: uno cuyo papá era ministro de la Corte de Apelaciones; otro, hijo de nuestro dentista, y así una media docena. Pero más importante que ellos eran 'el Chueco' Bueno, un

as del fútbol; 'el Gato' Sepúlveda, que vivía peleando con 'el Negro' Erraz; y 'el Califa' Villalobos, ya experimentado boxeador del club Cultura Física. Allí no estaban los Ruiz Tagle, los Santa María Borgoño, los Barros Riesco, los Arteaga Infante o los Matte Hurtado.

Muchos años después, leyendo "Los conquistadores", de mi tío Tomás Thayer, y los "Elementos étnicos", de mi padre, descubrí que los aristócratas santiaguinos no siempre lo habían sido; que hubo inmigrantes afortunados que desplazaron a los descendientes de Valdivia y sus compañeros; y que, por tanto, Ercilla, Zúñiga, Villagra, Pastene, Monroy, Maldonado, Araya, Cabrera, Gómez y Cornejo, tenían su propia aristocracia, sólo que de la Conquista y no de la Colonia. Es lo que con gracia de poeta y picardía de político sostiene Neruda, en el capítulo IV, XVI, de su *Canto General* :

*Cuando ya todo fue paz y concordia,
hospital y virrey, cuando Arellano,
Rojas, Tapia, Castillo, Nuñez, Pérez,
Rosales, López, Jorquera, Bermúdez,
los últimos soldados de Castilla,
envejecieron detrás de la audiencia,
cayeron muertos bajo el mamotreto,
se fueron con sus piojos a la tumba
donde hilaron el sueño
de las bodegas imperiales, cuando
era la rata el único peligro de las
tierras encarnizadas:
se asomó el vizcaíno con un saco,
el Errázuriz con sus alpargatas,
el Fernández Larraín a vender velas
el Aldunate de la bayeta,
el Eyzaguirre, rey del calcetín.*

Ese último verso era algo que no podía perdonar nuestro querido y admirado Jaime Eyzaguirre. No le molestaba la alusión intencionada y despectiva, sino la ausencia de todo fundamento en el caso específico de los Eyzaguirre y de los fabricantes de medias.

Pero a medida que transcurrían los años se advertía mayor permeabilidad social. Eugenio Matte Hurtado y Claudio Arteaga Infante fueron líderes de la revolución socialista del 4 de junio de 1932. Poco tiempo después, mi padre fue candidato a senador por la NAP, con Prudencio Mena Contreras y el Dr. Grove -hermano de Marmaduke-, que arrasó en Valparaíso con la NAP y el prestigio ponderado de Luis Thayer Ojeda. Este no se inmutó. Le habían pagado los derechos de traducción de su "Ensayo de cronología mitológica"; volcaba una parte no despreciable de sus conocimientos de prehistoria en los cuatro tomos de su novela ambientada en el mundo de los atlantes, y completaba las bases de una novedosa Tabla periódica de los cuerpos elementales. Además, había terminado una exitosa experiencia en la elaboración de frutas confitadas.

HECHOS POLITICOS

El 26 de julio de 1931 un vecino y compañero de curso, me gritó desde la gruesa muralla divisoria:

_ ¡Cayó Ibáñez!

Me fui corriendo donde mi papá, que estaba enfermo en cama. Me llamó la atención su comentario:

_ Algún día se darán cuenta del error cometido!

Y siguió leyendo.

El 4 de junio de 1932, cuando en la pizarra noticiosa de la calle Valparaíso leí que Eugenio Matte formaba parte de la Junta de Gobierno, imaginé el alboroto que habría en mi casa. "Eugenio", "Claudio", "la NAP" eran las palabras más repetidas. Poco tiempo después, la disolución de la NAP para dar nacimiento al partido socialista provocó un rompimiento irreparable entre Arteaga y Matte. Mi padre solidarizó con Arteaga: eran gremialistas convencidos y estimaban que era una verdadera traición abandonar a los gremios por la política partidista.

En mi opinión, un intento de conciliación entre gremios y partidos fue lo que llevó a algunos católicos sociales a fundar, alrededor de 1934, el partido corporativo popular, invocando una carta del cardenal Pacelli. Enrique Rojo Céspedes -candidato derrotado de la NAP y mi profesor de historia- tanteó mi adhesión a través de un entusiasta corporativista, Carlos Aracena ("El ñato"), quien sería un destacado periodista años después. Me negué pretextando insuficiente conocimiento de la realidad política chilena, pero el "runrún" de esa opción perduró en mi espíritu.

Hacia 1934 y 1935 algunos de mis amigos del liceo se entusiasmaron con la milicia republicana; otros cayeron en la fascinación del nazismo (lo escribían con "c"). Se hablaba también de un movimiento renovador nacido en la juventud del viejo partido conservador. Sus principios me parecían inobjetables, pero me molestaba su estructura orgánica, que los hacía simples apéndices de una institución mayor, drásticamente opuesta a la NAP y al partido corporativo popular. Mientras veraneábamos en Quillota, asistí a un acalorado debate entre el jefe del nazismo en esa ciudad y algunos dirigentes de la juventud conservadora que defendían con pasión a su líder: Bernardo Leighton. Grabé ese nombre. Cuando la Falange Nacional formó tienda aparte, algunos años más tarde, me consideré incorporado espiritualmente a ella, pero retardé mi adhesión oficial debido a las funciones directivas que cumplía en la acción católica.

VIDA UNIVERSITARIA

Seguí estudios de derecho en el llamado curso de leyes de los Sagrados Corazones, que después se incorporó a la Universidad Católica de Valparaíso. Esta fue una de mis primeras luchas universitarias: me parecía absurdo que existiera este curso de leyes aislado, y una Universidad Católica donde no había Facultad de Derecho. Conseguí promover un debate en el centro de alumnos, y mi proposición obtuvo un voto: el mío. El irónico Raúl Cereceda, más tarde distinguido profesor de la Gregoriana de Roma, me puso un mote: "Malaquías", por alusión al entonces rector de la Universidad porteña, Malaquías Morales.

En enero de 1938 me presenté como aspirante al servicio militar, en el regimiento Maipo, el viejo 2º de línea. El curso especial comprendía dos períodos de tres meses, por lo cual cumplí el segundo período al término de mi tercer año de derecho como alumno de la Universidad Católica de Chile, en Santiago, donde mi familia había regresado. Recuerdo que el 12 de enero rendí mi último examen del año 1939/40, ante Francisco Walker, Manuel Somarriva, y mi profesor del ramo, Eduardo Frei Montalva. Por ello debí excusar mi retraso al regimiento, que había iniciado el segundo período del curso de aspirantes el día 10. Ese año no volvimos a tener como instructor a un pícaro y temible oficial, que, sin desmedro de la más estricta formación y disciplina militares, se tomaba ciertas libertades para probar nuestro espíritu de iniciativa. Así fue como un día nos ordenó: "Volverse loca la compañía", y durante tres minutos hicimos toda clase de inocuas barbaridades, incluyendo, en broma, los más gruesos insultos al propio instructor, proferidos por los momentáneamente irresponsables. A su tremendo vozarrón, que ordenaba: "¡Alto! Volverse cuerda la compañía", cesó ese extraño "intermezzo". Así aprendí a obedecer al entonces teniente de infantería, Augusto Pinochet Ugarte. La intimidad del cuartel originó, sin embargo, una verdadera relación de amistad.

En la Universidad fui un buen alumno: distinguido aunque no extraordinario. Poco a poco se fue despertando en mí la inquietud social, más bien religioso-social y universitaria que económico social. Fui delegado de mi curso, presidente del centro de derecho; secretario general y vicepresidente de la ANEC (Asociación Nacional de Estudiantes Católicos), y presidente nacional de la juventud católica (1941-1942). En la Universidad Católica mis compañeros de curso volvían a recordarme a los de los Padres Franceses, mucho más que a los del liceo...aunque había de todo. Lo que mi tío Tomás Thayer describe en la prosa de *Los Conquistadores* y Neruda ironiza en su poesía política, todavía se advertía en el Santiago de la segunda guerra mundial. Los Errázuriz, Fernández Larraín, Aldunate y Eyzaguirre habían desplazado a los "últimos soldados de Castilla: Arellano, Rojas, Tapia, Castillo, Nuñez, Pérez..."pero esto ya no importaba en la Universidad. Al menos continuaba el proceso de valorar "por lo que eres y no por lo que tienes". Paralelo a éste, se acentuaba el otro: los que "tenían" ahora solían no ser los herederos de la aristocracia decimonónica. Said, Sumar, Yarur, Hirmas entraban en escena, como lo pintaría Enrique Bunster en *Un ángel para Chile*.

Una mezcla de todo esto fue la Acción Católica y una versión más laica de este pluriclasismo, la Falange Nacional. Unos cuantos directores espirituales, nacidos de la triple aristocracia de la sangre, del talento y de la Gracia -así, con mayúscula- infundían anhelos de autenticidad en el testimonio social-cristiano o cristiano social. Sin afanes partidistas, pero más de una vez envueltos en la vorágine de las tensiones de la época, nos guiaban Jorge Gómez, Pancho Vives, Manuel Larraín, Alberto Hurtado. No conocí al padre Fernando Vives, y sólo, muy de paso, al brillante y extraño Juan Salas.

En el mundo universitario, Cruz Coke destacaba como un genio: científico, político, orador, escritor, profundamente religioso y de gran sentido social. Más joven que él, Jaime Eyzaguirre empezaba a vislumbrarse como una alternativa de liderazgo espiri-

tual y universitario. Entre los "falangistas"-miembros de la recién fundada Falange Nacional- destacaban Garretón, Leighton y Frei. Había apasionados seguidores de algunos líderes: Mardones y Lecannelier_eran la continuación de Cruz Coke; Armando Roa, Gabriel Cuevas y, más tarde, Juan de Dios Vial seguían a Jaime Eyzaguirre; Javier Lagarrigue, Gabriel Valdés, Sebastián Vial eran hechura de Frei, quien después de la derrota de Cruz Coke en la elección de 1946 asumió sin duda el liderazgo político de los católicos sociales, entre los que me contaba.

EL MUNDO SINDICAL

Hacia los últimos años de mis estudios universitarios busqué un empleo. La situación económica de mi familia era estrecha. Mi padre mostraba síntomas preocupantes de hipertensión. En 1942 ocupé el segundo lugar, detrás de mi amigo Jorge Marshall, en un concurso para ingresar en las comisiones mixtas de sueldos, organismos creados en 1937 por una ley que estableció diversos beneficios para los empleados particulares.

La FIEP, la CONEP, la UECH, la ANES (2) pasaron a constituirse en siglas de frecuente uso para el novel funcionario de la oficina jurídica de la comisión provincial mixta de Santiago. Los principales dirigentes gremiales de empleadores y empleados eran miembros de la comisión central mixta, o de las comisiones provinciales. Miles de expedientes en que se debatían las más candentes cuestiones sobre beneficios, aspiraciones, derechos y demandas de empleados particulares y semifiscales, pasaron a incorporarse a mi formación profesional. Había egresado de la Universidad en 1942, el mismo año en que murió mi padre, y tuve que esforzarme mucho para atender, simultáneamente, funciones rentadas, la preparación de mi tesis de licenciado, labores como profesor ayudante de monseñor Vives en la Universidad y , después, el examen de licenciatura, la práctica profesional, la graduación, el matrimonio y una imperiosa necesidad de ayudar en los gastos de mantención de mi hogar materno.

(2) FIEP = Federación de Instituciones de Empleados Particulares
CONEP = Confederación de Empleados Particulares
UECH = Unión de Empleados de Chile
ANES = Asociación Nacional de Empleados Semifiscales .

En 1946, algo resentido por lo que estimé una discriminación, dejé la administración pública. Trabajé algunos años en el estudio profesional del diputado conservador, ingeniero y abogado, Enrique Alcalde Cruchaga, quien, no obstante mi definición política, me admitió gustosamente en su oficina. Alejado así de los asuntos laborales, gané experiencia profesional en otras áreas del derecho (civil, procesal, particiones y asuntos de familia). Seguía dando clases en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica, y pronto, a sugerencia de mi amigo Alfredo Bowen, en la Escuela de Servicio Social, que a la sazón dirigían Rebeca y Adriana Izquierdo con celo apostólico incomparable. Filosofía del derecho y sociología en dos escuelas de la Universidad Católica; derecho del trabajo por cuatro años en las comisiones de sueldos, y ejercicios liberal en un estudio experimentado, equilibraban mis inquietudes y ampliaban el horizonte de mis actividades futuras. Había alcanzado cierto prestigio entre la nueva generación política; mantenía estrecha vinculación con la Acción Católica; sentía profunda atracción por la actividad docente universitaria, y no podía negar mi interés por la actividad profesional. Mi tesis de licenciado se había titulado: "Orientación profesional y vocación jurídica". En ella pretendí aclarar muchos puntos sugerentes de ese tremebundo asunto; pero mi propia vocación no terminaba de configurarse.

EL MISTERIO DE LA PROVIDENCIA DE DIOS

¿Cómo se armonizan la libertad del hombre y la voluntad de Dios? Decimos que es un misterio. Dios "actúa" en la eternidad; el hombre en el tiempo..., lo cual supone generosamente un pasado y un futuro, mientras se nos escapa a cada instante el presente. La permanencia en éste se llama eternidad.

Todos hemos tenido momentos de nuestra vida en que lo maravilloso se nos impone y nos induce al asombro o la oración.

No tenía cuatro años. Entraba con mi padre en una pieza, en la vieja casona del Cerro Castillo, y le dije:

_ Mira el hombrecito que va ahí; se metió debajo de la silla...

Era una de esas sillas con bandeja que usábamos desde muy pequeños. Mi padre no vio al "hombrecito", pero sí vio cómo se tambaleaba la silla, mientras mi narración especificaba que el personaje se metía debajo de ella. Muchas veces discutimos esto con mi padre, después. Siempre nos maravillábamos frente a un hecho: el adulto no tuvo la visión infantil, pero sí observó sus efectos. ¿Ilusión óptica, contagio psicológico, o magnetismo animal? Lo que se quiera. Pero allí estaba lo maravilloso. Y no fue la única vez.

A los catorce años me encontraba oyendo una enorme radio Stromberg-Carlson en el *living* de la casa de Avenida Libertad. Aunque era pleno día, de repente sentí un extraño temor. Se me antojó que había alguien detrás de una puerta y que iba a mover la manija. Todo era ridículo. Instintivamente desvié la mirada de la maldita puerta que conducía a un baño de visitas. ¡Pero era más ridículo no mirar una manija por susto de verla moverse! Hasta hoy

me avergüenza un poco contarlo. Volví la cabeza y la miré desafiante. Entonces sobrevino lo maravilloso: empezó a moverse; temblaba la puerta entera, como si alguien la zamarreara por detrás...Escapé. Subí la escalera a grandes zancadas. Mi hermana se burló justamente de mí. ¿Justamente? A los 14 años huí. Qué haría hoy en un caso igual? Por fortuna fueron pocos en mi vida. Si no, me habrían encerrado.

Pero, apartándonos de estas experiencias que se mueven en el campo de la sugestión o el magnetismo, lo maravilloso toma a veces acentos providenciales. Recuerdo que un día -ya mayor- iba llegando a la esquina de Portugal con Alameda, al volante de un pequeño Crossmobile: mi primer auto apenas merecía calificarse de tal. A mi lado se detuvo un vehículo mayor -no podía ser menor- en que viajaban varias atrayentes jóvenes. Una de ellas gritó coquetamente:

_ Miren que autito más lindo...

Me inundó una vaga sensación de vanidad...y, al instante, una horrible incertidumbre. Sentí que el volante se había despegado de su eje y me quedaba sin dirección. A Dios gracias estábamos detenidos ante la luz roja. Pero mi tentación de vanidad se hundió en el mar de la ridiculez: "El autito tan bonito había dejado a su dueño con el volante en la mano". Eso pudo haberme ocurrido a ochenta kilómetros por hora y no sé que habría sido de mí. Pero en esa situación, detenido, sólo se había conjurado el riesgo de la vanidad. ¿Una coincidencia? Me ocurrieron muchas; pero una, que fue decisiva en mi vida profesional, la considero manifestación viva de la Providencia de Dios.

Varios amigos, de muy diversas calidades, solíamos juntarnos a desayunar en el viejo café Astoria. Unos regresábamos de alguna temprana clase en la Universidad, o de comulgar en la iglesia de las Agustinas. Otros tenían la sencilla costumbre del segundo desayuno. Era una especie de bohemia matinal, que aún puede observarse en los cafés del centro de la capital, remedo involun-

tario de lo que soñadoramente se disfruta en cualquier *boulevard* de París.(3)

Un día, uno de los contertulios, el inolvidable profesor y amigo, Carlos Vergara Bravo, me habló de un asunto profesional que lo preocupaba. Se refería al personal de la entonces Caja Nacional de Ahorros. Al correr de la conversación le expresé algunas opiniones. Terminamos nuestro café y nos despedimos.

Al fin de la misma semana, un sábado -por aquella época se trabajaba hasta el mediodía- lo volví a encontrar. Estaba solo, sentado a una mesa separada, que no era la mesa habitual de las tertulias. Me hizo señas y fui donde él. Me habló de que se sentía cansado, que necesitaba ayuda y quería pedirme cooperación en el asunto del personal de la Caja Nacional de Ahorros, sobre el cual habíamos conversado. Mi respuesta no podía merecer dudas, atendidos mi afecto por él y la distinción de que me hacía objeto. Lo notable es que sin ser asunto de urgencia inmediata nos reuníamos esa misma mañana en su oficina, posponiendo otras labores.

Encerrados a examinar el caso, tuve una intuición: ese asunto lo había conocido antes. Lo conocía desde mucho antes, aunque sólo pocos días atrás lo habían encomendado al distinguido maestro. Entonces dije:

_ Don Carlos: éste es el mismo problema que hace unos cinco años se discutió ante las comisiones mixtas de sueldos entre el sindicato profesional de empleados de la Caja Nacional de Ahorros, y esa institución. En ése juicio los empleados sostenían que cierta cantidad que la caja les pagaba era sueldo y debía ser

(3) Recuerdo, entre ellos, Eduardo Frei, Vicente Huidobro, Manuel y Adolfo Mujica, Francisco Aristía, Ignacio Echeverría, Fernando Lobo, Andrés y Víctor Santa Cruz, Douglas Mackenzie, y otros.

reajustada. La Corte Suprema sostuvo que era *gratificación* y, por lo mismo, consistía en un porcentaje fijo que no debía ser objeto de reajustes. Lo que ocurre ahora -continué- es que la legislación ha cambiado: existe una norma que congela los sueldos, pero que no afecta a las gratificaciones. La Caja sostiene ahora que es sueldo lo que antes defendió como gratificación. Hay que localizar el expediente en los archivos de la comisión provincial de sueldos de Santiago. Si mal no recuerdo, la sentencia contiene una expresa declaración sobre el derecho de los empleados a ese porcentaje de gratificación y quizá pueda servir de título ejecutivo para una acción, *siempre que no esté prescrita*.

Llamamos por teléfono al funcionario de turno en la comisión, a quién conocía. Don Carlos partió a buscar el expediente, mientras yo iniciaba la preparación de la demanda, ayudado por su hijo José Pablo, entonces brillante alumno y hoy destacado profesional.

Antes de una hora regresaba don Carlos con el expediente. Ahí estaba la sentencia y ahí la constancia de su notificación: *¡ese mismo día sábado, a las doce de la noche, expiraba el plazo de prescripción de la acción ejecutiva!* No había tiempo que perder. Se solicitó reunión extraordinaria de la corte del Trabajo para la tarde. A las tres habíamos ingresado la demanda para la designación de juzgado. Nos correspondió el cuarto, servido entonces por Julio Augier. A las cinco llevamos el expediente a la casa del magistrado, y a las ocho de la noche quedaba notificada la demanda ejecutiva y trabado embargo sobre el mobiliario del directorio y de la fiscalía de la Caja Nacional de Ahorros, y sobre el gran edificio- aún no terminado- de avenida Bernardo O'Higgins, entre Bandera y Morandé. *¡El futuro Banco del Estado era pasado a cobro judicial por su personal!*

Oscar Ubilla, Eusebio Larraín, Jorge Holzer, Javier Acuña y demás dirigentes de los empleados informaban a sus bases el día lunes. El personal superior y el directorio de la Caja estaban confu-

sos, desolados e indignados. El distinguido fiscal, y no menos distinguido escritor y columnista, Alejandro Tinsley, detrás de sus gruesas gafas me decía: "Esta es una puñalada por la espalda". Ernesto Letelier, abogado jefe, quería seguir la pelea judicial, convencido de que la acción ejecutiva tendría que ser rechazada en instancias posteriores. Pero Eduardo Alessandri, apoyado por otros directores, menos comprometidos con la pugna judicial, captaron el mensaje esencial de la acción entablada: una institución básica de la confianza pública, la Caja Nacional de Ahorros, no podía sustentar posiciones jurídicas contradictorias para negar un derecho reclamado por el personal y que contaba en su apoyo con un fallo de la Corte Suprema. Lo notable es que la resolución había favorecido entonces a la Caja, pero los considerandos y la declaración agregada "penaban" cinco años después.

En veinticuatro horas el asunto estaba arreglado. El personal recibía una importante cantidad, que en justicia le correspondía, y nosotros, los abogados, nos cubríamos de gloria... y algunos pesos que, para mí, fueron los primeros de alguna significación en mi vida profesional. Durante varios años continuamos juntos con don Carlos en la atención del sindicato profesional de empleados de la Caja Nacional de Ahorros. Más tarde, me incorporé a su estudio profesional, que en algún período comprendió a Fernando Castillo Infante y Gustavo Lagos Matus, muy queridos amigos.

EL DERECHO Y LA FUERZA

La solución espectacular del conflicto de la Caja Nacional de Ahorros no sólo me arrastró hacia el mundo sindical: me hizo debutar exitosamente con la bandera del derecho. El personal desconocía perspectivas de éxitos por otra vía que un movimiento huelguístico. Pero ahora aparecían los abogados y, por un camino insospechado para todos, resolvían favorablemente y en veinticuatro horas un asunto de larga gestación y muy difícil alumbramiento.

Aunque la ley 7295 contenía normas sobre reajustes anuales de remuneraciones y, en cierta forma, impedía los pliegos de peticiones o conflictos económicos, el personal de empleados se las ingeniaba para obtener por la vía de negociaciones o acciones colectivas lo que la ley no autorizaba. Al estudiar con los sindicatos de la Caja de Ahorros su estrategia para el próximo conflicto, manifesté que debían ajustarse a las exigencias legales. Al menos, ésa era la condición de mi participación profesional. Había entonces dos sindicatos rivales en la Caja: uno dirigido por Oscar Ubilla; y el otro, por Nicolás Campano. Este último estaba asesorado por la distinguida colega Adriana Figueroa de Ojeda, hermana de Anita Figueroa, líder del movimiento feminista, y posteriormente, subdirectora general de la O.I.T. Nuestras relaciones profesionales eran cordiales, no así las de ambos sindicatos, pese a la actitud comovedora y unitaria del presidente de la confederación, Mario Vergara.

Aceptada nuestra estrategia legal, el personal, disciplinadamente unido, se sometió a todos y cada uno de los trámites del procedimiento que, para los conflictos colectivos del trabajo, contemplaba el código en aquel entonces.

Todo se cumplió con escrupulosidad. El presidente de la junta de conciliación manifestó que no había precedentes de un conflicto tan rigurosamente tramitado y fundamentado. La Caja Nacional de Ahorros -equivocadamente a mi entender- fue formulando objeciones legales en todos los trámites y, finalmente, acudió en grado de queja a la Corte Suprema, la que se declaró incompetente para rever el pronunciamiento de la junta de conciliación. Los trabajadores se aburrieron: "La Caja sólo entiende por la fuerza", dijeron e hicieron efectivo un paro de veinticuatro horas. El conflicto se arregló de inmediato.

Es claro que el agotamiento de todos los previos cauces legales preparó el ambiente interno y externo para estimar justo el movimiento y dar suma eficacia al paro. Por desgracia, la ley salió maltrеча y, por años, la Confederación de Sindicatos de la Caja Nacional de Ahorros, -después, Banco del Estado- se negó a llevar sus conflictos ante la junta de conciliación. Por lo demás, la intrincada naturaleza jurídica de la antigua Caja Nacional de Ahorros, el carácter ambiguo del Banco del Estado -entidad comercial competidora de los bancos particulares, pero organismo autónomo del Estado- hicieron que su personal deambulara del sector público al privado, y viceversa, a través de las sucesivas leyes de reajustes o mejoramientos económicos. Los abogados cumplimos muchas tareas interesantes y, personalmente, tuve la satisfacción de actuar como asesor de la confederación durante dieciséis años; pero siempre recordaré el contrapunto de estas dos experiencias que parecen indicar un triunfo y una derrota para la vía legal. Así está construida la historia del sindicalismo que hemos conocido.

LA LUCHA POR EL DERECHO

Cuando preparaba mi tesis de licenciado me impresionó mucho la obra homónima de Ihiering. El abogado, el juez, el jurista en general, no pueden abdicar de su vocación. La sociedad no puede existir como forma humana de convivencia sin el imperio del derecho. Los fracasos son el fruto de la debilidad o insuficiencia de la lucha por él. De la experiencia en la Caja Nacional de Ahorros hay que concluir que resulta muy difícil el triunfo del derecho si no existe una disposición básica de someterse a él de parte de todos los que integran la convivencia social. Si una de las partes abusa del derecho, y la otra no cuenta con medios para reclamar del abuso, no es que éste fracase; lo que ocurre es que falta el derecho, hay un vacío que tiende a ser llenado por la fuerza, no siempre ilegítima si opera ante el vacío de la juridicidad.

Por eso, cuando en 1948 el padre Alberto Hurtado me solicitó que iniciara un estudio para la reforma integral del Código del Trabajo, sentí que era un deber intentarlo, aún cuando carecía de suficientes experiencia y conocimientos teóricos. De todos modos, la tarea no sería inútil y abriría una buena oportunidad para la discusión y el perfeccionamiento del grupo de profesionales, estudiantes y dirigentes sindicales, que colaborábamos con el padre en la ASICH. (4)

Todavía conservo esos originales, que en parte he podido cotejar con los tres o cuatro proyectos posteriores en que me correspondió intervenir. A través de Ramón Venegas, permanente colaborador de Alberto Hurtado, amigo e interlocutor de largas y siempre renovadas discusiones, se me asignó un honorario, que fue pun-

(4) ASICH: Acción Sindical Chilena.

tualmente pagado. El proyecto se debatió en la ASICH; posteriormente rehice la parte relativa al derecho colectivo del trabajo; redacté una especie de reglamento general del sistema de relaciones colectivas, que suponía una manera de armonizar la plena libertad de organización sindical a todos los niveles, con una estructura de derecho público en la cúpula, constituida por dos cuerpos colegiados: uno laboral y otro empresarial, llamados a integrarse en un consejo económico social. Al cuerpo laboral le conservé el nombre de Central Unica de Trabajadores (CUT), a condición de que sería precisamente eso: un organismo central compuesto por veinticinco dirigentes elegidos en votación nacional, que ejercerían una función de interés público, al actuar como coordinadores de los organismos sindicales libres y, al mismo tiempo, como una especie de senado laboral en el que éstos disputarían su asiento. Similar situación se cumpliría en el sector empresarial, mediante el organismo que conservaría el nombre de Confederación de la Producción y del Comercio. Ninguna de las dos afiliaría sindicatos, federaciones o confederaciones, sino que reuniría a las personalidades más connotadas del mundo laboral y empresarial, para integrar un alto cuerpo consultivo llamado -como he dicho- consejo económico social..

Sabía que la idea despertaría muchas resistencias. Pero anhelaba abrir caminos que conciliaran los anhelos legítimos de libertad y de unidad gremiales, que en otro tiempo el pensamiento social cristiano había concretado en un preciso concepto, que se incluyó en el Código Social de Malinas: "sindicato de fundación y elección libre en la profesión organizada"

En la ASICH siempre defendimos la "unidad en la libertad", contra los conceptos de sindicato, federación o central únicos; o, por el extremo opuesto, la estructuración pre-meditada de organismos sindicales separados, de base cristiana o ideológica. Siempre creí que era un deber buscar la unidad y defenderla tanto como fuera posible, haciendo grandes sacrificios pero jamás el de renunciar a la libertad.

ASESORIAS SINDICALES

LA CONFEDERACION DE TRABAJADORES DEL COBRE

Mi experiencia profesional creció aceleradamente. No sólo como asesor de la ASICH, sino de los sindicatos del Banco del Estado y de muchos otros que requirieron los servicios de dos estudios profesionales: el que manteníamos con Ernesto Yávar y Ramón Luco, y el que compartíamos con Eduardo Long y Mario Fuenzalida. Entre los años 1950 y 1964 atendimos profesionalmente, solos o asociados, en forma principal o como cooperadores, la más rica variedad de organismos laborales chilenos: textiles, agrícolas, metalúrgicos, industriales de la construcción, de servicios, semifiscales, públicos, mineros; de Santiago, de provincias; grandes y pequeños; de mayor o menor connotación o infiltración política. Tuvimos grandes éxitos y duras derrotas.

En agosto de 1952 murió el padre Hurtado. En 1954 los desacuerdos con mi estimado amigo Ramón Venegas y con la directiva de la CISC (Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos) - que me había confiado su representación para América Latina - hicieron crisis. En mi opinión era un error darse a la tarea de fundar sindicatos cristianos, lo que crearía un concepto falso e inaceptable, para nuestra idiosincrasia, de la libertad sindical. Debí renunciar a la CISC, a la ASICH y a la dirección de la Escuela Sindical y de Cooperativismo Alberto Hurtado. Pocos meses después tomé la jefatura del departamento sindical del partido Demócrata Cristiano, al que quería infundir una orientación absolutamente distinta de la que predominó generalmente en él. Me interesaba la vinculación de la Falange Nacional, y después, del partido Demócrata Cristiano con los sectores laborales; pero consideraban funesto el permanente afán de controlar la acción de los dirigentes sindicales de inspiración cristiana desde el partido. Era luchar con

las mismas armas que los grupos marxistas, y caer en el renuncio de presentar -también nosotros, los campeones del pluralismo institucional- candidatos del partido a las elecciones sindicales. Mi criterio era siempre "acogido en doctrina" pero resistido en la realidad.

Acepté entonces colaborar en la organización de la Caja de Compensación de ASIMET, que curiosamente nació en las oficinas que la Confederación de Sindicatos del Banco del Estado me asignaba en mi calidad de asesor jurídico. Allí llegaron Eugenio Heiremans, Armando Nieto, Jorge Matetic, Jorge Sánchez Ugarte, Elena Henríquez, y muchos otros, a dar forma a esta institución, a la que consagré diez años de mi vida, dejándola solamente para asumir el ministerio de Trabajo y Previsión Social, en 1964. Sobre esta experiencia volveré más adelante.

Casi en los mismos días de nacimiento de la Caja, recibí la visita de Eduardo Delfín Corvera y Rafael Albornoz, entonces dirigentes máximos de la Confederación de Trabajadores del Cobre. Me solicitaron la asesoría jurídica de ese organismo. Acepté y ello determinó parte principal de mi acción pública y gremial en los siguientes decenios.

Fuera de los conflictos colectivos que periódicamente afectaban a los trabajadores de las empresas de la llamada gran minería -Chile Exploration, Andes Copper y Braden Copper- había dos tareas de gran enjundia que abordar: dar estructura legal a la confederación y terminar con el régimen anómalo de precios bajos y fijos de pulperías en los centros mineros de Anaconda:

La primera tarea condujo al estatuto de los trabajadores del cobre, norma especial largamente discutida, promulgada en 1956 y modificada varias veces después, pero que dio a los trabajadores de la gran minería del cobre un régimen legal, fruto de un acuerdo de las empresas y los sindicatos, con la participación principal del Estado. Un primer proyecto, que alcanzó a estar en la

Contraloría, contenía disposiciones que los trabajadores rechazaron tercamente. Se intentó ponerlo en vigencia contra su parecer: estalló entonces una huelga general. Creo que es una de las dos únicas huelgas que yo mismo aconsejé, pues no había otro recurso. La mantención del proyecto primitivo iba a conducir, en breve plazo, a la pérdida de la personalidad jurídica de todos los sindicatos bases de la confederación, por un error grave en los artículos transitorios.

El conflicto condujo a una situación explosiva con el Gobierno, que amenazó incluso con la conscripción militar. Por último, la mediación del ministro de Hacienda, Oscar Herrera, me hizo posible una dramática entrevista con el Presidente. Ibáñez me recibió furioso, con su tremenda estatura y su personalidad. Pero tenía la virtud de oír y una especial simpatía. Se impresionó con algunos de mis argumentos, que le parecían no concordar con los datos que a él le habían dado al firmar el proyecto. Le pedí que llamara por citófono al subsecretario del Trabajo, Enrique García, y le requiriera la lectura de lo dispuesto en el artículo 2º transitorio, que prescribía la disolución automática de todos los sindicatos actuales si, en un plazo de ciento veinte días -a todas luces insuficiente-, no estaban aprobadas y tramitadas las personalidades jurídicas de los nuevos sindicatos. García confirmó el hecho.

Entonces el Presidente le ordenó con voz de trueno: "Retírelo de inmediato de la Contraloría".

Después se dio vuelta hacia mí, y con sonrisa de gran picardía me dijo:

_ Ahora usted preséntese de candidato a senador por el Norte.

El conflicto terminó de inmediato. El nuevo estatuto, con enmiendas, rigió hasta la vigencia del plan laboral, en 1979. Nunca fui candidato a senador, pero sí lo fue el Presidente, al que

sorprendió la muerte cuando se descontaba su triunfo por Tarapacá y Antofagasta.

La Confederación de Trabajadores del Cobre "con personalidad jurídica", como orgullosamente la denominaba Eduardo Delfín al informar al primer congreso "legal" de los trabajadores del cobre, se constituyó, tal vez, en el organismo sindical más poderoso del país. Contó con recursos, oficinas, asesoría y ha ejercido hasta nuestros días un liderazgo importante en la vida sindical. Pese a todos los intereses políticos comprometidos en la gran minería del cobre: la chilenización; la nacionalización; la Unidad Popular; y el gobierno militar, -ha sido hasta el momento en que escribo (1982) -un baluarte de pluralismo ideológico, dentro de una fuerte estructura unitaria. La organización es *sui-generis*, porque el caso es muy especial. Entre los principios clásicos del sindicalismo libre y la voluntad de los propios trabajadores hubo de darse primacía a ésta.

La negociación sobre el término de los precios bajos y fijos de pulpería fue sumamente decidora. Las mujeres, en general, rechazaban el cambio de sistema, porque tenían, y con razón, que los maridos se gastaran el dinero; en cambio, los vales de pulperías les permitían comprar, a precios congelados y bajísimos, una cuota o "ración" de bienes específicos para el hogar: alimentos, ropa, zapatos, etc. Con todo, las consecuencias sociales del sistema eran detestables. Los trabajadores no sabían lo que era vivir fuera del mineral, y cuando se cortaban sus lazos con la empresa, debían empezar a manejar presupuestos de un significado absolutamente distinto. Había que pagar la gran mayoría de los productos de uso o consumo habitual cincuenta o cien veces más caros que los precios "bajos y fijos", correspondientes a 1932. Además, el régimen especial de pulperías creaba una distorsión enorme en cuanto a niveles de remuneraciones con los trabajadores del mineral de El Teniente, complicando las comparaciones y enturbiando las discusiones durante los conflictos con las empresas y dentro de la propia Confederación.

Finalmente se produjo acuerdo y consenso, y no creo que exista interés por restablecer alguna vez una situación similar (5).

(5) A quien se interese por conocer más a fondo los problemas colectivos de la Gran Minería del Cobre, se recomienda el estudio que, por encargo de CODELCO y con participación de muchos dirigentes, elaboró un equipo interdisciplinario de profesores e investigadores de la Universidad Católica en 1978, que tuve el honor de dirigir. El trabajo de investigación fue coordinado con gran dedicación y eficacia por la socióloga Carmen Reyes.

PERSONAJES E INSTITUCIONES DEL MUNDO SINDICAL

Es inagotable el acervo de vivencias acumulado en ese intenso trajín por el mundo laboral, iniciado en febrero de 1942, con mi ingreso en la comisión provincial mixta de sueldos de Santiago, y culminado -no puedo decir interrumpido- en noviembre de 1964 al asumir el ministerio de Trabajo y Previsión Social. Ejercí estas funciones hasta febrero de 1968, en que asumí el ministerio de Justicia. En julio de ese mismo año lo dejé, al ser elegido rector de la Universidad Austral. En los veintiséis años transcurridos entre 1942 y 1968 traté intensamente con muchos trabajadores, empleadores, políticos y personalidades muy variadas. Me interesa destacar a algunos que estimo exponentes principales de las características y tendencias del sindicalismo chileno de ese período.

Es justo empezar por Clotario Blest. Honesto, sacrificado, convencido hasta el fanatismo de la unidad de la clase obrera. A esa unidad clasista subordinó toda su estrategia. Incapaz de odios personales, su lenguaje frecuentemente los despertaba en otros. Pretendió, sin conseguirlo, que en aras de aquella unidad todos plegaran sus banderas. No lo consiguió. Rechazó la legalización de la CUT en un momento a mi juicio crucial. Quería la lucha abierta y pienso que, sustancialmente, la perdió. Sigue luchando, cargado de años y de canas, con una barba que hace recordar a los profetas. Reitero: noble, honesto, luchador, infatigable. Su método siempre me pareció ineficaz, hasta donde hoy es posible juzgar.

Eduardo Long Alessandri necesita de sus apellidos. La figura arrebatadora de su tío lo marcó. Inteligente, vivaz, culto, astuto, siempre concibió el sindicalismo como un campo de entendimiento de las fuerzas políticas populares, donde los socialistas mane-

gados por él -no presididos por él- debían predominar sobre los comunistas, rivales en la lucha obrera y los demócrata-cristianos, cuya principal función debía ser preferirlos a los comunis- tas. Creyó firmemente al comienzo que podía transformar en votos su excelente habilidad profesional. Fue derrotado cuantas veces se presentó a luchas políticas electorales, en parte principal, porque en su propio partido no lo querían, aunque lo necesitaban. Por doctrina y tradición fue siempre antimilitarista y rebelde a cualquier autoritarismo. Bajo el gobierno de Allende resistió con energía los intentos que el gobierno hizo para subyugar las organiza- ciones sindicales. Se retiró de la escena, para reaparecer en la sorda oposición al gobierno militar. Respetaba mucho a "don Clotario", pero era la antítesis de su concepción sindical.

Ramón Venegas Carrasco, largos años presidente de la ASICH y fiel cooperador del padre Hurtado, se oponía por el vértice a Blest y a Long. Tan convencido, desinteresado y porfiado como Blest, creía por sobre todo en el sindicalismo eficaz: centrales de servicios, financiamiento, formación doctrinaria y técnica, organización fuerte y... libertad sindical estructurada sobre la base de profundas convicciones ideológicas. La suya era el humanismo socialcristiano. Los trabajadores de esa inspiración debían constituir sus propios sindicatos, federaciones y centrales, buscando la unidad en la acción concreta con los "otros sectores". La imagen del sindicalismo francés y, sobre todo, de las tres centrales inter- nacionales de la época -FSM, CIOLS y CISC (6) - debería reflejarse en la organización nacional. Hacer de la ASICH una central cristiana de trabajadores, que afiliara sindicatos, federa- ciones y confederaciones de esa inspiración; desentenderse del sindicalismo de las grandes organizaciones neutras (confede- ración de trabajadores del Cobre, por ejemplo, en la que según él

(6) FSM = Federación Sindical Mundial.

CIOLS = Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres

CISC = Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos

yo perdía el tiempo) y abominar de la CUT y de otros locos intentos unitarios, era su doctrina. Demócratacristiano convencido, rechazó siempre el control político de los organismos sindicales y de la ASICH; pero mantuvo bajo su control esta institución cortando sin temor y sin odios las cabezas que se leoponían. Entre ellas, la mía. Y me la cortarían de nuevo. Creo que a él se le debe al mismo tiempo que la ASICH haya podido subsistir y que no haya tenido una mayor influencia. Si Blest buscó el sindicalismo con pueblo y sin ocuparse de la eficacia. Venegas lo buscó con eficacia, sin preocuparse de ganar al pueblo. Long creía que la eficacia provenía del apoyo político, que Blest y Venegas repudiaban.

El padre Alberto Hurtado era santo, apóstol y sabio. Su profunda inquietud social lo llevó a fundar la ASICH y a publicar un excelente estudio sobre sindicalismo. Pienso que es lo más completo escrito al respecto en Chile hasta 1950 (7). Nunca se metió en la telaraña de las disensiones sobre estrategia y táctica sindicales. Eso lo dejó a los laicos. Por lo demás, se nos fue muy pronto, cuatro años después de fundada la ASICH y un año antes del nacimiento de la CUT. No alcanzó a saber del conflicto que originó la FEGRECH (8). A mi juicio, lanzado a lo sindical, habría eclipsado a Recabarren: pero es como pensar qué habría hecho este líder comunista con la tremenda vocación de santidad de Alberto Hurtado.

Monseñor Rafael Larraín, largo tiempo asesor de la juventud obrera católica y director del Instituto de Educación Rural, tuvo una poderosa influencia en la formación social, sindical y religiosa de muchos dirigentes y líderes jocosos. Fue un adversario encarnizado de la tesis de los sindicatos cristianos y defensor permanente de la acción dentro de los organismos sindicales unitarios, incluyendo los sindicatos únicos de empresa. Durante el largo tiempo

(7) Sindicalismo; Ed. del Pacífico, 1950.

(8) FEGRECH = Federación Gremialista de Chile

que actuó en parecidas funciones, defendió similares criterios Gabriel Larraín.

Arturo Oyarzún Blest fue, en ese período, el funcionario técnico más influyente. Presidía la junta permanente de conciliación de Santiago y un gran número de juntas especiales. Creó una verdadera liturgia para el tratamiento y solución de los conflictos laborales. Muchas veces los abogados no sabíamos hasta dónde llegaban el código o el reglamento, y dónde empezaba Oyarzún. Su experiencia como funcionario conciliador, árbitro y asesor, era única. Muchas veces despertó recelos por no ser abogado sino inspector del Trabajo; pero muchos abogados especialistas juntos no suman la influencia de Oyarzún en el período que va de 1940 a 1970. Fue elegido árbitro en un importante conflicto que afectaba a la industria del cuero y el calzado, dando nacimiento al fondo de indemnización para la industria del cuero y calzado, una de las instituciones más interesantes y apasionadamente controvertidas en la historia laboral chilena. Lo que fue el sistema de administración de los conflictos colectivos del trabajo, desde 1940 con sus luces y sombras, se debe principalmente a Arturo Oyarzún.

Retirado de la actividad Moisés Poblete, creemos que Héctor Escribar Mandiola debe ser mencionado como el más prestigioso conocedor de los derechos laborales en su generación. Su palabra de abogado, escritor, funcionario y profesor universitario ha sido la más autorizada. Sus dictámenes como director del Trabajo constituyeron una fuente valiosa y perdurable del derecho en su especialidad.

Emilio Lorenzini nos deja el recuerdo del dirigente más eficaz y convencido del sindicalismo campesino. Sin su aporte tenaz y bullicioso, en las organizaciones sindicales, en la calle y en la Cámara, difícilmente habríamos podido hacer realidad la ley N° 16.625 sobre sindicación campesina. Tuve así el respaldo que le faltó al diputado Jorge Rogers, cuando presentó un proyecto similar, mucho antes que yo.

Si Lorenzini destaca entre los dirigentes campesinos, entre los bancarios particulares me impresionaron como líderes Roberto León y Eleodoro Díaz; Mario Vergara, Jorge Holzer, Oscar Ubilla y Eusebio Larraín, en el Banco del Estado; Osvaldo Martín, en la ENDESA; Inés del Canto, Rosalía Figueroa y Federico Mujica, entre los empleados particulares; Manuel Ovalle, Héctor Olivares y Bernardino Castillo, en el cobre; Humberto Soto, entre los gráficos; Armando Aguirre, en el cuero y calzado; Luis Quiroga, en varias funciones (periodistas, pobladores, ASICH, Fegrech y D.C.); Luis Ortega Subercaseaux y Juan González, en CHILECTRA. Por su parte Bernardo Araya me parece el más típico líder destacado por el partido comunista en el campo laboral. El, como cada uno de los nombrados y cien más que no puedo mencionar, tenían su manera de ejercer el liderato. Quizá la coincidencia entre lo que se espera de alguien y su actuar concreto es un ingrediente del prestigio. Los adeptos de un líder no sólo esperan resultados, sino estilo. Eso tenían los que he recordado y aquellos cuyos nombres siento omitir.

Párrafo especial merece Augusto Vanistandael, secretario general de la CISC y sucesor de Serrarens, a quien yo había tratado en 1951, en Roma. Es una de la personalidades más completas que he conocido. Comprendió muy bien mis puntos de vista, y no fue él sino Gastón Tessier quien decidió mi salida de la oficina relacionadora de esa central para América Latina (antecesora de la CLASC (9) , hoy día CLAT (10), donde sucedí al sabio amigo y luchador, Jorge Kibedi. En todo caso, no importa lo que pensara Vanistandael en cuanto estrategias sindicales; se trataba de un hombre inteligentísimo, sumamente culto, estudioso, penetrante y trabajador infatigable. Entiendo que hoy día colabora en un alto cargo de una fundación apostólica.

(9) CLASC = Confederación Latino-Americana de Sindicalistas Cristianos

(10) CLAT = Confederación Latino Americana de Trabajadores

LA CAJA DE COMPENSACION DE ASIMET

Mi salida intempestiva de la ASICH y de la CISC me dejó literalmente cesante.

Me hablaron entonces de la posibilidad de colaborar en la Caja de Compensación de la Cámara Chilena de la Construcción, con Jorge Sánchez Ugarte. Lo había conocido en 1953 cuando yo asesoraba en algunos asuntos a Oscar Herrera, subsecretario y ministro del Trabajo de Ibáñez por aquel entonces. Precisamente como Sánchez y su primo Eduardo Ugarte me habían pedido cooperación para incluir en el DFL. 245 sobre asignaciones familiares, una disposición que consagrara oficialmente las cajas de compensación. Algo influí en ello, sin imaginar, ni remotamente, que iban a ser el objeto principal de mis actividades e ingresos desde 1954 hasta que asumí como ministro de Frei.

Sánchez me llamó y explicó que no había cabida para mí en la Caja de la Construcción, pero que le habían pedido que organizara otra caja similar en ASIMET y pensaba encargármela bajo su orientación y dirección. Así empecé.

Cuando escribo estos apuntes, las cajas de compensación han vivido larga y dispar historia, y son -con otros nombres- organismos útiles para varios aspectos de la seguridad social. Por aquellos años, estaban en ciernes y parecían una chifladura de Jorge Sánchez y de unos pocos convencidos por él, entre los que pasé a contarme.

A la larga, la Caja de ASIMET debió declarar su independencia de la Caja madre. Después nacieron otras tres: ASIVA (11),

(11) ASIVA= Asociación de Industriales de Valparaíso

CUERO Y CALZADO, Y GANADEROS DE MAGALLANES. No gustaban a la Superintendencia de Seguridad Social ni a los gobernantes, funcionarios, técnicos, empresarios o trabajadores de mentalidad estatista en materias previsionales. Las juzgaban fuente de privilegios, y, para evidenciar su tesis, siempre se opusieron a la generalización del sistema, con la creación de una caja recompensadora. Pero eso es harina de otro costal.

Durante diez años consagré mis esfuerzos a la Caja, primero como subgerente organizador, después como gerente. Ellos abrieron cuatro perspectivas imborrables en mi visión de la vida: la experiencia personal como administrador y ejecutivo de alto nivel en una institución importante; el contacto con los empresarios chilenos, desde adentro, no desde el otro lado de la mesa de negociaciones colectivas; el significado de la profesión de asistente social -trabajadores sociales, como se llaman ahora- y la convivencia con el mundo obrero desde un ángulo diverso del sindical: el de sus familias y poblaciones.

Las funciones de gerente me ayudaron a comprender mejor lo que significa tener que contratar y tener que despedir; tener que organizar, remunerar, calificar, jerarquizar, premiar o sancionar. Como la Caja no perseguía finalidades lucrativas, sino puramente serviciales, la buena administración consistía en mayor y mejor servicio; la mala administración en trabajos y demoras. Los dirigentes laborales, que participaban primero en minoría y después partitariamente en el manejo de la Caja, iban asumiendo parejas responsabilidades y se capacitaban para separar el trigo y la cizaña en las relaciones obrero-patronales.

La Asociación de Industriales Metalúrgicos -ASIMET-, en primer lugar, y la Cámara Chilena de la Construcción, en seguida, fueron mis principales contactos empresariales. Pero de ellos fácilmente se pasaba a la Sociedad de Fomento Fabril, a la Confederación de la Producción y el Comercio, a ICARE (Instituto de administración racional de empresas), y a los demás gremios em-

presariales. Eugenio Heiremans, Jorge Matetic, Pedro Menéndez, Jaime Said, Germán Picó, Fernando Smits, Armando Nieto, Guillermo Guzmán, Ernesto Ayala, Américo Simonetti, Domingo Arteaga, Renato Simonetti, Sergio Silva, Rafael Donoso, Eduardo Ugarte, Enrique Edwards, Jorge Guzmán y, en el Olimpo, Jorge Alessandri, llenaban un mundo de iniciativas industriales, sociales, culturales, competitivas, cooperadoras y conflictivas del mayor interés. Uno terminaba por ver claro el juego de los múltiples factores que condicionan el comportamiento empresarial: la personalidad, la ideología, la moralidad, el gremio, la empresa, la circunstancia. ¿Qué opina Simonetti? ¿Qué dijo Heiremans? ¿Le preguntaron a Guillermo Guzmán? Cada uno con su tranco, su estilo, sus problemas, sus reacciones.

Mi "debut" con ASIMET había precedido en varios años a la Caja. A raíz de un conflicto, creo que en la maestranza Wiese, pedí la disolución de la Junta especial de conciliación metalúrgica. Era un desafío a Heiremans, Ayala y Smits, que la integraban: sagrada *troica* en ASIMET. Hay que tener el corazón muy bien puesto para aceptar que el abogado que había pedido la reorganización de la junta especial del gremio, pasara a integrarse a él precisamente en el cargo de mayor contacto laboral. Heiremans me habló directamente:

_ Yo sé tener confianza y no tenerla. No conozco las confianzas a medias. Tengo antecedentes que me hacen confiar y así lo diré en ASIMET.

La palabra de Eugenio era sagrada y se impuso. Con ello, nació una amistad que ciertamente ha de durar mientras vivamos. Además, para mí ha sido una alegría colaborar con él en muchas actividades después. No menos diría de Pedro Menéndez - malogrado hace pocos años-, Jaime Said, Jorge Matetic, Sergio Silva, y varios otros con quienes cultivamos muy sólida amistad.

"Las" asistentes sociales -no había hombres en la carrera, por aquella época-eran el alma de las cajas. En la de ASIMET (después llamada metalúrgica, y por último "Los Héroes"), Elena Henríquez y Anita Botarelli, las primeras, a las que se unieran, después, Marta Sir, Adriana Cremonesi, María Luisa Angulo, Silvia Sittler, Elena Cangas, Josefina Castañeda, y muchas otras, se desvivían por desarrollar y perfeccionar los servicios sociales, familiares, de grupos, de desarrollo de la comunidad, de biblioteca, de cultura, de orientación profesional, deportes, viviendas, etc. Para lo cual contábamos con una cooperación ejemplar del personal administrativo: Lucía Cristi y Mirella Aliaga, las fundadoras, pronto apoyadas por un grupo creciente de damas y varones, que injustamente silencio, pues en espíritu y dedicación no les iban en zaga.

¡Cómo se trabajaba! Me dirán: ¿era eso un idilio, o se están contando fantasías? Ni una cosa ni la otra. Era una comunidad humana de trabajo -como reconocía el Acta Constitucional N° 3, refiriéndose en general a las empresas- con los mil problemas, roces, frustraciones y alegrías que hay en una familia, donde se sabe y siente lo bueno y malo, pero se lo vive en común.

La vida obrera no sindical es inmensa. Se trabajaba en poblaciones; había teatro, coro, deporte, charlas, formación profesional, cursos de nivelación -nunca los llamamos de "alfabetización"- e innumerables otras actividades. Todos los años, cerca de Navidad, celebramos la fiesta de la familia metalúrgica. Primero fue en la Caja; después, en el Estadio de Ñuñoa; en seguida, en el Estadio Nacional. Ocupábamos, además del recinto central, más de veinte canchas laterales y por último, llenamos Santiago, con escenarios en la población José María Caro y frente al cerro Santa Lucía. La Virgen, San José y el burrito, partieron de la catedral; los reyes magos, de Independencia; los pastores, de Avenida Matta, y la Estrella, después de viajar en helicóptero, se "posó" sobre el San Cristobal: tenía forma de un impresionante reflector que Germán Becker -naturalmente director de escena- consiguió con la Marina, en Viña del Mar.

Pero todo era poco al lado de las actividades orientadas al aprovechamiento de los datos que obligadamente debe manejar el sistema de asignaciones familiares y que la Caja usaba para seguir la vida de cada persona: desde el noviazgo de los padres hasta que el hijo dejaba de ser carga familiar para iniciar él mismo un nuevo ciclo. Las cajas son instituciones que utilizan *la familia como unidad básica*. No se concibe ni interesa el hombre aislado. El siguiente nivel lo constituyen los "grupos" que integran miembros de las familias: centros de padres, de madres, de jóvenes, de deportistas, músicos, artistas, etc. Toda la gama vocacional. El tercer nivel es la empresa como un todo, pero donde cada trabajador es considerado no sólo en su relación laboral, sino en su integración familiar. Un cuarto nivel es el desarrollo de la comunidad, que trabaja con poblaciones o sectores interesantes de ella. Con esas herramientas de trabajo social y la cooperación integrada de trabajadores, sus familias, empresarios, profesionales, técnicos y asesores, iban naciendo otras actividades. La Asociación Chilena de Seguridad -hoy día transformada en una gran mutual regida por la ley 16.744- empezó con el apoyo de la Sociedad de Fomento Fabril, ASIMET y la Caja de Compensación de ASIMET. Domingo Arteaga, Eugenio Heiremans y yo seguíamos por instinto a Ladislao Lira, "inventor" de las mutuales, como Jorge Sánchez, Sergio Silva y Jorge Matetic lo habían sido de las cajas. Impresiona recordar las modestas camas que se habilitaron en una vieja casona de Agustinas 1659 y compararlas con el modernísimo Hospital del Trabajador, que hoy luce en la esquina de Bustamante con Curicó, al que han seguido los no menos dotados de la Mutual de la Cámara de la Construcción y de ASIVA en Viña del Mar.

Cuando dejé la Caja, llevábamos más de dos años impulsando CENDES, Central de Servicios para el Desarrollo de la Comunidad, respaldado por un grupo de empresarios y por la infraestructura de la Caja, más Adriana Cremonesi, quien, sola era otra institución. Al cabo de casi diez años nuestra Caja de Compensación me dejaba tiempo para hurgar en otros campos afines. CENDES apuntó principalmente hacia la población José María

Caro; y juntábamos esfuerzos con la Caja para dar apoyo al infatigable Walter Sommerhoff, que se empeñaba por sacar adelante UNICOOP. Uno de sus primeros supermercados se instaló en esa población. Le cambió el aspecto y generó muchos adelantos adicionales.

AHORROMET también nació de los esfuerzos sociales de ASIMET y con el importante apoyo de la Caja. Un plan habitacional para los obreros metalúrgicos era anhelo común. Para ello se partió con un estudio piloto. Nos cooperó generosamente la Universidad Católica.

Pero llegó 1964, y otras tareas se avecinaban. No menos atractivas, pero sí más conflictivas.

PECULIARIDADES DE LA ASESORIA PROFESIONAL A LAS ORGANIZACIONES SINDICALES

La experiencia de largos años en la asesoría de instituciones laborales es muy aleccionadora. El abogado, normalmente, vive una relación multifacética: sabe, por lo común, mucho más que sus clientes en cuanto a las normas jurídicas aplicables al asunto; generalmente expone con mayor claridad sus argumentaciones, y sus defensas son necesarias para equilibrar las discusiones con la representación empresarial -casi siempre bien asesorada-, los funcionarios o autoridades de Gobierno, las comisiones del Parlamento, los medios de comunicación u otras personas o instituciones. En cambio, tiene que hacer un esfuerzo muy grande para aprender y comprender los problemas concretos que llevan a su conocimiento los dirigentes sindicales. Cada trabajo tiene modalidades propias, lenguaje especial -muy lejano con frecuencia al de los diccionarios-, implicancias y trascendencias que escapan en absoluto al que no los ha vivido y que los dirigentes e incluso los hombres de base o asamblea manejan con la mayor naturalidad. Muchas veces hiere la vanidad profesional tener que confesar la ignorancia o, lo que es peor, la incapacidad de entender algo que para modestos trabajadores es sumamente sencillo. Ellos no tienen ninguna dificultad en reconocer la superioridad cultural y profesional del abogado; es a éste a quien le pesa reconocer sus limitaciones.

Pero la cuestión intelectual, cultural y profesional, con sus respectivos desniveles es sólo uno de los varios sistemas de relaciones que se crean.

Más aún que lo intelectual y cultural, importan la confianza recíproca, la discreción, la amistad. Con frecuencia los conflictos laborales generan situaciones duras, difíciles, de riesgos graves:

los dirigentes suelen ser objeto de medidas represivas de origen gubernamental, patronal o judicial; las huelgas provocan graves perturbaciones en los presupuestos familiares y, a veces, tensiones en el seno de la misma familia. Las mujeres regularmente cuidan más la "pega", la conservación del empleo y la mantención de las remuneraciones, que sus mejoramientos sustanciales. Los trabajadores, en general, no son propensos a ir a la huelga, pero el clima de las asambleas sí lo es. Por la inversa, la mayoría de los sindicatos soportan muy mal las huelgas de larga duración. A través del tiempo uno puede llegar a diagnosticar cuánto soportan los diversos sindicatos sin flaquear. Por ejemplo: los sindicatos bancarios eran muy ágiles para ir a la huelga, pero poco aguantes, quizá por la costumbre o convicción de que los bancos procuraban arreglar rápidamente los conflictos, o por otras causas que cabría examinar. En cambio, los trabajadores del carbón o de El Teniente, soportaban sesenta días de huelga y más, sin titubear.

Quando el sindicato está cansado, se pasa fácilmente de los ataques a la empresa o al Gobierno, a las presiones internas. Las asambleas empiezan a preguntar hasta cuándo estamos en conflicto, por qué no se arregla la huelga, qué gestiones se han hecho. Hay críticas a la directiva o a los asesores. En el fondo, las minorías que fueron partidarias de arreglar sin conflicto, o que preferían una solución propuesta ya durante la huelga y desechada por la mayoría, empiezan a ganar adeptos.

Suele buscarse, entonces, lo que en jerga sindical se llama "una salida" para el conflicto. Una "salida" es regularmente, una solución resucitada, o sea, una solución que se había desechado, u otra que no se había formulado o concretado por la convicción de que se desecharía, y que ahora hay disposición de aceptar. Según sean las circunstancias, se le introducen algunos cambios, si es posible algún mejoramiento inocuo, y se lleva a la asamblea para poner fin al conflicto.

Antítesis de las "salidas" son las "fórmulas quemadas", o sea, proposiciones de arreglo que se presentan a destiempo, en un mal momento psicológico y pierden la virtud de servir de base para una solución. La detención de un dirigente, una torpe declaración a la prensa, una información no rectificadas o cuyo desmentido no ha alcanzado suficiente publicidad, pueden producir un estado de ánimo que arruina la solución.

La falta de destreza para la negociación puede costar muy cara al sindicato, a la empresa o al país. Por desgracia, no es fácil dar normas seguras porque son muchísimas las variables que juegan en cada conflicto y las maneras de ser y obrar, que se van transformando en un verdadero idioma propio de cada uno. Por ejemplo: la directiva de los sindicatos de obreros de la Fábrica Cemento Melón, de La Calera, necesitaba de lo que se llamaba "el aperrado final", es decir, una reunión larguísima, que iniciada, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, terminaba a las seis de la mañana siguiente. Este "aperrado" evidenciaba ante la asamblea que se habían agotado todas las posibilidades de obtener una solución mejor ante el equipo empresarial, que integraban entre otros Manuel Mardones y Hernán Cubillos, con la asesoría brillante y experimentada de Raúl de la Fuente.

Con los sindicatos de la gran minería del cobre se entraba en períodos casi interminables de negociación, día y noche, en un esfuerzo por evitar la huelga que costaba tan cara al país y a las partes directamente comprometidas. Los periodistas, a su vez, solían dar un marco más dramático a estas reuniones: esperaban hasta la madrugada o montaban guardia toda la noche a la espera de la noticia. ¡Humo blanco! ¡Se arregla el conflicto! Y salían disparados hacia la Agencia Orbe, UPI, El Mercurio, las radioemisoras, para golpear con su noticia.

Eso iba creando una familiaridad muy encantadora, llena de anécdotas pintorescas y sugestivas, entre directivas sindicales, asesores y periodistas del sector laboral. Cuando las sesiones se

suspendían, para seguir al día siguiente, o por haber llegado a una solución, a medianoche o aun después, nos íbamos juntos a comer algo. Con Rosita Robinovic cometíamos la locura de pedir tallarines a la italiana -¡a esas horas!- porque el hambre era monumental. En alguna parte los servían con "osobuco", una carne con hueso sumamente grata, que devorábamos. Nuestro apetito era mayor cuando el conflicto se había arreglado.

Más compuesta y ceremoniosa era la "comida de arreglo", que solían ofrecer algunas empresas a dirigentes y asesores, al día siguiente o subsiguiente. Esto era liturgia infaltable en la gran minería del cobre. Todo lo horrendo que se había dicho durante el conflicto, se hundía en el caldo de la cazuela de ave, o naufragaba en los brindis reiterados de reconciliación y amistad. Con frecuencia los periodistas eran también invitados, junto con las autoridades laborales que habían intervenido, o los mediadores o árbitros que habían sido parte principal en el arreglo del conflicto: Francisco Cuevas, Víctor García, Arturo Oyarzún, Julio Ruiz, Lucho Mackenna y tantos otros.

A veces los conflictos parecían interminables.

Situaciones confusas de carácter legal escapaban a las facultades de los negociadores, o conducían a complicaciones mayores. Caso típico fue un conflicto, mencionado antes: el de la Caja Nacional de Ahorros. Iniciado en octubre de 1947, se arregló tres meses después con el embargo de su edificio principal. Pero la situación legal de la Caja seguía siendo oscura. El 20 de julio de 1949 se planteó ante la junta de conciliación de Santiago un nuevo pliego legal que terminó con un fallo arbitral dictado el 19 de noviembre de ese año y que fue recurrido de queja a la Corte Suprema, por la Caja. La Corte se declaró incompetente. Los trabajadores pidieron que se diera cumplimiento al fallo firme; pero la Contraloría se opuso, diciendo que el directorio no podía aplicarlo, por ser ilegal, no obstante las prestigiadas firmas de Arturo Oyarzún, Julio Letelier Araya y Julio Ruiz Bourgeois. Fue

necesario tramitar una ley, que con el N° 9557, se publicó en el Diario Oficial el 12 de enero de 1950. El personal creyó que, despejada la situación legal, la institución empleadora procedería a dar cumplimiento al fallo arbitral, pero se negó. Dijo que estudiaría la forma de dar solución a las peticiones. Entonces el personal fue a un paro, que, con la intervención especial de Eduardo Alessandri -entre otros- condujo al arreglo final.

Transformada la Caja Nacional de Ahorros en Banco del Estado, subsistieron los problemas. En alguna oportunidad fueron tan graves, que se llegó a un conflicto que solucionó el Presidente Ibáñez de manera espectacular. Los ministros del Interior, Carlos Montero; Hacienda, Sergio Recabarren y Salud, Jorge Aravena quien a la vez era presidente del Banco del Estado rompieron toda conversación de arreglo y espectacularmente se retiraron por una puerta de la gran sala de la presidencia del Banco, dejando en mala posición a los altos ejecutivos Pinto Durán y Borgoño, que no podían desconocer la razón que asistía al personal. Yo salí por el lado opuesto y acudí al último recurso: había conseguido una audiencia privada y personal con el presidente Ibáñez. Me recibió por la entrada de Morandé 80. En esos momentos regía la ley de defensa de la democracia, y estaban presas todas las directivas bancarias: Eusebio Larraín, Jorge Holzer, Luis Córdoba, Julio Serrano, Patricio Varas y otros. La entrevista con el Presidente era bastante inusitada. Pero él tenía sus razones.

Me atendió, primero, en el salón rojo, con gran simpatía; hablamos de mi padre; del Cardenal Caro y el conflicto de Molina; le declaré que nunca había votado por él, pero que, con igual franqueza, aseguraba que el conflicto no era político, sino netamente gremial, aunque algunos de sus partidarios lo estaban haciendo político, con riesgos y costos graves para el país. Me escuchó con gran deferencia; me tomó paternalmente del brazo y me dijo:

_ Vamos a mi oficina a conversar con los ministros.

Caminamos por los pasillos del segundo piso de la Moneda. Al doblar por una de las galerías, enfrentamos a Montero, Recabarren y Aravena, que regresaban de la interrumpida reunión conmigo a darle cuenta al Presidente. Cualquier cosa hubieran imaginado, menos que el abogado de los sindicatos en huelga, a quien acababan de desahuciar con un terminante ¡no!, viniera del brazo del Presidente de la República.

La reunión que siguió fue algo onírica.

El Presidente, con indudable picardía, preguntó a los ministros si me conocían. Era evidente que sí. Nos sentamos y el Presidente de inmediato expresó:

He estado conversando con el abogado de los trabajadores. Me parecen interesantes sus puntos de vista, y yo creo que sería bueno escucharlo.

Montero y Recabarren se apresuraron a proporcionar su versión de los hechos, y uno de los ministros incluso manifestó que estaba todo preparado para hacer funcionar el Banco del Estado con personal militar. El Presidente le interrumpió:

_ No diga eso, ministro. ¡Cómo se le ocurre que el Banco va a funcionar operado por las Fuerzas Armadas! Oigamos mejor al abogado.

_ Yo expuse mis puntos de vista, que eran muy sencillos: se había constituido una comisión que integraban el presidente del Banco, el gerente General, Agustín Pinto, el abogado jefe, Jorge Borgoño, y yo mismo, para que propusiera una solución. Lo único que pedían los trabajadores era que se respetara el pronunciamiento de esa comisión. El Presidente se anticipó a comentar:

_ Yo le encuentro razón al abogado; ¿qué piensan los señores ministros?

Los señores ministros pensaban claramente en la caída del Gabinete, que se produjo cuarenta y ocho horas más tarde.

Salí de La Moneda como a las diez de la noche, y grité a la gran aglomeración de periodistas, ya reunidos junto a la puerta de Morandé 80:

_ ¡Humo blanco! ¡A capuchinos!

Era el lugar de detención de los bancarios.

Como la ley de defensa de la democracia no aceptaba que el desistimiento de las acciones por parte del Gobierno les pusiera fin, sabía que el proceso judicial continuaba y tenía que obtener, dentro del plazo para el reintegro del personal, la libertad provisional de los detenidos. Con dirigentes presos, no había solución y esto no dependía de Presidente. Mi inolvidable amigo y excelente abogado penalista, Ignacio Echeverría, solía cooperarme en estos afanes. Esa vez me dijo:

_ Tienes que alegar tú la excarcelación. Fuiste quien habló con Ibáñez y el alegato debe producir el máximo de efecto en el sentido de que no exista alarma pública, porque todo está realmente terminado.

A su vez, los tribunales, celosos de sus atribuciones y de su dignidad, no miraban con buenos ojos esta función subalterna a que eran sometidos. Al iniciarse el conflicto, el Gobierno les pedía el máximo de rigor y, de repente, cuando ya el delito aparecía configurado, venían las gestiones para olvidarlo todo. Más de una vez me dijeron: "Apure, abogado, la modificación de la ley. Es necesario que ésta disponga el sobreseimiento definitivo por el desistimiento del Gobierno". Así sería, después, al derogarse la "ley maldita", como la llamaban los comunistas.

Pero esa terrible tarde, tuve que alegar ante una sala que integraba Israel Bórquez. Lo recuerdo a él, porque votó en contra y la excarcelación se ganó por otros dos votos contra uno. Con Echeverría suspiramos. Nos fuimos a Capuchinos a liberar a los líderes. Surgió una dificultad: los bancarios querían hacer un desfile final. No importaba mucho el recorrido, pero sí el gesto. Habían dado una batalla que estimaban gloriosa. El coronel de Carabineros a cargo de la fuerza pública me advirtió, con toda razón, que ello no era posible, ya que no se había solicitado el permiso. Las masas sindicales son como computadoras de muy simple programación: había terminado el conflicto; se reintegraban; se les había hecho justicia, habían triunfado, tenían que desfilar. Le dije al oficial:

_ El presidente de la República me previno que ante cualquier problema lo llamara, antes que las cosas se tornaran graves. Llamémoslo por teléfono. Si él lo autoriza, usted no hace cuestión supongo.

_ Medio rara la cosa, abogado - me contestó - ¡pero, si quiere, lo llama. Claro que no me meta en este asunto.

Pedí el teléfono al alcaide; llamé a la Moneda; solicité hablar con el edecán. Costó un poco, pero resultó. Me expresó que el Presidente estaba en consejo de gabinete y no se le podía importunar. Cierto o no cierto, la respuesta era de toda lógica. Pero insistí:

_ Le ruego, señor edecán, que hable usted con el Presidente, o le pase un papelito. Dígale que lo llamo, siguiendo su propia recomendación de anoche, y que le pido tenga confianza en una cosa muy pequeña: que los bancarios no van a cometer ningún desmán, pero quieren hacer un desfile de Capuchinos hasta el Palacio de Bellas Artes; ni siquiera pasarán por el Centro.

Volvió al poco rato con una contestación insólita, increíble, a menos que se tratara de Ibáñez:

_ Dice el Presidente que haga usted lo que quiera.

Le rogué que repitiera la respuesta al coronel, quien poco menos que se cuadró por teléfono. Lo demás fue un final feliz, que no se interrumpió en los catorce años en que continué como abogado de la Confederación de Sindicatos del Banco del Estado.

Debo reiterar que compartí parte importante del primer tiempo de asesoría, con la inteligente colega Adriana Figueroa de Ojeda, que asesoraba al Sindicato Mixto: de Empleados y Obreros, llamado "el sindicato de Campano y de Araya". Yo asistía al Sindicato Profesional de Empleados, o "sindicato de Ubilla y Eusebio Larraín". Las difíciles relaciones entre ambas organizaciones las atenuábamos los asesores y, como antes he dicho, el presidente de la Confederación, Mario Vergara Paredes, hijo de quien medio siglo antes había sido el amor de juventud de mi madre.

Pero Ibáñez, aunque cambió muchos gabinetes, no siempre me aprovechó para desbancar a los ministros.

Pocos años más tarde, estuve al frente de un desgraciado conflicto que se originó en el Banco de Londres, y al que entré muy tarde, preocupado de otros asuntos propios de la Confederación de Sindicatos del Banco del Estado, de la que era asesor permanente. Su colega de gremio, la Federación Bancaria, por una estrecha mayoría de siete votos contra cinco acordó ir a un paro que no tenía destino. Estimé de mi deber aceptar su llamado para buscar una solución, pero el asunto se veía muy mal desde la partida. Era un conflicto precipitadamente iniciado, con mucho trasfondo político, innegable en la federación bancaria. Recuerdo que Frei me llamó por teléfono para decirme que tenía algunos amigos en el sector bancario y ofrecerme -si necesitaba- alguna participación. Le contesté que le agradecía mucho, pero el conflicto no tenía destino; era posible que terminara mal, y yo, que muchas veces había atendido a sindicatos bancarios, no podía negarme a buscar una salida.

_ Tú estás llamado à otros deberes -le dije- aquí te quemarías tras una solución imposible.

Entre tanto la Confederación de Sindicatos del Banco del Estado solidarizó y la huelga tomó caracteres dramáticos. Sabía que la división interna en la federación bancaria endurecía las posibilidades de un arreglo, ya que los bancos vislumbraban -con buenas razones para ello- que había sonado la hora de castigar el abuso excesivo de paros y conflictos políticos que desde el falso secuestro de Edgardo Mass, en tiempos de González Videla, herían de muerte la unidad del gremio. Mass había sido presidente de esa federación y en esa calidad un día desapareció. Se acusó al "tirano González Videla" del delito. El Presidente ofreció una buena suma como premio para quien diera noticias de Mass y de Domiciano Soto. Ambos fueron hallados mientras jugaban rayuela en el pueblito de Colliguay.

Una horrible tarde, al cabo de varios días de huelga, la federación bancaria anunció que no resistía el movimiento y que dentro de un plazo de cuarenta y ocho horas varios sindicatos volverían incondicionalmente al trabajo. Pedí plazo para poder realizar alguna gestión de arreglo y no negociar con la pistola al pecho por lado y lado. No había nada que hacer. El gremio estaba derrotado. Traté de hablar con Ibáñez. No tenía ningún cambio de gabinete en perspectiva, y Felipe Herrera, gerente entonces del Banco Central, me comunicó que Ibáñez me recibiría en unos días más, pero no por ahora. Tenía mucha razón; el conflicto se estaba desmoronando, y su intervención para un arreglo era, un apoyo a esa huelga torpemente desatada. Me dediqué entonces a salvar la confederación del Banco del Estado, que había ido a un conflicto de solidaridad. Estaba firme y unida, pues su intervención había tenido un carácter meramente gremial: apoyaba a un gremio hermano en mala posición. Conseguimos firmar un arreglo decoroso y sin represalias, como a las dos de la mañana, en un departamento personal de Eduardo Alessandri, antiguo director del Banco del Estado. Este, junto a Agustín Pinto, comprendían claramente la sana intención de sus empleados.

Con el otro gremio la situación era imposible. Recuerdo haber hablado con Fernando Alessandri; por teléfono con Julio Durán - no sé para qué asunto de influencias radicales-; pero el conflicto se quebró en el Banco de Chile, al que siguieron varios otros. La Asociación de Bancos tomó duras represalias.

Alguien podría preguntar: Y usted, abogado, ¿aconsejó la huelga de solidaridad, ya que no la de los bancarios particulares? La respuesta es: no. Los sindicatos o federaciones no consultaban a sus asesores jurídicos sobre movimientos de hecho o ilegales. Si se me permite una comparación, nuestra tarea es como la del abogado criminalista respecto del delincuente: interviene cuando el delito está cometido. Recuerdo haber aconsejado una sola huelga ilegal, que fue -como ya dije- en defensa del estatuto de los trabajadores del cobre, y una o dos legales. En cambio, producidos los conflictos o paros había conveniencias moral y económica en encauzarlos por sendas jurídicas, equitativas y de la más rápida solución. Para ello era indispensable la unidad del gremio. Esa siempre fue mi función, compartida por muchos colegas y generalmente reconocida por autoridades de Gobierno, empresas y asesores.

He mencionado este conflicto bancario, porque no siempre las cosas salieron bien. La vida sindical es dura, y también la asesoría.

A veces los conflictos tenían una mala solución. Situaciones objetivas impedían un arreglo satisfactorio o el que se lograba sólo era el menos malo de los posibles. Tal acontecía cuando una empresa enfrentaba una crisis y debía reducir personal, como ocurrió con Rayón Said, de Quillota. La asamblea final fue terrible: silenciosa, dolorosa. No era un conflicto perdido: era una crisis industrial. También con INSA hubo problemas muy serios por dificultades en los abastecimientos de materia prima; y por diversas razones, en Burger, Endesa, Mademsa, Madeco, Bata, o en los difíciles conflictos en que concurrían empresas competidoras entre sí, como era el caso de los montadores de ascensores o los instaladores eléctricos.

En la oficina que en la segunda mitad de los años cincuenta compartíamos con Eduardo Long, se trataban los conflictos de la CUT. Yo cooperaba con él. Long, pocos años mayor, había sido alto dirigente de la JUNECH (12) y militaba en el partido socialista de Chile. Decidió dedicarse profesionalmente a los asuntos sindicales cuando perdió su puesto en la Caja de Colonización Agrícola, "correteado" por Ibañez que no amaba a los Alessandri. Me pidió ayuda. Eramos vecinos y amigos. Yo contaba con varios años de activa dedicación a los asuntos sindicales y él necesitaba un respaldo en los primeros pasos de su oficina. Durante algún tiempo se pensó que "el tercer hombre" sería Carlos Domínguez Casanueva, católico de tomo y lomo, uno de los profesores de más sólida formación socialcristiana que había en Chile y por quien Long, a pesar de su marxismo, tenía gran aprecio y respeto. Llegamos a un acuerdo extraño: mantendría mi propia oficina profesional, con mis socios Ramón Luco y Ernesto Yávar, en el local que me cedía la Confederación del Banco del Estado, 4º piso de la actual sucursal Huérfanos del Banco (ex-Caja Hipotecaria); pero trabajaría algunas horas con Long, en su oficina de Ahumada, frente al Banco de Chile. El "tercer hombre" fue Mario Fuenzalida Hidalgo, que muy posteriormente profesó de sacerdote.

Tuve así contactos amistosos con todo los dirigentes de la CUT y conocí muy de cerca los conflictos que Long asesoraba: gran minería del carbón, textiles, de la construcción, etc. Muchos los atendíamos en común; otros separadamente, pero con gran armonía y diría que sin celos profesionales. De gran inteligencia y excepcional habilidad, muy pronto Long se transformó en un diestro abogado sindicalista y, en algún momento, entre ambos estudios atendíamos una abrumadora cantidad de asuntos; el sesenta u ochenta por ciento de los clientes no pagaba, pero el cuarenta o veinte por ciento restante nos ayudaba a vivir. A veces

(12) JUNECH= Junta Nacional de Empleados de Chile

un conflicto grande, un juicio exitoso daba buenos honorarios, con los que se salía de apuros..., y nada más. En medio de la voráGINE sindical, Long hacía incursiones como candidato a parlamentario, siempre con resultados adversos. Al asumir el ministerio del Trabajo, dejé lógicamente toda cuestión profesional. Long no daba abasto y en el ministerio hube de recibirlo con frecuencia.

No faltaron las oportunidades en que las acciones profesionales implicaban problemas de otro orden, a veces bastante delicados, que revelan la camaradería y amistad entre asesores y dirigentes, fraguadas en tantas tareas comunes.

Pintoresco fue lo sucedido con un alto dirigente de un gremio que no mencionaré, por razones obvias. Eran los días duros de la ley de defensa de la democracia; había terminado el conflicto, pero estábamos en la difícil y delicada tarea de obtener la libertad de los detenidos para hacer posible el regreso al trabajo. Ya expliqué antes que los procesos seguían de oficio, aunque se desistiera el Gobierno.

Con Ignacio Echeverría concurrimos a uno de los juzgados a rendir testimonio de irreprochable conducta anterior, para hacer posible la libertad bajo fianza de algunos dirigentes detenidos. Debíamos presentar dos testigos en cada caso y nos faltaba uno. El dirigente destacadísimo que menciono y que nos acompañaba en las diligencias se ofreció para testimoniar en apoyo de sus compañeros. Nos miramos con Ignacio. Este dijo: "¡Lo fregado es que puede haber orden de detención también en contra suya!" No era probable, ya que en varios días de conflicto no se había producido algún amago de detención. Resolvimos correr el riesgo. Apenas el actuario le pidió que se identificara y él dijo su nombre en voz alta, de la mesa del lado saltó un funcionario:

— ¿Usted es don?

No había cómo negarlo.

_ Lo siento mucho: ¡para adentro! Hay orden de detención en su contra.

Era lo peor. Jamás los sindicatos volverían al trabajo, con su líder preso. Estábamos seguros de obtener la libertad al día siguiente, pero la noche en cárcel era inevitable.

La primera medida era impedir que el asunto trascendiera a la prensa: todos guardaríamos silencio y, una vez más, tendríamos que eludir discretamente a los periodistas, para que no echaran de menos a un dirigente a la salida... Eso se logró. La segunda medida fue muy *sui generis*: el nuevo detenido me dijo:

_ Mire, abogado: no me importa pasar la noche en Capuchinos; son gajes del oficio sindical; lo que ocurre es que mi chiquilla me está esperando a la entrada del rotativo Miami, en la calle Huérfanos. Por favor, ¡vea la manera de avisarle! Debe vestir un traje blanco; es morena; regular estatura; ni muy gorda ni muy flaca y bien parecida.

Fui. El cine estaba situado entre Bandera y Morandé, pero no había nadie en la puerta. Esperé un rato; entré; vi una parte de un filme cualquiera, confiado en tener éxito en el intermedio. Cuando encendieron las luces me puse de pie y me exhibí bastante, pues suponía que ella debía identificarme. Nada. Salí y volví a entrar. Me repetí la función y salí por segunda vez. Esperé que se alejara todo el público. Ya era de noche, cuando en la puerta del cine quedaron sólo dos personas: una niña morenita, ni gorda ni flaca, vestida de blanco, que miraba angustiada hacia todos lados, y yo. Lo demás es fácil de suponer. Le expliqué lo ocurrido, y le pedí serenidad y reserva. La dejé en su casa y regresé cansado y preocupado a la mía. Escuché los noticiarios. No se había filtrado ninguna información. Al día siguiente quedaron todos los dirigentes en libertad; se concertó el clásico almuerzo de reconciliación con la empresa, y nos despedimos. Pero me asaltaron los periodistas. Entonces les conté lo ocurrido, como una simpática

anécdota de los entretelones del conflicto. Se rieron mucho con la escena, imaginando lo que habría acontecido si las asambleas hubieran sabido la detención del líder.

Cuando llegué al almuerzo, uno o dos días después, me recibió un coro de dirigentes:

¡Puchas, abogado, la embarró! Al ...(aquí el nombre del dirigente) casi lo mató su señora!

Todos los periodistas comentaron su encuentro con la señorita de blanco en el *Miami*, y para todos fue muy gracioso, menos para la señora esposa que así descubrió que no era sólo por causa del conflicto que su marido se atrasaba...El marido pillado en falta estaba allí y se sonreía cariacontecido.

¡Mía no más fue la culpa, abogado! -me dijo-, por andar metido en enredos y por no advertírselo a usted.

Claro que si me adviertes -le repliqué- no me habría tragado dos funciones del cine. En todo caso, si tu pecaste por vivo, yo caí de puro ingenuo. Experiencia para el futuro...

Miles de situaciones como ésa iban tejiendo la relación amistosa, de camaradería, mucho más compleja que la de profesional a cliente, en las asesorías sindicales. ¡Quién va a enjuiciar, desde un punto de vista exclusivamente jurídico el caso de ese dirigente de uno de los sindicatos del cobre que, habiendo fallecido su tesorero repentinamente, partió al velorio con todos los papeles del cargo y, disimuladamente, le entintó el pulgar derecho al occiso. En su concepto, era la única manera de legalizar *post-mortem* los gastos que el repentino deceso había dejado sin autorizar.

Más escalofriante y risible a la vez fue lo ocurrido después de un trágico accidente ferroviario cerca de Sewell. Hubo varios muertos y muchos heridos. En la catástrofe debieron lamentar la

desaparición de un dirigente muy querido. La violencia del impacto sólo permitió hallar una pierna de la víctima. A los dos días, un dramático cortejo seguía a su última morada al muy querido compañero. Uno de los más sentidos era el pobre que había muerto destrozado, sin que se se hallara sino una pierna de él. Los oradores fúnebres difícilmente podían contener el llanto. Mientras tanto, en el hospital se reponía el "difunto", que sólo había perdido uno de sus muslos. Algunos sostienen que presencié el cortejo, desde la cama del hospital, y vio cómo leales camaradas daban piadosa sepultura a su pierna izquierda.

Todos estos sentimientos se confundían en mi espíritu, cuando fui llamado al Ministerio del Trabajo y Previsión Social.

MINISTRO DE ESTADO

Los recuerdos que imprecisamente he evocado me situaban naturalmente "cerca" del ministerio de Trabajo y Previsión Social para un gobierno como el de Frei. Ibáñez me había querido como ministro, cuando Oscar Herrera pasó a Educación, pero Frei y el partido demócrata cristiano se opusieron.

Poco tiempo después, cuando se inició "la gestión Frei", en que él asumiría la jefatura de un gabinete con un equipo de toda confianza, recibí las excusas de que, por el juego de intereses políticos, no podía ser, en esa coyuntura, ministro del Trabajo pues habría exceso de demócrata cristianos.

Sabía que Frei -ya electo Presidente- me consideraba en la nómina de posibles ministros, lo que ni me atraía, ni me asustaba. Llevaba veinte años merodeando por ahí y conocía esa repartición como la palma de mi mano. En cambio, muchos anhelaban el cargo, y un sector no despreciable rechazaba la idea de que yo pudiera llegar a él. Para unos era enemigo de los "sindicatos cristianos"; para otros, enemigo de los sindicatos "únicos", y campeón, por consecuencia, del "paralelismo sindical". Con este nombre se bautizó la libertad de asociación sindical, que está en la esencia misma del pensamiento humanista cristiano y, ciertamente, se incluía en las bases del Gobierno. Pero, una libertad sindical declarada y no cumplida, es muy distinta de una libertad sindical aplicada ...

Domingo Santa María y yo fuimos los últimos ministros llamados por Frei. Ignoro si los últimos por los que él se decidió.

Desde varios meses antes de la elección presidencial, fueron tales los ataques que me dirigieron dentro del partido, que resolví

renunciar a todas mis asesorías sindicales a comienzos de 1964. Se me acusaba de agente de la CIA, entregado a los sindicatos norteamericanos, enemigo de la unidad sindical, etc. Se llegó a despachar la famosa circular 22, en la que se declaraba la incompatibilidad entre la condición de demócratacristiano y la de cooperador del Instituto para el Desarrollo del Sindicalismo Libre, establecido por la AFL-CIO, cuyo directorio integraba junto con Rómulo Betancourt. Según me dijeron los norteamericanos, Frei mismo les había sugerido mi nombre.

Siempre he tenido la impresión de que la CISC y Vanistandael fueron pieza importante en el financiamiento de la campaña presidencial de Frei. Eso hacía subir los bonos de los partidarios del sindicalismo cristiano, que me parecieron sospechosamente numerosos y doctrinarios durante esos meses.

Frei tenía el *deber de ganar*. Le urgía cuidar sus pasos y no romper innecesariamente con nadie. La anticipada divulgación de mi nombre como eventual ministro, le abrió frentes internos inconvenientes y desagradables. Han pasado muchos años y he conocido distintas versiones de las pugnas por el ministerio del Trabajo. Leighton lo quería para Fuentealba; otros postulaban a Bosco Parra, a quien Frei me propuso como subsecretario, lo cual no acepté. En algún momento estuvo designado Gabriel Valdés, pero éste postulaba mi nombre. Gabriel volaba más alto y aspiraba a ser canciller, cargo que algunos pensaban que debía corresponder a Enrique Berstein, sin duda el demócratacristiano de más cartel y experiencia en Relaciones Exteriores, pero carente de toda ambición política.

Mi designación como ministro de Trabajo y Previsión fue bien recibida al parecer, y la mayoría del partido la respaldó. Durante los tres años y medio de ejercicio del cargo, el llamado "sector oficialista" me apoyó en forma permanente. Los parlamentarios que formaban las comisiones respectivas de la Cámara y el Senado hacían de cabeza, pero había muchos más: Héctor Valenzuela,

Gustavo Cardemil, Juan Argandoña, Alfredo Lorca, Alejandro Noemí, Patricio Aylwin, José Musalem, José Foncea, Eugenio Ballesteros, Mario Mosquera, Blanquita Retamal, etc. Por otro lado, Gumucio, Chonchol, Julio Silva, Jerez, me combatían sin tregua... y con razón. Todos abandonaron el partido después de las elecciones parlamentarias de 1969 y enfrentaron desde la UP la campaña presidencial. En eso fui profeta.

Cuando decidí abandonar el gobierno para asumir la rectoría de la Universidad Austral -que se me ofrecía sin adversario- tuve una muy seria conversación con el Presidente, que por esos días guardaba cama, resfriado. Me contó que durante su viaje a Valdivia, para la firma de la ley de autonomía de la citada Universidad, se le habían acercado diversos grupos a pedirle que no se opusiera a mi designación como rector, asunto que a él lo había tomado de sorpresa. Le expresé que sabía que existían gestiones en tal sentido y que era posible que se concretaran con motivo de la ley de autonomía; pero que, por eso mismo, no había querido acompañarlo en la gira al sur, ni tomar ningún tipo de iniciativa al respecto. En cuanto a la preferencia por dejar el ministerio de Justicia (entonces ya no era ministro del Trabajo) y aceptar la rectoría que se me ofrecía, le expresé con franqueza que lo creía conveniente.

_ Mi tarea en este gobierno está terminada, Presidente -le dije-. En el ministerio del Trabajo quedaron dictadas las leyes y hechas las reformas que se me permitieron. La reforma del sistema de asignación familiar, la previsional y la ley general de libertad sindical han debido suspenderse -le recordé- por petición del partido, aunque los proyectos estaban elaborados. En el ministerio de Justicia no hay nada que otros no puedan hacer igual o mejor que yo; en cambio, se avecinan las elecciones parlamentarias. Se van a dar bajo la consigna de la "unidad del partido", y estoy convencido de que eso es una hipocresía. Hay un grupo -continuó- que me ataca insistentemente, y creo que me disparan porque, ahora, no les conviene pelear contigo. Apenas pasen las elecciones

nes de marzo de 1969 y hayan exprimido hasta la última gota de tu popularidad en favor de sus postulaciones parlamentarias, se van a ir del partido. Uno de ellos es candidato a diputado por mi circunscripción, y no voy a dar un paso por su elección, porque sencillamente creo que no es demócratacristiano, aunque es muy inteligente, buen escritor y amigo mío. Tampoco creo en la futura campaña presidencial. No tengo estatura política para oponerme a la candidatura de Tomic, y pienso que pese a su brillo y condiciones personales nos lleva a un desastre, gane o pierda. Además es insoportable que se recrimine de tu elección, por haber aceptado el apoyo incondicional de la derecha. Tomic está convencido agregó de que hay que encabezar la izquierda, y eso no va a resultar. Comprendo que tú no quieras intervenir en el proceso electoral interno del partido, incluso en el repudio a la revolución en libertad, para tomar la vía no capitalista de desarrollo. Por último, no deseas que polemice con Chonchol, y creo que es conveniente que me vaya, para que se evidencie que los ataques son contra ti y no contra mí, que sólo sirvo como un pretexto, pues no tengo significación política".

Frei fue especialmente afectuoso comprensivo y deferente. Sustancialmente me halló razón y creo que no tenía ninguna necesidad política de sacarme del gabinete. Mi abandono del ministerio del Trabajo debe haberlo mirado como un alivio para sus tensiones con el partido, aunque ciertamente me estimaba como colaborador y amigo. Me dijo que no tenía quién me reemplazara en Justicia y tendría que buscarlo, tarea que demoró bastante. Ciertamente la candidatura de Tomic no era de su agrado, pero pensaba que no debía ir más allá de lo que al respecto había hecho, asunto de lo cual no tratamos mucho. El tema era delicado y comprometedor para él.

Fui electo sin oponente en la Universidad Austral el 28 de junio de 1968. Una conferencia dictada en Valdivia sobre el "Régimen jurídico de la Universidad Austral", me había permitido, poco antes, dejar constancia de mi pensamiento académico. A ella debí sumar

una reunión con docentes, otra con estudiantes y otra con funcionarios, en el mismo día. A todos les expresé poco más o menos: "No pretendo la rectoría de una universidad que desconozco y en un ámbito geográfico donde nunca he vivido. No tengo necesidad política de dejar el cargo de ministro de Estado, ni puedo aceptar una pugna con otro candidato. Si hay otro, es mejor que yo, porque si ustedes algo me conocen, yo -lo reitero- no conozco ni la Universidad, ni el sur y mal podría tener un programa de acción. No obstante, si ustedes están de acuerdo en que represento la mejor solución, acataré un consenso sin lucha, y tengo la autorización del Presidente para dejar, en ese caso, el ministerio. Personalmente confieso que me atrae impulsar la corriente descentralizadora y dejar la capital para buscar la provincia. Además, frente a los apetitos de poder, creo que hay que estimular la reflexión y el saber. Una universidad es un centro de saber, no un centro de poder. Por ahí marcha más propiamente, mi vocación".

Viajé a Valdivia a jurar como rector y dejar instalado el nuevo gobierno universitario entre los días 2 y 3 de julio. Regresé a Santiago para hacer entrega del ministerio a fines del mes, después de una inolvidable comida de despedida. Sergio Ossa, Rafael Romero y Guillermo Videla, entre otros, trabajaron cariñosamente en su organización. Presidieron la mesa de honor el Presidente de la Corte Suprema, Osvaldo Illanes; los ministros de Interior, Relaciones Exteriores, Hacienda y Educación; el presidente de la Cámara de Diputados, el ex-rector de la Universidad de Chile y ex-ministro de Educación, Juan Gómez Millas, quien ofreció la minifestación; la señora del ministro de Interior -mi inolvidable amiga Lala Yoma de Pérez Zujovic- y mi esposa. Adhirieron más de seiscientas personas desde ministros de la Corte Suprema, senadores, diputados, dirigentes empresariales y laborales, hasta viejos amigos que no hubiera imaginado que iban a concurrir.

El álbum de esa manifestación es uno de mis recuerdos más queridos y las sonrisas que predominan en todos no hacían

presagiar el vendaval de palos, balas, tomas y amenazas de muerte que más tarde debería enfrentar en Valdivia.

LA EXPERIENCIA DE GOBIERNO

EL Presidente Frei no me hizo un servicio, ni me premió con los ministerios de Trabajo y de Justicia. Fue una demostración de confianza personal y una valoración generosa de mis modestas condiciones. Siempre se lo agradeceré. Además, la experiencia como secretario de Estado, integrante de un gabinete, miembro del comité económico y del comité político de ministros, y presidente del comité social, me afirmó, para siempre en una cierta perspectiva de la responsabilidad ciudadana que, paradójicamente, influyó para que fuera borrado de los registros del partido en una fecha que desconozco, dentro del período del gobierno militar.

Es fácil comprobar en los mensajes presidenciales de los años 1965, 1966, 1967 y 1968, como también en el mensaje resumen de gobierno, presentado el 21 de mayo de 1970, lo que fue la tarea cumplida en los dos ministerios que serví: larga en Trabajo y Previsión Social, breve en Justicia. Desde la ley 15.906, de 17 de noviembre de 1964, hasta la ley 16.744, de 1º de febrero de 1968, firmé sesenta y siete leyes laborales y de previsión social, y cinco decretos con fuerza de ley.

Algunas de aquellas no sólo no las patrociné, sino las resistí, pero perdí la batalla en el Parlamento o dentro de mi propio partido. Por ejemplo: me opuse a todas las leyes que otorgaban calidad de empleados particulares a grupos de trabajadores calificados, con lo que se contribuía al desfinanciamiento del Servicio de Seguro Social. En cambio impulsé insistentemente la legislación destinada a terminar con las diferencias entre empleados y obreros, que debía ser la base para una reforma total del Código del Trabajo, y de la seguridad social chilena. Las tres leyes de alcance más amplio que se promulgaron durante mi paso por el ministerio del Trabajo y Previsión, y que más esfuerzo costaron a

mis colaboradores y a mí, no hacen distinción entre empleados y obreros. Ellas se refieren a la supresión del despido arbitrario (ley 16.455 de 1966), sindicación campesina (16.625, de 1967) y seguro social de accidentes del trabajo (16.744 de 1968). Por los decretos con fuerza de ley 1 a 5 se reorganizó el ministerio del Trabajo (subsecretaría y dirección), y se crearon el Instituto Laboral y de Desarrollo Social y el Servicio Nacional del Empleo. INACAP nació, paralelamente, bajo el poderoso patrocinio del Ministerio de Economía y de la CORFO, dirigida ésta por el cerebro excepcional y la gigantesca capacidad realizadora de Raúl Sáez.

Como he expresado, mi decisión de dejar el ministerio del Trabajo se originó en la oposición de mi propio partido para llevar adelante la reforma de la seguridad social y la ley sobre asignaciones familiares, después de haberme obligado a desistir de una ley general de sindicación libre. En cambio, la decisión de dejar el gobierno implicaba otros factores que bien se resumen en esa conversación final con Frei, que acabo de recordarlo.

SEGUNDA FILA

Es muy insensato calificarse a sí mismo. Con la tremenda dificultad de la falta de perspectiva y de la presión de factores inconscientes, me situaría objetivamente en segunda fila en mi país. Creo haber tenido la oportunidad de conocer de cerca el mundo de primera fila en varios aspectos (político, religioso, universitario, empresarial, sindical, internacional, cultural y social); pero siempre tuve conciencia de no pertenecer a él. Muchas veces "estuve" en primera fila, pero circunstancialmente. Otras veces, sin duda, fui personaje de primera fila, pero en ambientes de segunda.

No llegué al gobierno de Frei como un aporte de relevancia política, sino de significado técnico, para un cargo de segunda importancia política.

Se partía de la base que tenía condiciones y experiencia para el Ministerio del Trabajo y Previsión, ubicado en el último tercio en la jerarquía ministerial.

Si el hombre es un animal político, Frei lo era, sólo que en grado de excelencia. Abandonó la especialidad en derecho del trabajo, ramo que ejercía en la Universidad paralelamente a Rafael Caldera en Venezuela, cuando decidió "estudiar economía, para poder abrir la boca en política", expresión que alguna vez le oí. Pensé que alguien debía cubrir el vacío que en la democracia cristiana se producía para el conocimiento y juicio de los asuntos laborales. No sé si fue mi "yo", o mi "circunstancia" -como diría Ortega- lo que primó; pero aproveché la experiencia en las comisiones mixtas de sueldos para ahondar en lo que Frei dejaba. El me juzgaría más tarde un hombre útil en el gabinete, aunque resistido por algunos. Tal vez mi ventaja estaba en que no necesitaba el cargo y no crearía problemas si se me pedía la renuncia.

Tampoco era una amenaza política o electoral. La deferencia de Frei, al preferirme, tenía un precio: el ataque persistente de los enemigos -conscientes o inconscientes- de la libertad sindical.

EXPERIENCIA MINISTERIAL

Podría resumir así los principales aspectos de mi experiencia de gobierno:

a) Programa

Me parecía demasiado ambicioso y, en algunos aspectos, poco serio. Como no fui llamado a su preparación, sino muy secundaria y puntualmente, no lo conocía en detalle. A mi juicio, la parte laboral y de seguridad social era imprecisa y contradictoria. Tuve una intervención importante en el "Informe preliminar para un programa de gobierno", preparado en 1962 para el primer congreso nacional de profesionales técnicos de la democracia cristiana e independientes, pero en las elaboraciones posteriores fueron introducidos muchos cambios. En suma: se advertía una tremenda presión en defensa del sistema de sindicatos únicos y de fortalecer la CUT, a despecho de la doctrina. Conocía de cerca las discusiones y disensiones sobre el programa de la reforma agraria con "los 100 mil nuevos propietarios", y los debates económicos de alto nivel entre Jorge Ahumada, Raúl Sáez, Sergio Molina, Carlos Massad y varios otros. Pero la mantención de la unidad dentro del partido y del partido con el gobierno era, si no un milagro, una proeza de todos los días. Se veía cada vez más claro que Gumucio, Jerez, Vicente Sota, Chonchol, Julio Silva, Rodrigo Ambrosio, Luis Maira, Patricio Hurtado, Bosco Parra y otros no encajaban con las tesis de la "revolución en libertad", concepto que me parece haber emergido del padre Veckemans y de la revista "Mensaje". Con matices diversos, lo acogió luego el "freísmo".

La muerte de Jorge Ahumada fue una pérdida irreparable para el país y para el gobierno. Había asumido -con razón- la conducción central del programa, al menos en sus aspectos econó-

micos y financieros. Su vacío no lo llenó nadie. Saez, Sergio Ossa, Carlos Figueroa y otros creíamos que la orientación que daban a la reforma agraria Chonchol -en primer lugar-, luego Moreno, y enseguida Trivelli -aunque el más alto rango lo tenía éste- no era compatible con el programa de Frei. Chonchol insistía en la reforma "rápida, drástica y masiva", que nos llevaba a una revolución "destructora del poder económico, y no constructora del poder social", como creíamos otros que predicábamos casi en el desierto. Patricio Aylwin, cuñado de Trivelli y mano derecha de Frei, aunque participaba de nuestros temores, quería evitar trizaduras políticas internas. El llamado "tercerismo" -del que participaban Rafael Moreno, director de CORA; Sergio Saavedra, intendente de Santiago; Renán Fuentealba y una gran cantidad de dirigentes de la juventud, más que aportar equilibrio, evidenciaba indefinición.

Personajes de primera importancia como el Presidente, Bernardo Leighton, Gabriel Valdés, Domingo Santa María o Hugo Trivelli, aunque tenían criterios distintos sobre diversos tópicos, como es natural en cualquier gobierno, buscaban conciliar, evitar dificultades o roces, sin apreciar -en mi concepto- que en el fondo había un desajuste profundo entre el programa que debía llevar adelante Frei y el que otros deseaban se cumpliera. Todo ello se hizo evidente hacia la mitad del gobierno, cuando "estalló" la doctrina de la "vía no capitalista de desarrollo". Esta sepultó sin honores a la "revolución en libertad" y entregó la hegemonía a la Unidad Popular, donde Gumucio, Chonchol, Jerez, Silva, Sota y los demás observaban la culminación de una línea que siempre propugnaron. Principal aliento para este desenlace fue el embajador en los Estados Unidos y posterior candidato presidencial, Radomiro Tomic, quien cifraba su éxito electoral en el entendimiento con la izquierda: "sin unidad popular no hay candidatura Tomic".

b) Partido y gobierno

Ciertamente la democracia cristiana careció de una visión orgánica y unitaria acerca de su función como partido de gobierno, que no es igual que "ser el gobierno". El pueblo eligió a un "Presidente de todos los chilenos", que debía dirigir el Poder Ejecutivo del país. No eligió al partido demócrata cristiano para que lo gobernara. Desde luego, el partido estaba constituido, tal vez, por unos setenta a cien mil afiliados que pagaban cuota; unos doscientos mil miembros, que contestaban sin vacilar: "somos demócratacristianos disciplinados", y unos seiscientos mil simpatizantes. Los cargos de gobierno difícilmente llegan a mil, sobre todo si se descuentan los "parlamentarios", que son "de gobierno", de apoyo al Gobierno, pero no de "ejercicio del mando". Propiamente el gobierno es ejercido por el Presidente de la República, y de su designación libre son los ministros, subsecretarios, intendentes, gobernadores, algunos alcaldes, jefes de sevicios, jefes de misiones diplomáticas -no todo el personal de las embajadas- y ciertos funcionarios de exclusiva confianza. Es claro que con mayor o menor sujeción a la ética, es posible "ubicar" gente amiga o de confianza, preferir correligionarios en concursos equilibrados, o mediante razonables preferencias en ciertos niveles de organismos autónomos, o en cargos menores de la confianza no del gobierno sino de los jefes respectivos. Pero, a menos que se deseara entrar a saco en la administración pública y barrer con la carrera funcionaria, la asunción del gobierno no daba oportunidades de cargo de designación política ni para uno de cada doscientos de los que durante toda la vida se habían declarado demócratacristianos, o para uno de cada mil, si se contabilizan los demócratacristianos "posteriores" al triunfo. Muy pronto hubo, pues legiones de frustados, olvidados, preteridos, abandonados "en la hora de la verdad".

Las consideraciones anteriores se agudizaban cuando el Presidente o algunos de sus ministros preferían para algún cargo de libre disposición del gobierno a alguien que no fuera demócratacristiano. Las designaciones de Víctor Santa Cruz, en Londres; Hernán Videla Lira, en Buenos Aires; Hector Correa, en Brasilia;

Juan Gómez Millas, como Ministro de Educación; Mercedes Ezquerro, como directora del Servicio de Seguro Social, y Raúl Sáez, en la CORFO, eran para muchos graves concesiones a la derecha, o debilidades proburguesas de un gobierno revolucionario.

El extremo de este proceso fue la doctrina de "las dos confianzas".

Renán Fuentealba -uno de los permanentes convencidos de que yo no debía ser ministro del Trabajo, pese a nuestra amistad personal- resucitó ese viejo error, que alguna vez se suscitó en las tiendas conservadoras: "Los ministros no sólo son de la confianza del Presidente de la República, sino del partido de gobierno; si el partido les retira el "pase", deben renunciar, aunque sigan contando con la confianza presidencial". Esta doctrina se ensayaba con dos ministros a quienes la mayoría de la directiva demócratacristiana quitó el pase: Ramón Valdivieso, ministro de Salud, y William Thayer, ministro de Trabajo.

La cuestión no era grave por la influencia o carrera política de los afectados. Ninguno de los dos íbamos a defendernos en las asambleas partidistas: el doctor no era militante, y yo le había manifestado al Presidente repetidas veces que no quería ser para él un factor de dificultades con el partido. Lo delicado era la doctrina misma: su aceptación arruinaba el régimen presidencial. La doctrina que llevó a la revolución de 1891 y que la Constitución de 1925 pretendió corregir, renacía como el ave Fénix, pero en la forma más rapaz y destructora. Solicité una reunión con mis colegas de gabinete y les expresé que me causaba especial angustia la situación del ministro de Defensa, en aquel entonces Juan de Dios Carmona.

¿Se imaginan ustedes -les dije-, el efecto que tendría en las Fuerzas Armadas saber que la presencia del ministro de Defensa depende de un acuerdo privado del consejo del partido, sin que

pueda impedir su salida la voluntad del generalísimo?

Frei me encontró razón, pero no se mezcló ostensiblemente en la batalla; Leighton dijo, con su cachaza característica, que el asunto era discutible y que no se debía agudizar las tensiones. El problema fue "enterrado vivo", ¡y vaya si nos penó después!

c) *El Presidente y los Ministros*

Entre la mayor parte de los ministros había una gran amistad, sin mayor distingos entre demócratacristianos o "demócratapaganos", como con mucha gracia se bautizó a sí mismo y a sus pocos colegas no demócratacristianos, Juan Gómez Millas. Naturalmente que ejercer el gobierno es enfrentar minuto a minuto cuestiones controvertibles. Emergió entonces la abismante diferencia entre la amistad personal y la coincidencia política. Apenas conocía a Edmundo Pérez, a Raúl Sáez o a Modesto Collados; sin embargo, "calcé" totalmente con ellos, aunque no siempre plenamente ellos calzaran entre sí. En cambio, con Domingo Santa María éramos amigos íntimos desde 1929, y nunca pude lograr la armonía de acción que conseguí con Sergio Molina, a quien recién conocía.

Un día resolvimos almorzar juntos con Santa María. Habíamos llegado a la dramática conclusión de que teníamos una visión tan dispar de lo que debían ser las relaciones entre el partido y el gobierno, y lo que significaban las distintas tendencias dentro de aquél, que lo razonable era que uno de nosotros se fuera del ministerio. Con todo, queríamos dejar en claro ante nosotros mismos que ninguna de esas diferencias podía siquiera rozar nuestra amistad personal. No muchos meses después él era embajador en los Estados Unidos y yo rector de la Universidad Austral.

El Presidente no se acomodaba mucho a los consejos de gabinete, pese a la impresionante mesa que para ellos regaló

Raúl Devés. Diría que hubo pocos durante su gobierno. En cambio, nos reunía a tomar "las once" todos los miércoles, a las seis de la tarde. A veces, estas reuniones eran agradables y simpaticísimas; otras, se tornaban pesadas y duras, según los acontecimientos. Mis recuerdos son de dulce y de grasa, y creo que es ilustrativo volver sobre algunos de ellos.

Poco tiempo antes del viaje de Frei a Europa, apenas iniciada la reunión de un miércoles, el Presidente pidió al personal de servicio que nos dejara solos. En seguida nos advirtió, con gran seriedad -después de algunos cuchicheos con Gabriel Valdés-, que iba a revelarnos un *secreto de Estado*. Nos habló de un cable que se había recibido del general de Gaulle, sobre cuyo contenido los acontecimientos futuros justifican mi olvido. Recibimos la noticia y ni siquiera con la vista pretendimos comunicarnos un comentario los unos a los otros. Tal era la estrictez del secreto.

Minutos después llegó el ministro Santa María, que por diversos motivos se atrasó. Todos concordamos tácitamente en que "si el Presidente no le decía nada", Santa María no participaría de ese trascendental secreto. Ignorante de la situación, el recién llegado rompió el tabú con la siguiente y asombrosa pregunta:

_ Presidente, ¿qué importancia tiene el cable del general de Gaulle?

Todos sentimos escalofríos. Frei reaccionó exactamente como si un rayo hubiera golpeado en el centro de la mesa.

_ ¿Quién te ha hablado de eso? le increpó con natural y explicable injusticia.

Santa María, tan sorprendido como nosotros -pero por razones específicamente inversas contestó-

_ Me lo comentaron los periodistas a la entrada...

Pienso que hubo que esperar el 11 de septiembre para poner nuevamente a prueba la solidez del edificio de la Moneda. El Canciller desapareció, fulminado por la mirada de Frei, no obstante ser, tal vez, tan inocente como Santa María. Los demás hacíamos esfuerzos por guardar compostura y sólo anhelábamos que terminara pronto la reunión formal para reírnos a carcajadas. Creo que desde entonces a las reuniones de los miércoles se las llamó "té y simpatía".

Otra vez se reunió el comité económico, que habitualmente presidía Sergio Molina, para examinar las bases del presupuesto para el año siguiente. El Presidente, dada la importancia del asunto, concurrió. El director del presupuesto -me parece que entonces era Edgardo Boenninger- abrió la discusión y, al cabo de una hora de análisis, se llegó a la inevitable conclusión de que faltaban \$200 millones de dólares. ¡O se habían calculado mal los gastos, o se habían sobreestimado los ingresos! El Presupuesto no alcanzaba. Los expertos -Molina, Massad, Boenninger, Zaldívar- no lograban acuerdo. El Presidente había tenido una tarde pesada y se incomodó. Nos retó "bien retados" y dijo:

-Tengo otras cosas que hacer. Volveré luego. Vean ustedes por qué se produce este desequilibrio y dónde está el error-. Y salió.

Apenas quedamos solos, cambió el clima. La tensión cesó y nos produjo risa nuestra situación de niños castigados por haber hecho mal una tarea. Era obvio que allí no corregiríamos nada. Habría que recurrir a las calculadoras y al personal auxiliar para dar una respuesta segura; pero debíamos esperar al Presidente.

No recuerdo quién fue el culpable. Pero a uno de los ministros presentes se le ocurrió abrir los brazos, hacer sonar los dedos y esbozar un par de pasos, de ésos que hicieron famoso a Antony Quinn en la gran película "Zorba, el griego": ese baile final, cuando se vino abajo todo el sistema de andariveles que tan pacientemente había armado y que representaba la superación del

desaliento ante el fracaso de una obra concreta. Al instante tres o cuatro ministros, entre los que recuerdo a Molina, Santa María, Massad -que era presidente del Banco Central-, y yo, imitábamos el baile de "Zorba", mientras los demás aplaudían encantados.

En medio de la algazara alguien gritó:

_ ¡Cuidado: viene el Presidente!

Todos volvimos a nuestros puestos, y Frei -no había cambiado en nada su estado de ánimo-, preguntó tan serio como antes:

_ Díganme, ¿qué han aclarado o resuelto?

El silencio fue sepulcral. Nadie contestaba una palabra. La situación de suyo difícil, amenazaba con transformarse en ridícula. Entonces, creyendo salvar la situación con la verdad, tomé la palabra:

_ Estuvimos ensayando el baile de Zorba, el griego, Presidente.

Hasta hoy los concurrentes afirman que faltó muy poco para que Frei me pegara. Su mirada inicial de estupor varió hacia una ira infinita, con ansias impotentes de reducirme a ceniza y polvo. La reunión terminó ahí. Frei prefirió ignorarme, pero no tanto como para seguir la conversación con otros. Se despidió, secamente, y se fue.

Los comentarios entre nosotros eran de esperar. Volvimos a reírnos, y yo recibí equilibradas muestras de afecto por haber salvado la vida, y recriminaciones por haberme expuesto a perderla, aunque en muy regias circunstancias. Con el Presidente, éramos César y Bruto, pero con papeles cambiados. Además "bruto" había que escribirlo con minúscula...

Erróneo sería inferir que el Presidente carecía de sentido del humor. Todos saben que era una persona de contagiosa capacidad de reír. Tanto sentido del humor tenía, que antes de quince días invitó a todo el ministerio a una exhibición privada de la

película "Zorba, el griego", en la Moneda. Todos concurrimos y, como correctos "ingleses de Sudamérica", nadie hizo un comentario de lo acontecido. Frei, que no había visto el filme cuando tuvimos el encuentro -o desencuentro- que he relatado, se mostró entusiasmadísimo con el contenido y mensaje de la obra, sin hacer la más remota referencia a que alguna vez se hubiera mencionado entre nosotros.

En otra oportunidad, "té y simpatía" estuvo apocalíptico. Trivelli expuso los caracteres alarmantes que revestía la aparición de "la mosca de la fruta". El panorama no sólo era sombrío, sino aterrador. Si no se conseguía dominar el flagelo, reinarían el hambre y la desolación en los campos, con las consiguientes consecuencias políticas.

Se conocía, por esos días, una parodia política de la conocida marcha "sol de septiembre"; que animó la campaña presidencial de Frei. Decía, poco más o menos, así:

*Brilla el sol en todos los potreros;
Las vacas no tienen qué comer,
y se mueren de hambre los terneros,
y los bueyes también.
Frei, Frei, Frei.*

La melodía, lógicamente, era la misma de la famosa composición de Miguel Arteche y Juan Amenábar.

Trivelli se había alargado un tanto y no había alternativa: o nos suicidábamos, o nos reíamos. Escribí la estrofa que he transcrito en una servilleta, y se la pasé a Gabriel Valdés, que estaba a mi lado. El papel empezó a correr entre los ministros, hasta que llegó a manos de Frei. Este lo leyó, muy serio, y esperó que terminara Trivelli, ignorante -como Santa María en la otra ocasión- de lo que

le esperaba. No había acabado la última frase de su patética exposición, cuando Frei, con gran solemnidad le expresó:

- Ministro: sus palabras han inquietado profundamente a sus colegas y a mí. Tal ha sido la impresión, que el pensamiento unánime parece estar reflejado en este documento que me han hecho llegar: Brilla el sol en todos los potreros...- y leyó, en medio de la risa general, la pícaro estrofa elaborada por algún adversario de su triunfante candidatura. Trivelli, como buen italiano, primero enrojeció y después se sumó a la alegría general, fruto inusitado de una disertación patética.

En el gobierno discutíamos, nos molestábamos, discrepábamos, pero en cualquier momento se evidenciaba que había algo más profundo y permanente que nos unía. Así, ocurrió con el incidente que costó la vida al teniente Merino, en el Sur. La situación con Argentina se tornó repentinamente áspera; más aún, peligrosa. El fervor patriótico creó tensión en la opinión pública, y Frei resolvió llamar a una reunión extraordinaria de gabinete en su casa, a las diez de la noche. Pedro Jesús Rodríguez se desempeñaba como Canciller suplente.

El presidente relató con detalle los antecedentes del asunto, las diversas conversaciones telefónicas con Hernán Videla Lira, nuestro embajador en Buenos Aires, y de los respectivos cancilleres y ministros de Defensa entre sí. Todos deseaban evitar un agravamiento de la situación, pero había que manejar con tino las reacciones populares en ambos países. La culminación del proceso de "pacificación" debía ser la conversación telefónica directa entre Frei e Illía, el presidente de Argentina, que podría producirse en cualquier momento. Videla Lira había comunicado que pondría al fono al presidente Illía cuando el camino estuviera suficientemente despejado. El teléfono pasó a ser, desde ese momento, protagonista principal. Llamó una vez más Hernán Videla y anunció que en cualquier momento podría estar el Primer Mandatario argentino en el fono. Era casi la media noche. Los periodistas y un

público importante se habían acumulado en las afueras de la casa de Hindenburg 681.

Transcurrió algún rato y sonó el teléfono: "¡llla!", dijimos todos. Frei salió a grandes zancadas, porque naturalmente el teléfono había quedado en una pieza privada. Entonces ocurrió un desastre: al comienzo casi no se sintió la voz reposada y muy medida de Frei; pero poco a poco fue subiendo de tono y, por fin, todos lo escuchamos claramente gritar por el fono:

— ¡Qué se ha figurado usted! ¡No sabe lo que es el respeto! ¡Es usted un impertinente!...

Nos miramos aterrados: ¡Era la guerra! Frei lanzó unos cuantos improperios más y regresó al comedor, improvisado como sala de consejo.

— ¡Estos muchachos de hoy! -comentó-. El pololo de una de mis chiquillas quería saber noticias.

ch) *Las tareas de gobierno*

Bajo el gobierno de Frei se trabajó mucho. La labor de todos era abrumadora y tengo la impresión de que el juicio histórico será positivo. Es más fácil enunciar las fallas que las realizaciones, que fueron muchas. En general, los ministros sabíamos nuestro oficio y los funcionarios de alto nivel eran personas de gran capacidad. En el Senado, en la Cámara, en las reuniones públicas, en las universidades, no obstante la encarnizada oposición de grupos o sectores organizados, se advertía un reconocimiento a la labor cumplida.

Era costumbre entonces que para el *Te Deum* o para la Parada Militar, el Presidente y sus Ministros recorrieran las calles en las tradicionales y elegantes carrozas que guardaban un dejo de la antigua pompa europea. Nunca olvidaré que al regreso del

Parque Cousiño -debe haber sido en 1966, porque en 1967 estaba en Venezuela- ninguno de los ministros que iba en mi carroza - la tercera o cuarta- pudo bajar la mano, dejando de responder al saludo del público, en todo el trayecto hasta el regreso a La Moneda. Esperaba que algún dirigente sindical molesto con un conflicto, los políticos de oposición, que tan violentos eran a través de la prensa o en el Parlamento, o algún adversario personal, lanzara por lo menos un denuestro, algún grito. Nada. Sólo aplausos y participación en una fiesta que se sentía a la vez propia y nacional.

Eso no correspondía a la experiencia de gabinete. Las entrevistas solían ser tensas. En el Congreso no todo era fácil, ni mucho menos. En ocasiones debíamos hacer la defensa de los proyectos de ley, con escaso tiempo para informarnos o, a veces, sin posibilidad alguna de disponer de un cuarto de hora para preparar nuestras intervenciones. Naturalmente los proyectos principales de nuestro ministerio los habíamos concebido y redactado, o, en todo caso, elaborado con nuestros asesores. Por difíciles que fueran los temas y duros los debates, nos desenvolvíamos con razonable fuidez. Pero en muchas oportunidades otras leyes nacían en el Parlamento, por iniciativa de hombres de gobierno o de oposición, y había que imponerse de todo allí mismo. De repente nos avisaban que se vería un proyecto funesto para algún aspecto del programa de gobierno y los diputados necesitaban la presencia del Ministro del ramo para combatirlo, aunque no habíamos podido ni siquiera leerlo. Apurados, en la propia Cámara teníamos que informarnos e improvisar. Recuerdo que una vez llegué llamado con especial urgencia. El diputado Ballesteros -que después fue presidente de la Cámara y senador- se encontraba en duros aprietos con la oposición. Me vio llegar, y dijo: "Por último, el ministro les va a explicar". El presidente me dio la palabra, y yo no tenía idea del tema. Dije cuatro o cinco generalidades. El diputado izquierdista César Godoy Urrutia comentó: "He amanecido con mala suerte en el día de hoy. Leí un editorial de "El Mercurio", y no entendí nada; he escuchado al diputado Ballesteros, y sigo sin

entender. Ahora oigo al señor Ministro, y confieso, hidalgamente, que tengo la mente en blanco". Para mis adentros, le encontraba toda la razón.

Pero así era nuestra vida. En general sabíamos el tema; a veces teníamos posibilidad de prepararnos; otras, teníamos que improvisar.

Los pasillos del Congreso, lo mismo que los comedores, eran una especie de bálsamo. Lo que en el hemiciclo era tieso y formal, allí se tornaba franco y familiar. Rara vez se advertían la dureza o el resentimiento que rezumaban los discursos oficiales.

Recuerdo que, cuando recién me iniciaba como ministro, el senador Salomón Corbalán me advirtió en los comedores amistosamente:

_"Usted va a ver, ministro. A su partido le falta disciplina... Nosotros vamos a exigir más y más reajustes, hasta que fracase el plan de estabilización. Verá que sus correligionarios se van a ablandar y no van a respaldar la política que usted debe defender"

Así fue. La tesis sobre remuneraciones desarrollada en el dramático discurso de la plaza de Lota, el 28 de marzo de 1965 -interrumpido por las noticias del terremoto de La Ligua y Santiago- era aceptada "en general", pero en cada conflicto concreto se presionaba por el otorgamiento de reajustes que representaban ciento cincuenta, doscientos, o más por ciento respecto del índice de alza del costo de la vida (IPC).

Al principio los dirigentes sindicales creían que mi tesis se mantendría, pues no hacía otra cosa que guardar las espaldas al plan económico de gobierno que, en esa materia, era principal responsabilidad del ministro Molina. Después se dieron cuenta de que había presiones del partido y del gobierno para que el minis-

tro del Trabajo autorizara reajustes mayores. Eso iba produciendo un desgaste paulatino y los mismos dirigentes sindicales -muchos de los cuales me conocían como abogado asesor- se sentían defraudados cuando habían informado a las asambleas que "no se obtendría más que cierto tope y que era inútil ir a la huelga", en circunstancias de que, posteriormente, el ministro del Interior o los parlamentarios de gobierno propiciaban soluciones incompatibles con la política en marcha.

En el ministerio de Trabajo y Previsión no había jornada habitual, salvo mi hora de llegada, que no era muy temprana: alrededor de las 9 A.M. El mundo sindical funciona fuera de las horas de trabajo, de manera que con gran frecuencia mis audiencias terminaban a las 9.30 ó 10 de la noche, y, en oportunidades, había que amanecerse para manejar un conflicto delicado. Contaba con un excelente equipo de colaboradores, que se turnaban en diversas funciones. Ramón Santander empezó como subsecretario de Previsión, y lo sucedió Alvaro Covarrubias. En Trabajo estuvieron, primero, Emiliano Caballero, vicepresidente de la CUT y dirigente del gremio de cuero y calzado. Más tarde lo sucedió Ernesto Yávar, que solía ser subrogado por Ramón Luco. Con ellos colaboraban muchos otros, entre los que no puedo omitir a Patricio Novoa y Ladislao Lira, principales respaldos en la elaboración y aprobación de la ley 16.744 sobre Accidentes de trabajo y enfermedades profesionales.

Muchos ministros del Trabajo se despreocupaban de la previsión, dejando esa área entregada a la Superintendencia de Seguridad Social. Por convicción y vocación no lo hice así. Quería llevar adelante la reforma de la seguridad social, y no era tarea sencilla estudiar, analizar y transformar en articulado concreto los veintinueve tomos del informe Prat sobre la materia. Bajo la dirección del Superintendente de Seguridad Social, Carlos Briones, se condensaron en dos volúmenes que, principalmente, Alvaro Covarrubias y Patricio Novoa volcaron en un sencillo articulado, cuyo solo anuncio desató una tempestad política y gremial. Varios

parlamentarios hicieron valiente causa común con el Ministro, pero finalmente -como ya lo he indicado- recibí instrucciones de no seguir adelante con esa esencial reforma.

Otro proyecto fundamental era el que unificaba y reordenaba los regímenes de asignaciones familiares. Creaba un sistema único, sobre la base de cajas de compensación y de una caja recompensadora. Carlos Briones -a quien no le gustaba el proyecto-, lo apoyó e informó ante la respectiva comisión de la Cámara de Diputados. Pero todo fue inútil. Tampoco hubo autorización para llevarlo adelante.

A pesar de ello, como he dicho, se promulgaron sesenta y siete leyes laborales y previsionales, y el Código del Trabajo quedó renovado en parte sustancial. En el Libro I se igualó la condición de empleados y obreros en todo lo relacionado con la terminación del contrato de trabajo. En el Libro II, la parte principal -relativa a accidentes del trabajo y enfermedades profesionales- se sustituyó por la ley 16.744. En el libro III, si bien se mantuvo el régimen de sindicatos industriales y profesionales, por haberse rechazado el proyecto primitivo de libertad sindical, se estableció el régimen de libre sindicación campesina, a través de la ley 16.625. En el libro IV, los conflictos colectivos de la agricultura quedaron regidos por la citada ley; y las normas sobre la Dirección del Trabajo fueron sustituidas íntegramente por un decreto con fuerza de ley.

Lo que relato ocurrió de una u otra manera en todos los ministerios. Programas que se realizan; proyectos que se frustran, y una tarea final que queda para el juicio de la historia: único que vale. De nuestro testimonio sólo interesa aquello en que tomamos parte, pues podemos hablar con conocimiento de causa. En cambio, debemos ser cautos en evaluarlo.

d) Sindicatos y gobierno

Largos años de asesor sindical me habían evidenciado que los ministros del Trabajo empleaban excesivo tiempo en actuar como árbitros o mediadores de conflictos importantes, lo cual esterilizaba su acción para fines más creadores.

Los tres años y medio de ministerio fueron una lucha por cambiar esos hábitos, por dar vigencia a los servicios del Trabajo: el departamento de conflictos, que dirigía Salustio Montalba; la dirección del Trabajo, en manos de Fernando Onfray o de Guillermo Videla. Sólo en última instancia, debían actuar asesores especiales, el subsecretario o el Ministro.

Pasados los primeros días de saludos y contactos protocolares en el Ministerio, me dí a la tarea de preparar las reformas, conforme a los criterios y normas de los convenios 87 y 98 de la O.I.T. Para ello, llamamos a una misión de ese organismo a fin de que nos asesorara y se evidenciara nuestro interés en cumplir los convenios ratificados; entre ellos, el N° 11, sobre iguales derechos a los trabajadores del campo y de la industria, por el cual estábamos en "lista negra", como infractores.

El proyecto se entregó a discusión previa de las directivas sindicales, en el auditorio del ministerio de Obras Públicas. Concurrió un gran número de dirigentes que, como es tradición, empezaron por encontrarlo muy bueno "a primera vista", para lanzarse a muerte en contra de él, apenas vieron peligrar la estructura tradicional y pacata de nuestro sindicalismo único de empresa. El temor a lo desconocido, unido a la feroz campaña para impedir que se desarmara una maquinaria sindical ineficiente en sí misma, pero útil como "correa de transmisión de los ideales marxistas hacia la clase trabajadora", terminaron por hacer fracasar el proyecto. Aunque gané espectacularmente la batalla en el congreso del partido en 1966: por unanimidad en el comité de asuntos sindicales; abrumadora mayoría en la comisión de asuntos sociales; y por cuatrocientos noventa y nueve contra trescientos cuarenta en el plenario, -provocando la renuncia de Gumucio a la

presidencia- el triunfador Aylwin prefirió que no se llevara adelante el proyecto elaborado con la OIT, sino sólo con referencia al sector campesino. Allí no había sindicalismo alguno y, por lo mismo, no se entraba en conflicto con los sindicatos únicos de empresa, según ya lo he relatado.

Las consecuencias no se hicieron esperar.

El sindicalismo no agrícola siguió su trayectoria más o menos tradicional, sobre la base de conflictos anuales, promovidos por los sindicatos de cada empresa. En éstos, indefectiblemente se luchaba por reajustes muy superiores al alza del costo de la vida, creando día a día y caso por caso, conflictos con la política económica del gobierno y arriesgando el fracaso -como aconteció- con los programas de estabilización. Cuando Aniceto Rodríguez formuló su famosa declaración: "A Frei le negaremos la sal y el agua", su consigna tuvo natural eco en la CUT y se concretó en el combate despiadado a todo intento de ajustar la política de remuneraciones a las exigencias de un programa trabajosamente preparado por Jorge Ahumada y sus colaboradores, al cual estimaba mi deber atenerme.

Entre tanto el sindicalismo campesino, en brazos de la nueva ley, subió de 2.118 afiliados, en 1965, a 10.647 en 1966; a 47.473 en 1967; 83.472 en 1968; y a 104.666 en 1969. En el mismo período los afiliados a sindicatos industriales (miembros obligados), subían de 154.561 a 196.101. El sindicalismo profesional -libre, pero anticuado- aumentaba de 135.974 a 232.946.

El contacto con las directivas sindicales y organizaciones que había atendido como asesor y abogado fue para mí muy interesante. Amigos y adversarios me preguntaban: ¿Cómo te las arreglas ahora que eres ministro para dar opiniones que pueden ser contrarias a las que sustentabas como asesor?

El problema no existía. Siempre asesoré procurando llegar a una solución ajustada al diagnóstico de lo posible y equitativo, eliminando excesos de ambas partes. Nunca los trabajadores me exigieron que luchara por posiciones excesivas. Aunque el pliego las contuviera, jamás las alenté. Eso no es mérito de mi parte, sino sencillamente sujeción a una convicción doctrinaria que por no ser clasista ni partidista, opera lo mismo en el gobierno, en la oposición, como asesor, como ministro, o como empleador.

Regularmente los pliegos de peticiones presentados por los sindicatos son excesivos, como es excesiva la respuesta de la empresa. Sobre esto me extendí en un capítulo de mi libro *Trabajo, empresa y revolución*. Allí examiné las fallas de nuestra negociación colectiva, y no repetiré aquí mi pensamiento. Sólo debo reiterar que llegado un conflicto a conocimiento de un hombre de derecho, debe ante todo hacer de él un diagnóstico "en justicia": cuál es el *rango* dentro del que debe buscarse una solución. Los conflictos de intereses, como son los colectivos del trabajo, no tienen "una" solución *justa* como regularmente acontece con la sentencia en una cuestión judicial. Tienen "*muchas*" *soluciones justas*; más bien dicho, el citado rango dentro del cual hay que hallar la solución justa en que se concilien los intereses legítimos de ambas partes. Con frecuencia hay disensiones internas entre los dirigentes empresariales o laborales respecto de su propia posición ante el conflicto. Hay un momento en que juegan la inteligencia, la astucia, la experiencia, para llegar a la *mejor* solución, dentro de un margen de racionalidad.

Lo que ocurre con la función de gobierno es que tiene una doble responsabilidad:

- 1) La de proteger la parte más débil, que tratándose de relaciones *colectivas* de trabajo no siempre es la parte laboral, sobre todo si el gobierno es de avanzada; y

2) La de proteger el bien común, representado en gran medida por los consumidores, que deberán pagar el precio de los artículos cuyo costo resultará afectado por el arreglo del conflicto.

Para mí todo esto era claro, y lo sigue siendo. No obstante, hay una cierta soledad que se aprecia en medio de la espesa afluencia de personas y grupos que rodean un conflicto. El juego de las pasiones, de los intereses, del disimulo, de las amenazas, predomina demasiadas veces sobre la búsqueda serena y objetiva de una solución equitativa y conciliadora.

La experiencia me permite afirmar que *las partes* no son de suyo propensas al engaño. Quizá "lo fueron". Las cartas están ya muy marcadas. Más bien existe *un sistema* propenso a la insinceridad, que hay que rectificar. Las partes estarían dispuestas a no extremar sus puntos de vista, si no hubiere *el riesgo de ser justo*.

Esto es lo que evita un sistema de negociación que "enmarque" necesariamente las discusiones dentro de lo razonable, que en general estará dado por el volumen de paridad de la empresa (*break even point*), y por los niveles más bajos pagados por las empresas competidoras. El límite superior podría bordear lo que se estime una ganancia importante para la empresa, y los niveles más altos pagados por la competencia. Los incentivos mayores deberían buscarse a través de mecanismos de participación, para hacer posible la generación de excedentes en el ejercicio, que no deben transformarse en sueldos o salarios fijos sino después de largos períodos que permitan evidenciar en qué medida, dichas utilidades o excedentes están revelando una insuficiencia en las rentas fijas de los trabajadores, o una demasía en los precios a los consumidores.

e) "Trabajo, empresa y revolución"

Inquieto por estos temas y, en especial, al hacer su aparición la tesis de la "vía no capitalista de desarrollo" -que creía y sigo cre-

yendo de raigambre marxista-, resolví escribir un ensayo que resumiera mi pensamiento sobre los principales aspectos de esta controversia.

El libro fue editado por Zig-Zag, en 1968. Una franja combativa decía: *Un ministro critica la Vía no capitalista de desarrollo*", alusión a un documento que firmó gran número de dirigentes del partido demócratacristiano -en especial de las corrientes "rebeldes" y "terceristas"- . Jacques Chonchol y Julio Silva me salieron al camino en una polémica que alcanzó cierta publicidad. Ellos, en ese entonces, pertenecían al partido y al gobierno, y yo sostenía que la tesis que, muy destacadamente defendían, tenía una raíz marxista y, de todos modos, la juzgaba incompatible con la concepción de Frei y con la llamada revolución en libertad.

No sé si Frei leyó el libro. Observé sí, que lo mantuvo largo tiempo en su escritorio presidencial. Creo que coincidía conmigo, pero -como lo he dicho antes- me pidió que "no polemizara con Chonchol", a lo que le respondí, con todo el respeto y afecto que me merecía, que no podía obedecerle en eso. Pienso que él tenía que pedírmelo, pero que no estaba seriamente empeñado en que le obedeciera. Tenía herramientas muy decisivas para evitar que un *ministro* criticara la vía no capitalista de desarrollo... y no las usó. El Presidente veía tan claro como yo, o mucho más claro, por su condición de estadista, lo que palpitaba bajo ese debate. Era la elección de un marxista en el próximo período presidencial, o, por lo menos, el término de la "revolución en libertad". Las dos cosas ocurrieron.

f) *Promoción popular*

En sus comienzos, el gobierno de Frei puso un enorme énfasis en la "promoción popular". Se dijo que sería la actividad más importante y más auténticamente renovadora o revolucionaria del programa, y se entregó a la responsabilidad de Sergio Ossa Pretot. Este era una de las personalidades más completas del

equipo de gobierno: preparado, de sólida formación humanista, doctrinaria y social, con gran capacidad de organización y experiencia excepcional en manejo de instituciones. Además conocía de este asunto como nadie.

Por desgracia, contra la promoción popular dieron batalla los marxistas, los filomarxistas, los desorientados, los envidiosos, la derecha, los "rebeldes" y los "terceristas". Por sobre todo, fue notable la incapacidad del gobierno mismo para decidir sobre la ubicación de promoción popular en el cuadro de la Administración.

Primero se dijo que un ministerio sería poca cosa, porque era demasiado importante; por último, la promoción popular terminó "colgada" de un departamento del ministerio de la Vivienda. Cuando se presentó al Congreso la ley que le daba su estructura definitiva, junto con crear las juntas de vecinos, hicimos con Ossa un ridículo mayúsculo.

Como él no tenía rango de ministro para concurrir a la defensa del proyecto al Congreso, me pidió que lo reemplazara. Mientras el angustiado Sergio observaba desde las tribunas y yo improvisaba sin mucha dificultad -pues conocía bien el tema- una defensa ardorosa, el gobierno, a través del ministerio del Interior y otros personeros, negociaba el rechazo del título sobre promoción popular, para obtener la aprobación de la estructura de las juntas de vecinos. Posteriormente Ossa fue nombrado ministro de Obras Públicas, lo cual le daba algún respaldo mejor para su promoción popular, que jamás encontró destino. Duró menos que la revolución en libertad. Lamentablemente.

g) Disenso con el ministro del Interior

Junto con el primer gabinete, asumió como ministro del Interior, el ex-presidente del partido y fundador de la Falange Nacional, Bernardo Leighton, sin duda la figura más querida de toda la democracia cristiana. El "hermano Bernardo" -como todos le dicen-

era y sigue siendo una lección permanente de bondad, rectitud y caridad cristiana. El criminal atentado de que fue víctima en Italia, muchos años después, que casi les costó la vida a él y a su señora, Anita Fresno de Leighton, es una de las expresiones más abyectas del terrorismo. Bernardo, sin embargo, lo ha sobrellevado, más que con entereza, con un sentido evangélico del perdón que muy difícilmente podría hallarse en otro político en toda la historia de Chile.

Con todo, fue con frecuencia mi "adversario" dentro del gabinete. Había ejercido el mismo ministerio bajo el segundo gobierno de Alessandri Palma y tenía una vida entera consagrada a la política, en un estilo que nadie se lo iba a cambiar. Bernardo era componedor, conciliador, amigo de todos y dotado de un sentido muy fuerte de pragmatismo político. Refractario por naturaleza a las consignas, los fanatismos y las posiciones absolutas, no creyó nunca en la "revolución en libertad", ni en la "Vía no capitalista" ni en otras novedades por el estilo. Creía en los hombres, en la democracia, en el juego de las posibilidades y en el Evangelio. Ni la revolución en libertad ni el programa de Jorge Ahumada estaban en los Cuatro Evangelios. En cambio, en todos los Evangelios estaban el trato afectuoso, el contacto humano, la ayuda a los necesitados, las imprevisibles soluciones providenciales. Por eso tuvimos grandes desacuerdos, que jamás rozaron siquiera nuestra invariable amistad, su cariño benevolente hacia un "hermano menor" y mi natural deferencia hacia sus merecimientos y valer político.

La cuestión empezó con INDURA (13). Se produjo un conflicto laboral de mi competencia, pero que se complicó con la ocupación de la fábrica. ¡Primera ocupación de fábricas que se producía! La cuestión trascendía ya los marcos de un asunto laboral, para

(13) INDURA= Industria de Soldadura S.A.

comprometer el orden público. Nos reunimos con el Presidente y el ministro del Interior. Les expresé que consideraba las "tomas" como un *foul* a la democracia:

_ No hay defensa contra ellas, cuando arrecian. Hoy se toman una fábrica, mañana será la catedral o el palacio de los tribunales. Mi opinión es que no debe tratarse con los trabajadores, mientras el local no sea desocupado.

Bernardo fue de otra opinión. Entró en negociaciones; es claro que el conflicto se arregló, pero...

Más delicado fue el conflicto de Cemento Melón. Yo había sido por varios años abogado de los trabajadores de esa empresa, y cuando me tocó, como ministro, atender a los dirigentes les manifesté que no podían esperar un apoyo para soluciones que se apartaran de la política de remuneraciones en marcha, que suponía otorgar reajustes conforme al ciento por ciento del IPC, más algunos puntos que pudieran ser absorbidos en la productividad de la empresa, salvo situaciones muy excepcionales. Les insistí que expresaran a las asambleas que no podía quebrar una política en marcha. Se había recibido el gobierno con un cuarenta y ocho por ciento de inflación en doce meses; el año había cerrado con algo más de un treinta y ocho por ciento, y teníamos que armonizar el interés de los trabajadores de Cemento Melón con los del país. La empresa era un semimonopolio de precios controlados, que se traspasaban con acilidad a los consumidores.

El conflicto no se arregló. Sectores políticos y sindicales se sumaron para poner a prueba la solidez de un planteamiento económico-social. Bernardo me llamó varias veces por teléfono. Me pedía que cediera y buscara arreglos superiores. Ya el subsecretario del Trabajo y ex-vicepresidente de la CUT había dado su opinión definitiva, concordante con la que el sindicato conocía por mí. A los treinta días de huelga, Bernardo no soportó más. Tomó un helicóptero, aterrizó en La Calera; se fue a la

asamblea del sindicato y en una sesión nocturna arregló el conflicto. Los beneficios concedidos superaban el 200 por ciento del alza del costo de la vida. Bernardo habría dicho -nunca se aclaró bien- que la diferencia la pondría el Gobierno.

Naturalmente, Emiliano Caballero y el ministro del Trabajo quedamos en una posición insostenible, de la que me hice responsable. Fui donde le Presidente y le entregué la renuncia indeclinable de mi cargo. El Presidente llamó a Bernardo, y éste propuso una solución que lo pinta de cuerpo entero. Usando el lenguaje afectuoso con que siempre alemanizaba mi apellido, me dijo:

_ No Thayer. No seas así. Es lógico que te molestes; pero debes retirar la renuncia, para lo cual el Presidente debe darte todo el respaldo.

Y él mismo redactó la carta en que Frei públicamente me pedía que no insistiera en la renuncia, a la vez que me daba todo su apoyo. El quedaba muy mal, pero había arreglado el conflicto de Cemento Melón.

Por desgracia, las cosas tienen consecuencias. Se produjo después un conflicto en El Teniente, otros antiguos clientes; y tanto Eduardo Long como Héctor Olivares invocaban el precedente de Cemento Melón, sostenían ante las asambleas que no importaba la posición del ministro del Trabajo, porque de repente llegaría en helicóptero con "la plata" el ministro del Interior. Bernardo no llegó y el conflicto se prolongó largo tiempo en esta indefinición en que no se sabía hasta donde llegaría el gobierno y quién mandaba en política de remuneraciones.

Pero esta actitud de Bernardo correspondía a su visión global de sus tareas de gobierno. Era un hecho de todos conocido que el dirigente juvenil Rodrigo Ambrosio recorría el país atacando la política económica y social de Frei. Algunos decían que pertenecía al partido comunista francés; otros, que era un rebelde empeder-

nido. El caso es que la cuestión se llevó a una de las sesiones de "Té y Simpatía" y quedó en claro que el joven Ambrosio recorría el país con fondos que le proporcionaba el ministerio del Interior. "Son jóvenes; déjenlos que hablen..." Por similares razones, Bernardo se retiró de un consejo de gabinete ante mi protesta por la actitud de Jacques Chonchol, a quien él no aceptaba que yo criticara. Ello no fue obstáculo para que en el congreso del partido saliera en mi defensa, cuando Chonchol y los suyos me dirigían los más duros ataques.

h) Contactos posteriores a mi alejamiento

Desde mi cargo de rector tuve permanentes contactos con el gobierno de Frei y con el de Allende, naturalmente de muy diverso carácter. Siempre fui afectuosa y deferentemente recibido en Santiago por mis ex-colegas y por ambos Presidentes. Pero de esto hablaré más adelante.

i) Apreciación global del gobierno de Frei

Estas notas históricas, con acento en lo anecdótico que debe conservarse, no pretenden enjuiciar el gobierno de Frei. Formé parte de él y mi apreciación es de escaso valor. De todos modos, como sólo desempeñé el ministerio del trabajo tres años y medio y durante cuatro meses el de Justicia, no me siento inhibido para señalar que, comparativamente hablando, Frei presidió uno de los gobiernos más progresistas de Chile. Pienso que, desde los tiempos de Montt y Varas, Chile no había alcanzado el prestigio internacional que alcanzó entre 1964 y 1970. Creo que hizo mucho bien, pero no todo bien. Se pueden llenar volúmenes con sus realizaciones. Las fallas, en mi concepto, fueron puntuales, aunque graves. Las resumiría así:

_ Exceso de dogmatismo y partidismo;

_ Insuficiente comprensión del problema laboral, y manejo populista de la reforma agraria;

_ Fatal incomprensión del conflicto suscitado con las Fuerzas Armadas en 1969;

_ Relativo fracaso de la política antinflacionista,

_ Incapacidad de continuarse, dando paso a la negativa experiencia de la Unidad Popular;

_ Inmadurez del partido demócratacristiano para juzgar y conducir sus relaciones con el gobierno, lo cual, recíprocamente, generó fallas en éste para mantener las buenas relaciones con aquél.

j) Contactos Internacionales

He señalado como una de las realizaciones del gobierno de Frei haber conducido a Chile a un elevado nivel en el concierto internacional. La calidad y cantidad de delegados extranjeros que concurrieron a la trasmisión del mando fueron inusitadas y preludivan las exitosas visitas del Presidente a países extranjeros; como asimismo la venida al país de reyes, presidentes, y personalidades de la más alta alcurnia.

Otros más autorizados, seguramente, escribirán sobre ello. El ministro del Trabajo fue, más que nunca en esos casos, hombre de segunda fila. Es cierto que conocí a U Thant, Indira Gandhi, Giuseppe Saragat, Amintore Fanfani, Golda Myer, el arzobispo Mackarios, Giovanni Leoni, Isabel II y otras personalidades de su estatura; pero tengo conciencia bien clara de que *ellos no me conocieron jamás*.

Este tipo de relaciones es una de las enseñanzas que deja el paso por el gobierno. Cada día se presentan oportunidades para salirse del papel, rango o función que a uno le corresponden, con la pícara tentación de figurar, aparecer, aparentar... Algunos manejan exitosamente esa posibilidad y hacen carrera política: invitan, son invitados y traban vínculos influyentes. Otros no saben

hacerlo y caen en el más afrentoso ridículo. Para evitar este resultado es indispensable la conciencia de lo que uno mismo es y del papel que representa. Aprendimos en filosofía que la palabra "persona" proviene de la máscara usada en el teatro clásico para identificar al artista según el papel que le correspondía representar en el escenario. Desde entonces se acostumbra a valorar la personalidad del alguien, según la estrictez con que sabe ser fiel al papel desempeñado.

El ministro del trabajo y Previsión Social tenía sus escenarios naturales. Desde luego la Organización Internacional del Trabajo y cuando con ella se relaciona. Concurriendo a las 49 a. reunión de la conferencia general, el entonces director de la OIT, David Morse, me distinguió de manera excepcional. En los siete días que estuve en Ginebra, seis veces me entrevisté con él, no obstante el centenar de ministros presentes. Guardo un recuerdo muy grato de mis sustanciosas conversaciones con Morse, fruto de la diligencia de nuestro embajador Ramón Huidobro, del prestigio de Frei y de la encantadora y principal influencia de Anita Figueroa, subdirectora general y amiga distinguidísima del director.

Como la OIT es tripartita -con representantes estatales, patronales y asalariados-, las conferencias generales constituían el lugar propio de vinculaciones para el ministerio que servía. Sería insincero -por referirse a mí mismo- no valorar el efecto positivo que provocaba un ministro experimentado en los afanes del mundo laboral y de la seguridad social, situación que contrastaba con la de muchos de mis colegas extranjeros, políticamente más encumbrados, pero ajenos en mayor o menor grado a lo que se discutía y palpaba en esas reuniones de Ginebra.

Circunstancialmente me correspondieron contactos a nivel de jefes de Estado: por ejemplo, con el presidente Leoni, en Venezuela, y con el presidente de la URSS, Nicolai Podgorny. Sospecho que éste tuvo sobrados motivos para recordarme durante algún tiempo. Máximo Pacheco, nuestro embajador en Moscú, se dio

mñana para que Podgorni me concediera una entrevista. Y ello no obstante estar suspendidas las audiencias, pues con mi esposa llegamos como invitados oficiales a la URSS en los mismos días en que esa gran potencia se preparaba para recibir el general de Gaulle. Nadie creyó en mi entrevista; ni siquiera el protocolo soviético, que me había programado una simpática visita a un campamento de pioneros en las afueras de Moscú, el mismo día en que Podgorni recibiría a de Gaulle.

Más o menos a las tres y media de la tarde, yo jugaba una simpática partida de ajedrez con algunos niños del campamento, cuando un llamado telefónico urgente transfiguró a Ana Petrovna, la encargada de atender "al señor ministro y a su esposa": dentro de media hora el presidente de la Unión Soviética recibirá al ministro del Trabajo de Chile. Se rogaba la puntualidad, pues a continuación debía recibir al presidente de Francia, Charles de Gaulle. ¡Un milagro en el Kremlin! Los apuros no son para descritos: literalmente los funcionarios soviéticos asaltaron un taxi que traía unos turistas, para combinar con el auto que me habían asignado; pero que no estaba programado para esa hora. En fin: llegué a estrechar la mano afectuosa de Podgorni con veinticinco minutos de atraso. El único atenuante fue que mi colega soviético, Volkov, llegó después.

Con Podgorni hablamos casi tres cuartos de hora. La revolución en libertad; la revolución bolchevique; el difícil paso del socialismo al comunismo; el respeto a la religión y, con ello, la situación de Polonia, tema que algunos exiliados polacos me habían solicitado mencionara... Podgorni, tal como me lo había anticipado Pacheco, era un hombre de muy agradable trato, el de más alta representación en esos momentos, pero el tercero en poder, después de Breschnev y Kosigyn. A él correspondían, particularmente, los actos protocolares; pero mi entrevista sólo se justificaba por un encargo personal del presidente Frei, un secreto de Estado, como el que ya recordé le habían contado los periodistas a mi colega Santa María.

Hay algo más vinculado a esta curiosa reunión con Podgorni, de la que salí por una puerta, mientras asomaba por la otra la figura imponente del general de Gaulle. La invitación me fue formulada a través del embajador soviético en Santiago, mi recordado amigo Anikin. A él poco le debo en mi formación doctrinaria, pero sí muchos legítimos agrados: esos catorce días en Moscú y Leningrado; haber jugado ajedrez con el gran maestro Efim Geller, mientras me asesoraba Smyslov -ex-campeón mundial- y haber tratado con personalidades tan especiales como el poeta Evtuchenko o el astronauta Leonov. Señaló estos detalles porque pintan la afectiva amistad que me ligó al embajador de la URSS, cuyo origen fue la común afición a ajedrez y un parejo nivel de juego. Su consecuencia, una molestia indisimulada de la izquierda marxista chilena. El diario *El Siglo*, órgano del partido comunista chileno, no descansaba en sus ataques al ministro del Trabajo, bien respaldados por la crítica interna del sector que después se separó del partido demócrata cristiano, para formar el Mapu y la izquierda cristiana. Pero la indignación llegó al límite cuando fui invitado a Moscú y Leningrado oficialmente por el gobierno soviético. Pocos días después, me visitaba con igual propósito el embajador de Yugoslavia. Salvador Allende se puso en campaña y tuvo éxito a medias: consiguió que los yugoslavos me dieron excusas, me enviaran flores, pero no confirmaran la invitación. Con la URSS y Anikin no tuvo éxito. Constan en la prensa chilena y extranjera sus protestas porque un gobierno socialista invitara a un ministro burgués. Pasando del dicho al hecho, el senador Allende partió en gira internacional a Yugoslavia y la URSS. No puedo asegurar la génesis de los sucesos posteriores; pero, al no pasar por Yugoslavia, llegué primero a la URSS, y al recibirme el presidente Podgorni el mismo día que al general de Gaulle, pareciera que perdió sentido la llegada a Moscú del senador y más tarde presidente Allende. Repito: no estoy seguro si ésa fue la causa, pero el hecho concreto no puede desmentirse: Allende no llegó a la URSS. En cambio, desde La Habana repitió sus encendidos ataques a la insólita medida adoptado por el gobierno del país al que, pocos años más tarde, llamaría "nuestro hermano mayor".

Debo ser honesto: éste fue un ajedrez que lo jugó y ganó el embajador Pacheco y en el cual fui sólo un peón que se coronó en la sala del presidente del Soviet Supremo. No sé si servirá de consuelo para los adversarios de ese viaje -no estaban solamente en la izquierda- saber que casi nos partió un rayo durante la entrevista. Se estrelló a pocos metros de nosotros con un estrépito aterrador. Más de alguien debe considerar que fue un lamentable error de puntería de ese fenómeno de la naturaleza.

A mi regreso, *El Siglo* renovó sus ataques. A ellos se sumó, desde *PEC*, la extrema derecha. La izquierda marxista necesitaba crear un problema y desdibujar, primero, la imagen de una visita políticamente exitosa, donde nada se había hecho o dicho que confundiera los dos campos que era necesario distinguir: la total diferencia y gran distancia en las doctrinas, y, luego, la clara apertura para un trato amistoso entre dos Estados soberanos con regímenes contrapuestos.

Cuidé escrupulosamente mis declaraciones en la URSS y aquí, como si hubiera previsto el terreno en que se daría la próxima batalla. Los comunistas chilenos enviaron a Moscú una información de prensa en que un periodista había rotulado de manera artificiosa mis declaraciones, apartándose ostensiblemente del contenido. Consiguieron así que una revista de los sindicatos soviéticos protestara por "mis declaraciones". Pero Anikin no dormía: cuando hablé con él, ya se había impuesto del asunto y enviado sus propias explicaciones.

A los pocos meses tuvimos la respuesta. Visitó Chile el vicepresidente del Soviet Supremo. Fui invitado a la recepción en la embajada de la URSS y la Divina Providencia que no tiene escrúpulos en "soplar donde quiere", puso al ministro del Trabajo del burgués gobierno de Frei exactamente delante del senador Luis Corvalán, secretario general del partido comunista de Chile, en la fila de personas que íbamos saludando al empingorotado

huésped. Cuando Anikin me presentó, el vicepresidente del Soviet dijo poco más o menos lo siguiente:

— Señor Ministro: tengo gran satisfacción en conocerlo y soy portador a usted de un saludo especial del señor presidente del Soviet Supremo de la URSS, que recuerda, lo mismo que el señor Volcov y demás amigos que usted conoció allá, con mucho placer su visita a nuestro país. Particularmente deseo expresarle que el gobierno de la URSS está plenamente informado de la absoluta concordancia de sus declaraciones en la URSS y en Chile, y que no comparte de ninguna manera algunos ataques que se le han formulado, que sólo reflejan desconocimiento de su recta actitud.

En seguida me abrazó, mientras Anikin sonreía en la gloria y el senador Corvalán esperaba el término de este discurso para saludar. Lo miraba de reojo. No parecía dichoso.

Creo que es útil para la comprensión de este tipo de relaciones internacionales, ofrecer algunos antecedentes más. Había participado, a comienzos de 1964, en un ciclo de conferencias sobre marxismo en la Universidad Católica, con Ives Calves, Roger Veckemans, Jaime Castillo Velasco, Máximo Pacheco, Carlos Vergara y otras personas. Mi tema fue: "El régimen de trabajo en la Unión Soviética". Como me documenté con bastante prolijidad para tal evento, el viaje a la URSS resultó especialmente provechoso, ya que todas mis entrevistas, preguntas y observaciones directas decían relación con problemas que conocía bastante bien a través de libros y otros documentos. Pude así ir confirmando y perfeccionando conocimientos, al mismo tiempo que daba la sensación de ser profundo y serio conocedor de la situación laboral en la URSS. Eso sorprendió a los funcionarios soviéticos. Además, ellos buscaban el contacto con quienes representaran más auténticamente el pensamiento demócratacristiano y no con el sector promarxista. Es posible que éste jugara otro papel en su esquema; pero al nivel oficial, aquella parecía ser la orientación. Lo abona el hecho de que Anikin hizo efectivas gestiones en favor de mi

nombramiento como embajador en Moscú, al término de la misión de Pacheco, y supe que eso era lo que prefería el Kremlin. Pero Frei tenía otras intenciones y yo también. Creo que Oscar Pinochet tuvo que remontar una situación un poco difícil, pues en un comienzo su designación fue estimada como la de un funcionamiento de carrera. Posteriormente, él y su esposa hicieron un lucidísimo papel. En cambio Anikin, de regreso a Moscú, desapareció de la escena diplomático de primer plano y murió poco tiempo después. Creo que se ilusionó con mi posible nombramiento, luego de haber conversado con Gabriel Valdés, que era partidario de él, y esta especie de fracaso influyó en su destino político. Poco antes de regresar a la URSS, Anikin me preguntó, con cierta tristeza:

_ ¿Por qué no quiso usted aceptar el nombramiento de embajador en la URSS?

Le contesté con afecto y franqueza:

_ Por dos razones, embajador: porque circunstancias familiares me lo hacían prácticamente imposible y porque el Presidente Frei jamás me lo pidió.

El sucesor de Anikin en Santiago, por la inversa, fue ostensiblemente frío en sus escasas relaciones conmigo. Algo había ocurrido, pero nunca lo supe. Dejé el gobierno por esa época, y me radiqué en Valdivia para servir la rectoría de la Universidad Austral de Chile.

RECTORADO DE LA UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE (1968-1973)

Algo he anticipado sobre mi rectorado universitario. el 31 de mayo de 1968, Frei viajó a Valdivia acompañado de los ministros de Educación, Vivienda y Tierras, para firmar la ley 16.648, que daba autonomía a la Universidad Austral y facultad al propio Presidente para aprobar los estatutos nuevos. Estos deberían ser elaborados conjuntamente por el consejo y el directorio. Yo sabía que se gestionaba mi candidatura al rectorado y preferí no concurrir. Algunos antecedentes abonaban tal decisión.

Unos seis meses antes y tras algunos sondeos, el secretario general de la Universidad Católica, profesor Ricardo Jordán, solicitó entrevistarse conmigo de manera urgente. Acompañado de mi amigo y colaborador en el ministerio, Ramón Luco, nos reunimos a tomar té en el viejo restorán del Hotel Crillón. Allí Jordán me confirmó de manera oficial, por encargo del rector interino Fernando Castillo y de la directiva de la federación, la petición de que aceptar a ser propuesto al claustro universitario que debería elegir una terna para rector. Castillo se excusaba de concurrir, porque debía viajar por unos días al extranjero, creo que al Perú; pero antes quería dejar resuelto este asunto. Había decidido no presentarse, pues estimaba incompatible moralmente ser el organizador de un claustro y optar como candidato en él. Se me advertía que los postulantes de Castillo no aceptaban la candidatura de Juan de Dios Vial Larraín, propuesto por Armando Roa y un grupo minoritario pero sumamente distinguido de profesores; en cambio mi candidatura -decían- evitaría una pugna inconveniente en la ya perturbada Universidad.

Me encontraba enfrascado en graves tareas de gobierno. Estábamos llevando adelante la nueva ley de sindicación campe-

sina; se hallaba en pleno debate la que después fue ley 16.744 sobre seguro social de accidentes del trabajo, y la CUT preparaba un paro general, que efectuó por esos mismos días. No había tenido parte alguna en los agitados movimientos que culminaron con la toma de la Universidad y me oponía visceralmente a la ingerencia partidista en ella. Si hubo un momento en que los amantes de la vida académica no debían sentir atracción por la Universidad, creo que era ése; al menos, así lo sentía. Por otra parte, no estaba cesante ni buscaba nuevo trabajo. Sólo un semestre más tarde pude considerar terminado lo esencial de mi tarea ministerial.

Con todo, creía una deslealtad para nuestra universidad negar una colaboración que se me pedía precisamente para evitar el agudizamiento de las tensiones que la estaban corroyendo y contribuir así a la paz interior y al refloreamiento de una normalidad, bajo nuevos estatutos participativos. Creía, además, que era un deber de Iglesia. Me equivoqué medio a medio.

'Una vez aceptado el ofrecimiento de Jordán, que, a su regreso, Fernando me confirmó por teléfono, la situación pareció definida e informé de ello al Presidente. Le advertí que no iría a una lucha electoral. «Todo lo contrario», le dije: «se me postula para impedirlo». Pero surgieron increíbles dificultades. Fernando Castillo me pidió que convenciera a los dirigentes de la federación de que no continuaran presionándolo, porque él no podía aceptar su propia postulación. La situación era un tanto insólita, pero vi a Fernando realmente afligido. Le expresé, como es natural, que no era yo, sino él mismo, quien debía cumplir ese cometido, pero me reiteró que había fracasado hasta ahora, y que sería una grave perturbación que esta presión continuara.

Por mis funciones ministeriales y por convicciones universitarias me había marginado de toda propaganda, pero resolví llamar a los dirigentes de la federación a mi oficina del ministerio, para aclarar de una vez por todas la situación. Concurrieron, Miguel

Angel Solar, creo que José Joaquín Brunner, y dos o tres dirigentes más. Les expuso que, como ellos podían verlo, no estaba cesante y mi postulación a la rectoría de la Universidad Católica había sido fruto de una petición formulada por el mismo Fernando para evitar una lucha perjudicial. Les conté, además, el problema que me había planteado Castillo y que, no obstante lo inusitado del encargo, cumplía su petición.

Los dirigentes fueron francos, directos y comprensivos. Me dijeron, poco más o menos, lo siguiente: "Nosotros no tenemos nada en contra de usted, señor Thayer. Sencillamente Fernando Castillo se tomó la Universidad junto con nosotros y es normal que lo prefiramos a él. Es cierto que él dice que no acepta postular, pero siempre deja una "rendijita", una posibilidad de aceptar si nosotros insistimos; por eso hemos insistido. Si su decisión fuera terminante, nosotros lo dejaríamos tranquilo".

Nos despedimos afablemente. Le comuniqué el resultado de esta conversación a Fernando, quien quedó de tratar la cuestión directamente con ellos. Entre tanto, la postulación se había hecho irreversible para mí. Las facultades de derecho, medicina, ingeniería, agronomía y economía se habían pronunciado en mi favor y no podía aparecer a última hora con un cuento extraño, para mí mismo difícil de entender. La federación, por su parte, y restó validez al ofrecimiento de Jordán y éste mismo asumió la jefatura de los trabajos electorales de Fernando Castillo, que oficialmente aceptó.

Tres visitas, diría, enmarcan el proceso final de esa curiosa y *semifrustada* candidatura. Al ministerio llegó mi amigo, el sacerdote y profesor Fernando Cifuentes, uno de los líderes de la postulación de Castillo, para pedir mi retiro, porque Castillo ciertamente ganaría. Me mostró los cómputos. Tenían ciento sesenta y seis votos: los cuarenta y cuatro de la mayoría de la federación (el gremialismo, que era entonces minoría, junto a otros grupos, tenía asignado once votos, según los mecanismos de la elección), y los ciento veintidós restantes pertenecían a profesores, administrati-

vos e integrantes del claustro por parte de la Iglesia, ya que el señor cardenal era el gran canciller. Le manifesté a Cifuentes que no pretendía ganar, ni estaba haciendo nada en tal sentido. Había aceptado la candidatura sobre bases muy distintas y hoy me encontraba en la misma condición de un espectador que asiste a una corrida de toros y de repente lo lanzan al ruedo a enfrentar una bestia de lidia; que no podía retirarme alegando incumplimiento de un confuso compromiso que llenaría de odiosidades el claustro y que se fuera tranquilo: su candidato sería rector y yo sólo ganaría una experiencia importante.

La segunda visita fue del mismo Fernando Castillo y Sergio Diez. Este era firme partidario de mi postulación, pero quería evitar una situación enojosa. Castillo, a quien siempre he considerado y sigo considerando un caballero y un amigo, a pesar de diferencias de criterio, quería también aclarar su posición. La reunión no aclaró las cosas, pero sirvió para asegurar la normalidad del claustro. Castillo me insistió en que los estudiantes no aceptaban que él no postulara; que había, tal vez, existido un exceso de optimismo de parte de Jordán, y que lo razonable era enfrentar como amigos y gente respetable la votación. Nadie tenía nada más que agregar.

La tercera visita fue mía: al señor cardenal. Como estrictamente el claustro elegía una terna y había tres candidatos conocidos con la presentación de Castillo, fui a expresarle a monseñor Silva que entendía que, si Castillo había sido propuesto como rector interino por la Iglesia y postulaba para rector titular, el ministro del Trabajo no iba a disputarle su opción. Ni siquiera habría aceptado postular, de haber conocido con anterioridad la candidatura de Castillo. Le relaté, además, la intervención de Jordán porque, casualmente, cuando llegué a la casa del señor cardenal, Jordán estaba en la sala de espera y me hizo una alusión a que había quedado muy mal conmigo, pero algún día sabría que el no tenía culpa en esto.

El señor cardenal, con la franqueza que le es habitual, me manifestó que él mismo le había pedido a Castillo que se presen-

tara, porque le habían informado que mi candidatura no tenía votos. Le repliqué que debía ser una mala información, porque si Castillo no era candidato, no había más que dos postulaciones: la de Juan de Dios y la mía, y lo que el claustro debía elegir era una terna. Sobraban, pues, posibilidades aun para otro candidato. Me expresó que él no conocía los detalles, que éstos eran sus informes y que el Santo Padre le había encargado a él la decisión sobre la terna. Le rogué tuviese la más absoluta seguridad de que reconocía el mejor derecho de Fernando, aún en el caso totalmente improbable de que no tuviera la primera mayoría. Nos despedimos, y me alejé, mientras Ricardo Jordán ingresaba en el despacho de Su Eminencia.

El claustro se desarrolló casi conforme a lo programado. Cada miembro tenía derecho a tres votos. En la primera votación sacó Fernando los ciento sesenta y seis votos que me había anunciado Fernando Cifuentes; yo obtuve ciento cuarenta; algunos votos menos, Ricardo Krebs, que emergió sorpresivamente como candidato. El cuarto lugar lo ocupó el profesor Juan de Dios Vial Larraín, que en mi concepto, compartía de lejos con Krebs la más alta calificación académica. Castillo quedó elegido para la terna. En la segunda votación, el "electorado" de Castillo se volcó hacia Krebs, para cerrarme el paso; volví a quedar segundo y Vial tercero. En la tercera votación, según me dijeron, por iniciativa del padre Hernán Larraín Acuña -que sostuvo se estaba procediendo en forma sectaria en mi contra- se votó por mí, y quedó completada la terna.

¿Que había ocurrido en el fondo? No lo sé; ni es mucho lo que me interesa. Armando Roa y el mismo Vial me habían dicho, en una amable conversación de amigos, que el origen de la candidatura de Juan de Dios era muy parecido al de la mía, y que él también se encontró con una situación absolutamente diversa a la que le fue planteada en un comienzo. Una noche, conversando de estas cosas con el padre Renato Poblete, nos dijo sugestivamente a mi mujer y a mí: «¡Ah! Si la tranquera hablara, las cosas que contaría...», aprovechando un verso de la famosa canción de

Pérez Freire para sugerir lo mucho que sabía y lo poco o nada que podía decir.

Algún día alguien escribirá la historia completa y total de estos hechos. A nadie concreto culpo por lo acontecido. Más bien dicho, a nadie de los que he individualizado. Creo que en la sombra se tejía lentamente una trama que costó caro a la Universidad y al país.

Sería fácil explicarse entonces la amistosa, pero firme, negativa con que respondí, algunos meses más tarde, al ofrecimiento que me traían dos jóvenes profesores de la lejana Universidad Austral de Chile, para que aceptara la postulación a su rectoría. Me encontraba, como se dice, "en la cresta de la ola". Había dejado el nervioso Ministerio del Trabajo y Previsión, con la conciencia -no sé si equivocada- de haber hecho un buen papel; muy peleado, muy debatido, pero en definitiva satisfactorio en el concepto de los más. Frei me había nombrado ministro de Justicia, presidente del comité social de ministros, que coordinaba varios ministerios e instituciones especializadas, incluyendo CORA e INDAP. Además, integraba el comité político, bajo la presidencia de Edmundo Pérez como ministro del Interior. El comité económico, que pasaba a presidirlo el mismo Frei, ya lo había integrado durante más de tres años.

Los profesores Alfredo Beck -muy rubio, alto, tenaz hasta lo inverosímil- Ronnie de Camino -algo menos rubio, menudo, con aspecto de dirigente estudiantil más que de prestigioso académico- me hablaron con tan fuerte convicción, que, a la larga, no resistí. Ellos ofrecían lo mejor que podían entregar: la rectoría de su Universidad; pero temían que el poderoso ministro santiaguino -amigo y colaborador cercano del presidente Frei; coordinador de varios ministerios de larga trayectoria profesional, política y universitaria en Santiago- no iba a dejar la capital, para sumergirse en una lejana provincia, en tareas de una Universidad que desconcía y en pleno proceso de reforma. Es absurdo y me avergüenza un

poco decirlo: pensé en esos huasitos cariñosos que le ofrecen al patrón el almuerzo de la casa y que les duele en el alma un desaire. Ese era mi punto débil. Mis demás argumentos eran fuertes. Primero: no conocía ni la Universidad ni la región. Mal podía, entonces, aspirar a la rectoría que me ofrecían.

_ Desde luego -les dije-, si hay otro candidato, es mejor que yo. El seguramente conoce la Universidad o la zona y no puedo enfrentarlo.

Mi segundo argumento, tenía nombre y apellido: Felix Martínez Bonatti.

_ Es un gran académico; el Presidente quedó impresionado de su magnífico discurso. ¿Por qué va a dejar el rectorado en los momentos en que su Universidad alcanza la autonomía? Además, aunque haya resuelto no postular, ¿qué pasa si se arrepiente, o la presionan la gente de la región, sus amigos, los universitarios, su señora o quien sabe quién? No puedo equivocarme de nuevo.

Mi tercer argumento, ya era familiar:

_ Tengo siete hijos: es un familión que se desarmaría más aún. Las tareas de gobierno lo han resentido. Ciertamente no todos mis hijos van a poder irse a Valdivia. Algunos están en la universidad; otros, por casarse...

Mi cuarto argumento era sencillamente una alternativa:

_ Les prometo ayudarlos a encontrar un candidato.

Como en los trabajos de Hércules, fueron removiendo todos los obstáculos: aceptaron la condición de que sería candidato sin contradictor; trajeron al propio Felix Martínez y a otros profesores y decanos, a darme testimonio de honor de que no había ninguna posibilidad de que Martínez continuara. De paso se me aseguró

que Jorge Millas, con quien antes se había hablado, no aceptaba el cargo. Por razones que no es del caso relatar, no querían un candidato vinculado a la región, sino sangre nueva que acercara Valdivia y su Universidad hacia los centros de poder. Me comunicaron haber comprado una casa grande, junto al río, con la vista más maravillosa de Valdivia, que encantaría a mi mujer y a mis hijos; me demostraron que había allá buenos colegios; me contaron que la Universidad había sido deshecha en parte por el terremoto y buscaban ayuda para sacarla adelante. Por último: las gestiones insistentes que realicé para que el claustro aceptara a Jorge Rogers -antiguo profesor en Santiago y en Valdivia- o que Raúl Sáez postulara, fracasaron. Total: el 28 de junio me llamaron por teléfono dos veces desde Valdivia: Primero para comunicarme que se había completado el *quorum*. Y pocos minutos después, para anunciar mi elección por ochenta y nueve votos a favor, quince abstenciones y tres nulos. ¡Beck, de Camino y muchos más, que poco a poco fui conociendo, habían realizado una proeza!

Ciertamente que no es éste el momento de detallar la intensa tarea que encierra un período completo de rectorado (junio de 1968 a junio de 1973); una reelección en ese mes, y los tensos días vividos hasta el 9 de octubre de 1973, en que dejé el cargo en manos del distinguido rector-delegado, coronel en retiro Gustavo Dupuis Pinillos. Las prolijas Memorias, que cada año redactaba Hernán Poblete Varas, mi entrañable amigo y excelente secretario general, resumen bien lo acontecido. Prefiero, por mi lado, referir algunas impresiones y situaciones que no deben olvidarse y difícilmente constan en los documentos oficiales. Desde luego, eludiré temas netamente académicos que he comentado en dos pequeños libros: *Sociedad, democracia y universidad*, publicado por C.P.U. en 1973, y *Empresa y Universidad*, que editó Andrés Bello, en 1974.

VIDA ACADEMICA, VIDA UNIVERSITARIA NO ACADEMICA, VIDA EXTRA-UNIVERSITARIA

Esto es lo que los universitarios chilenos y de muchos otros lugares no han sabido o querido distinguir. En mi rectorado fue muy importante hacerlo y muy fuerte la pugna por impedírmelo.

Cuando llegué, la Universidad Austral era aún *rara avis* en el conjunto de las universidades chilenas. No había experimentado "tomas"; la pugna política no era ostensible en el profesorado y, sobre todo, la inmensa mayoría de profesores y alumnos se ocupaban de la vida académica: docencia superior; estudio, investigaciones; publicaciones científicas; seminarios; visitas de profesores ilustres, convenios de cooperación con las universidades extranjeras, etc. El empuje o inventiva inigualables del doctor Eduardo Morales, que removió el cielo y la tierra para fundar la Universidad; la insuperable calidad humana y universitaria de su sucesor, mi admirado amigo Félix Martínez Bonatti, y los esfuerzos de la comunidad valdiviana habían "construido" un milagro, contra vientos, mareas, terremotos y maremotos, protagonistas principales de la historia de Valdivia.

La Universidad Austral gozaba en 1968 de un alto grado excelencia académica. El convenio de cooperación con la Universidad de Göttingem para la dotación y progreso de la Facultad de Ingeniería Forestal; diversos convenios y programas en marcha con universidades e institutos europeos y norteamericanos en las demás áreas del sector silvo-agro-pecuario; el Centro de Inseminación Artificial, el Jardín Botánico, los estudios filológicos, el sistema de bibliotecas, la altísima proporción de docentes de tiempo completo, etc. creaban una solidez y autenticidad particulares en la vida académica, a la que servía de soporte principal la infatigable laboriosidad de la cultísima colonia alemana. Pocas personas como Federico Saelzer-secretario general de la Univer-

sidad por esos años, decano de la Facultad de Ingeniería Forestal, distinguido abogado, músico, humanista, lector infatigable, profesor, investigador y escritor -podrían resumir mejor lo que la Universidad debe a los hijos y nietos de los pioneros alemanes, que llegaron a mediados del siglo pasado con Carlos Andwanter a la cabeza.

La "vida universitaria no académica" era normal, aunque poco destacada: deportes aniversitarios, semanas de estudiantes, contactos humanos y familiares entre profesores y alumnos; servicio social -atendido con espíritu incomparable por Irma Herrera y sus colaboradores- y, sobre todo, la búsqueda angustiosa e incansable de fondos, apoyo, contactos y equipos, para mantener y desarrollar una universidad que había costado grandes sacrificios. Además, las circunstancias propias de la Universidad la hacían contar con un mayoritario número de profesores de tiempo completo -la más alta proporción en Chile-, lo que contribuía a comprometerlos con ella, no sólo en cuanto asiento de su vocación, sino como base de su sustento personal y familiar.

La vida extrauniversitaria estaba racionalmente institucionalizada. La Universidad sabía que era un centro esencial para el desarrollo de la región, no sólo por la generación de profesionales altamente calificados, o por la realización de investigaciones regionales, sino porque Valdivia -la ciudad y la provincia- y, en alguna medida, toda la región, dependían y siguen dependiendo de la Universidad, por sus depósitos bancarios, las remuneraciones del personal, los viajes de ida y regreso de profesores, alumnos, funcionarios e invitados nacionales y extranjeros; los pensionados universitarios; los requerimientos de hoteles, movilización, libros, ropa, zapatos, etc. La Universidad es sin duda, la "empresa" más grande de Valdivia: la que ocupa mayor número de trabajadores, maneja un presupuesto mayor y tiene influencia superior.

De alguna manera, la institucionalidad reconocía este hecho. La Universidad nació por iniciativa de "vecinos connotados" y

muchos de ellos, en calidad de socios, elegían un directorio que tenía el manejo de la parte administrativa de la Universidad. El consejo académico regía, en cambio, todo lo relativo a la docencia, la investigación y la extensión. El senado universitario se componía de académicos y directores, con participación de los dirigentes estudiantiles, que también integraban el consejo académico. El rector presidía todos los cuerpos colegiados (senado, consejo, directorio y comisiones) y era, sin duda alguna, un personaje de primera importancia en la ciudad y en la región.

A medida que se fue acercando la elección presidencial de 1970, y con posterioridad al triunfo de la Unidad Popular lo extra-universitario fue ahogando lo académico. El apoyo regional y nacional a la Universidad dependía, cada vez más, de los contactos políticos, y las filiaciones de estudiantes y profesores determinaban su comportamiento. Recuerdo haber tenido especial estimación por el profesor Gaínza, excelente académico de la Facultad de Filosofía y Letras. Cuando lo vi pasar, disimulado en el tumulto de un desfile gritando la consigna: "Creando, creando... Poder Popular", me dio una honda tristeza. Recordaba un curioso artículo suyo, incluido en la excelente revista de la Facultad, que se titulaba: *Es como mucho en la literatura*. Aparecía "como mucho" verlo ahora envuelto en acciones tan ajenas a su vocación académica.

Otra tristísima anécdota, que pinta el proceso de manipulación de la vida universitaria por la extrauniversitaria, fue la reunión amplia de la Federación de Estudiantes en el Teatro Universitario, en junio de 1971. Informaba a la asamblea el "comandante Pepe", ex-alumno de agronomía, sobre las acciones que se desarrollaban para preparar el momento en que desde los cerros y campos vendrían las masas a exigir cuentas a los burgueses y explotadores. Entre las personas a quienes se les exigiría cuentas estaban el ex-intendente de Valdivia, Joaquín Holzapfel, y el rector de la Universidad, para el cual se habían acuñado tres calificativos, insistentemente repetidos, respecto de los cuales me declaro

inocente: asesino, ladrón y mentiroso. Con esos adjetivos el MIR y sus seguidores ensuciaban las paredes y el espíritu de la Universidad.

En medio de la asamblea, que era muy concurrida, porque los alumnos gremialistas, demócratacristianos, nacionales e independientes habían concurrido también, llegó un muchacho corriendo y lanzó la infausta noticia:

¡Acaban de ametrallar en Santiago al ex-vicepresidente de la República, Edmundo Pérez!.

Una parte del estudiantado enmudeció de espanto. El sector que capitaneaba el MIR prorrumpió en aplausos y gritos de victoria...

REFORMA UNIVERSITARIA.

Continuó la misma tendencia que comenté en el párrafo anterior. Lo extrauniversitario, especialmente la búsqueda del poder político en la Universidad, fue avasallando la vida académica y la vida universitaria no académica. Su herramienta: la comisión de reforma universitaria, presidida por el profesor Guillermo Araya, de notable calidad como filólogo, pero de creciente sectarismo, acicateado por ansias organizadas de poder.

La comisión de reforma, con mayoría política de la Unidad Popular, pretendió desconocer a las autoridades universitarias. No sólo propuso modificación de los estatutos, sino que, progresivamente, se arrogó atribuciones de afecto, con desmedro grave de las funciones del directorio, el consejo, el senado y el rector.

En un momento determinado enfrenté drásticamente la crisis; polemiqué con el profesor Araya y presenté una moción al senado universitario, condicionando mi permanencia en la rectoría al cumplimiento de ciertas exigencias que no envolvían otra cosa que la primacía de la vida académica, el respeto de la juridicidad para la reforma y el rechazo consiguiente de la violencia. Las votaciones se ganaron espectacularmente, por veinticuatro votos contra uno y por veintidos contra uno y dos abstenciones, en los dos acuerdos finales. Esto ocurría el 24 de junio de 1971.

En diciembre de 1972 se reformaron los estatutos, para dar legalidad a lo que se llamó el "consejo ampliado", y permitir una estructura de los cuerpos colegiados más armónica con los perfiles amenazantes que la reforma adoptaba en el resto del país. El consejo ampliado era una institucionalidad aceptable, de transacción, que terminaba con la guerrilla permanente que la comisión de reforma disparaba contra el consejo.

La realidad era muy difícil para la pequeña Universidad Austral; no tenía fuerza ni gravitación suficiente para imponer su criterio en el país, dominado por la pugna política y la violencia cada vez más desatada.

TOMAS Y RETOMAS

Desde 1967 las universidades chilenas habían entrado en el juego de las tomas y retomas.

El MIR, completado su control total de la Universidad de Concepción, inició una intensa labor de control de la Universidad Austral, que tuvo su primera manifestación en la "toma" de la casa central, bajo el gobierno de Frei. Para mí fue un momento decisivo. Llamé por teléfono al Intendente, mi amigo Joaquín Holzapfel. Le pedí que me enviara unos diez carabineros -no más ni menos-, bajo el mando de un oficial de alta graduación. Me preguntó:

_ ¿Piensas desalojarlos por la fuerza? Porque el gobierno tiene normas muy cuidadosas sobre ello.

Le respondí:

_ Soy rector de una Universidad que es víctima de un proceso de violencia en algunas de sus dependencias. No quiero que tú asumas otra responsabilidad que la de poner a mi disposición una fuerza pública moderada. Lo demás es mi función. La alternativa es que niegues tal auxilio. En ese caso, procederé sobre la base de que no cuento con tal respaldo y serán otras decisiones.

Holzapfel -gran amigo- me envió un escuadrón, al mando de un distinguido teniente coronel.

Yo había alcanzado a ser advertido de la acción de toma por una llamada telefónica, que me permitió guardar con llave, en los archivos, cajones y caja de fondos, la documentación más importante. Se trataba de la casa central, que tenía anexo, en los bajos, la llamada "Sala del Círculo", donada por el Círculo valdiviano, y

que servía para conferencias, charlas y docencia regular.

Mientras llegaban los carabineros bajé al primer piso, donde estaban los "ocupantes". Entre les pedí que tomaran asiento, como si fuera a iniciar una clase. Obedecieron, como en un acto reflejo, lo que me permitió apreciar que se trataba de una acción dirigida por un pequeño sector extremista, confundido entre una cincuenta de inexpertos imitadores de lo que ocurría en Santiago, Valparaíso y Concepción.

Cuando empezaba a hablar, se sintió un barullo afuera, provocado por la llegada de los carabineros. Algunos alumnos irrumpieron en la sala, y me dijeron: -Señor rector, señor rector, han llegado los Carabineros. ¿Qué va a pasar?

Había alumnas también, que naturalmente se alarmaron. Mi gran ventaja era que yo sabía lo que iba a hacer y ellos no. Además, sabía que la fuerza pública obedecería mis instrucciones y no órdenes ajenas. Pedí y obtuve calma. Atravesé la sala y el tumulto que había a la entrada. Llamé al oficial que, aparte de su alta graduación, era de imponente estatura y gran serenidad, le dije:

_ Mi comandante; disponga que la tropa espere tranquila, pero pase usted a una reunión importante.

Así lo hizo. Eramos, en el fondo, cuatro poderes distintos: el rector; el representante de la fuerza pública, los cabecillas extremistas, y el alumnado que los había seguido.

Tomé la palabra y empecé dirigiéndome al principal dirigente del MIR para evidenciar que tenía claro quien dirigía el movimiento: «-Usted está equivocando el camino y puede embarcar a sus compañeros en un lío sumamente grave. Todos tienen que distinguir lo que son los espacios destinados a la vida académica y estudiantil, dentro de la Universidad, y lo que es la casa central, donde hay documentos, archivos, instrumental y otros elementos

que envuelven para mí, como rector y para quien los use, gravísimas responsabilidades civiles y criminales. Tengo un concepto muy preciso de como enfrentar la violencia en la Universidad. Esta no es un edificio, sino una comunidad humana que supone la paz, el diálogo sereno y respetuoso, la jerarquía académica y la seriedad científica para poder funcionar. Si los alumnos o los profesores no quieren esa paz, o la impiden, la Universidad, como tal, es imposible. No hay Universidad donde no hay paz y donde hay violencia. Quedan sólo edificios destinados a universidad, que no pueden cumplir su destino transitoriamente.

«Sépanlo, de una vez para siempre: no voy a ordenar el desalojo por la fuerza pública, ni la "retoma" por mis partidarios, mientras la ocupación se restrinja exclusivamente a los espacios destinados a docencia o a actividades estudiantiles. Sé lo que está ocurriendo en Chile y, desgraciadamente, no es fácil impedir que los graves errores cometidos en universidades mayores, repercutan en esta Universidad. Por eso, voy a reunir al consejo universitario y al directorio para examinar la situación producida, sus causas, las responsabilidades y las medidas que corresponda adoptar según los antecedentes que se obtengan; pero dos cosas son previas e inamovibles:

«1.- Ustedes me despejan de inmediato la puerta que han trancado y que impide la libre circulación del personal de la casa central, que debe cumplir funciones delicadas bajo mi responsabilidad, y

«2.- No me tocan las piezas que guardan los archivos y documentos importantes de la Universidad. Esa puerta que está allá y que conduce a las oficinas de rectoría, secretaría general, tesorería y administración central no la van a cruzar. Tendrían que pasar sobre mi cadáver, porque de ello respondo civil y criminalmente como rector. Para ambas cosas, mi comandante, -agregué, dirigiéndome al oficial ahí presente- pido su amparo. si la puerta de entrada no es despejada, ustedes la van a despejar. Igual-

mente, me ayudarán a defender los recintos que he indicado y al personal si se pretende ejercer presión física sobre él. Lo demás, es asunto de la Universidad y de sus organismos ».

El resultado fue fulminante: los mismos alumnos despejaron la puerta y no se invadieron los espacios reservados. Cité al directorio y al consejo, que se reunieron en su sala habitual del segundo piso, mientras en el primer piso los partidarios y opositores de la toma entraban en un agitado debate. El MIR mostró sus cartas, y trepando por los tejados sacó a relucir sus palos, recortes de cañerías -que servían de peligrosas armas arrojadas-, palos y piedras... todo con gran ostentación para amedrentar, pero sin llegar a la lucha abierta. Quizá esperaban la reacción violenta, que de nuestra parte no llegó. A las diecinueve horas, después de una dramática votación en el primer piso, la federación acordaba por mayoría abrumadora "poner fin a la toma y devolver la parte ocupada de la Casa Central". La dejaron limpia y ordenada. Restaba en un desván un amontonamiento considerable de las hasta entonces inutilizadas armas del MIR.

Pero no siempre fue así...

La escalada de violencia se agudizó, hasta alcanzar proyecciones delictuales bajo el gobierno de la Unidad Popular.

EL PRESIDENTE ALLENDE Y EL PLAN BID.

El triunfo de Allende en las elecciones del viernes 4 de septiembre de 1970 sembró la incertidumbre por doquier. ¿A dónde íbamos a llegar? ¿Se repetiría el ciclo del Frente Popular y derivaría el gobierno de Allende hacia un socialismo democrático, al estilo de Pedro Aguirre Cerda? ¿O terminaríamos en un estado totalitario al estilo de Cuba y las democracias populares?

En la Universidad Austral diez o doce profesores no tenían duda alguna. Temprano, el lunes 7 de septiembre de 1970, aparecieron en la rectoría.

_ Rector -fueron sus palabras poco más o menos-: esta película nosotros ya la vimos. Es peor: la vivimos. Somos extranjeros; huimos de la Cortina de Hierro y no vamos a sufrir por segunda vez esta experiencia. Lo sentimos mucho, pero nos vamos. Antes de que asuma Allende debemos estar fuera de Chile.

Para la Universidad era un desastre específico, propio, independiente de las consecuencias nacionales del hecho político. Me impresionó Janis Grinberg, sapientísimo profesor, decano de la Facultad de Ciencias Naturales, que habló por varios de los presentes.

Delante de ellos mismos hice una locura. Cogí el auricular y pedí:

_ Señorita, déme por favor con Santiago. Un llamado personal al senador Salvador Allende, del rector de la Universidad Austral.

En la Compañía de Teléfonos de Valdivia me conocían y me ayudaban mucho, pero hablar con Allende en la euforia del triunfo

era una fantasía. A los veinte minutos logré contactarme con la última de las secretarías del líder triunfante que, naturalmente, me trató como merecía un impertinente y desconocido valdiviano.

— "El senador no está; no sé donde está; no es posible comunicarse con él. Usted debe comprender, señor."

Le insistí: "Mire señorita: lo que mejor comprendo es su posición. Usted debe tener instrucciones de no pasar ninguna comunicación que no corresponda a algunas calificadas personas entre las cuales ciertamente no estoy yo. Por eso, le pido sólo una cosa: tome el siguiente recado y hágaseño llegar al senador. Si él no le da importancia, olvídense de mí y de mi recado. Si él se interesa, le agradeceré me avise a Valdivia. Me aceptó, a regañadientes, el convenio. Mi recado era curioso: -"Deseo una entrevista urgente con el senador Allende. Como el tren de Valdivia demora un día, la audiencia debe serme notificada con veinticuatro horas de anticipación. Como hoy estamos a lunes y hay consejo universitario el miércoles, la audiencia tendría que ser a contar del jueves 10, cerca del medio día".

Los profesores me miraban sorprendidos e incrédulos. Yo tampoco tenía alternativa. Era el todo por el todo. Uedé de informarles cualquier novedad, y les supliqué que no tomaran ninguna decisión hasta que les comunicara el resultado de mi gestión.

Más o menos tres cuartos de hora más tarde recibí el llamado de la misma secretaria, pero con una voz muy cordial, diría que obsequiosa: "El senador Allende me encarga que lo salude, señor rector, y expresa que lo espera el jueves 10 a las 11,30 horas" (el nocturno llegaba a Santiago entre 9,30 y 10 A.M.) Agradecí; cortamos y quedé sumido en honda preocupación. "Esto es muy bueno para mi problema específico -pensé-, pero es evidente que mi visita tendrá un tremendo aprovechamiento político". Acomodé las cosas y llegué el día antes a Santiago, para sondear el ambiente. Había mil rumores y, al parecer, una o más conspiracio-

nes. "Más valen cinco mil muertos ahora, que cien mil o un millón después"; esa entrevista tuya no debe celebrarse; esto empezará a desencadenarse en pocos días..." Cuchicheos y miradas indicaban que había "más" de lo que podía conocer. Con todo, me fui donde el "candidato triunfante", para algunos y para la Constitución, y "Presidente electo", o "Presidente" a secas, para sus partidarios. Su modesta casa en la calle Guardia Vieja, en Providencia, era un santuario improvisado, donde entraban y salían en peregrinación permanente los devotos de la nueva religión.

Me recibieron con gran deferencia. Un parlamentario llegó a decirme que Fidel Castro estaba muy extrañado de que no hubiera ido a Cuba. «Entre otras razones, jamás me ha invitado», contesté, mientras meditaba en los abismos del corazón humano. A los pocos minutos estaba con el senador Allende. Hablamos durante más de media hora. No sé por qué nos tratamos de tú: recordamos Viña del Mar; la vecindad de nuestras familias; su relación con los demócrata-cristianos: con Frei, con quien habían tenido muchas diferencias, pero dentro del marco de un respeto recíproco y de una antigua amistad; con Leighton, de quien se expresó con particular cariño, etc. Caímos en el tema de la Universidad Austral. Después de una exposición muy puntualizada que le hice, me manifestó de la manera más terminante:

_ Dígales al profesor Grinberg y a sus colegas que si soy designado Presidente por el Congreso, jamás permitiré la villanía de que se persiga a profesores extranjeros que han buscado refugio en Chile. Si alguien, de cualquier tendencia, pretendiera hacerlo, me sobran pantalones para impedirlo.

Esta respuesta nos condujo brevemente a comentar su eventual elección por el Congreso. Le expresé que creía que él se iba a entender con la democracia-cristiana para un proyecto de reforma constitucional y que no me cabía duda que iba a ser electo presidente por el Congreso Pleno. Además le pregunté: «¿Qué vas a hacer al término de tu gobierno? ¿Qué pasará si el pueblo elige

para sucederte a alguien de otra tendencia? Me contestó: "Tendré el honor de pasearme por la calle como un simple ciudadano". Nos despedimos. Volví a Valdivia y relaté escrupulosamente el resultado de la entrevista. Agregué: "No puedo asumir responsabilidad por las vidas ajenas; a ustedes les corresponde decidir". Todos se quedaron en Chile y en la Universidad Austral.

Durante el rectorado tuve muchos encuentros con Allende. En general, los partidarios de la Unidad Popular conspiraban -con fuerte apoyo de los más politizados profesores valdivianos- para restringir los fondos a la Universidad Austral. En alguna oportunidad lo hicieron en forma tan discriminatoria que la Universidad no podía literalmente seguir funcionando. Esto generaba incertidumbre, perturbaciones, retrasos en nuestro programa de acción, que aprovechaban los opositores para reclamar contra el rector.

Allende siempre intervino al final, salvando la situación. Eso llegó a crear en Valdivia la impresión de que el Presidente me tenía más consideración que a muchos de sus correligionarios, lo que pienso que en alguna medida era cierto. Pero no era sólo eso.

En 1969, aprovechando un seminario internacional que organizamos con especial participación de la transandina Universidad Nacional del Sur, participaron -como conferenciantes- notables personalidades: Antonio Mayobre (secretario ejecutivo de CEPAL); Raúl Saéz, el director de INTAL; el representante para Chile del PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo); veinte o treinta profesores argentinos, y Felipe Herrera (Presidente del BID). El seminario nos costó unos ocho mil dólares y nos produjo diez millones: cuatro millones ochocientos mil que nos prestó el BID, para un proyecto de expansión y equipamiento que, con contrapartidas nacionales, se transformaban en ocho millones cuatrocientos mil dólares, y unos dos millones, producto del apoyo de varias entidades para terminar el proyecto del Instituto Tecnológico de la Leche, paralizado desde hacía tiempo. Diligenciamos los fondos de "contrapartida" que debíamos aportar,

con variados artilugios, en los que se destacó la eficaz acción de nuestro tesorero general, más tarde encargado directo del proyecto, Raúl Granjean.

El Plan BID fue un acontecimiento en la Universidad. Los adversarios del rector, más algunos cretinos, disparaban cualquier tipo de argumentos en contra. Nosotros -todo el equipo de rectoría: Hernán Castro, Omar Henríquez, Fernando Morgado, Hernán Poblete Varas, Francesco di Castri, Hernán Koenig, Pedro Hurchard y Raúl Grandjean, más una inorgánica mayoría de profesores, alumnos y funcionarios respondíamos sin dar tregua ni cuartel. El MIR-BUS (13) controlaba la Federación de Estudiantes, lo que producía graves incomodidades hacia los años 1970 y 1971. Resolvimos provocar un plebiscito en la comunidad universitaria, que respaldó nuestra acción en cuanto al plan de desarrollo por un 84,4% contra 8,3%, 6,8% en blanco y 0,5% nulos. Superaron ampliamente el setenta por ciento en los estamentos docentes y administrativo. La Federación acordó abstenerse, no obstante lo cual concurrió a votar un veintisiete por ciento del estudiantado: los más decididos.

Las relaciones con los Estados Unidos se resintieron después del triunfo de Allende y, particularmente, con motivo de la expropiación sin indemnización de las compañías del cobre. La Casa Blanca dio orden al delegado norteamericano en el directorio del BID que vetara todo acuerdo con cargo al fondo fiduciario que favoreciera a programas en Chile. Eso arruinaba el proyecto nuestro.

Se hicieron los trámites más increíbles, en Chile y en Washington, para lo cual tuvimos que viajar a los Estados Unidos varias veces. Debo dejar testimonio de una verdadera conspira-

(13) MIR-BUS= Alianza entre el MIR y la Brigada Universitaria Socialista.

ción milagrosa para salvar el convenio BID. El Ministro de Hacienda de Frei, Andrés Zaldívar, lo dejó muy encaminado al término de sus funciones; Américo Zorrilla, ministro comunista de Allende, lo confirmó; el embajador Korry me prometió que no se haría cuestión del veto, si yo conseguía que la sesión del directorio del BID se efectuara durante el período de receso del congreso norteamericano; Felipe Herrera se las ingenió para hacer calzar las fechas y, finalmente, contra viento y marea, el convenio se aprobó, junto con otro de la Universidad Católica, que por diversas razones tardó más tiempo en ponerse en ejecución.

El día de la aprobación, me llamaron por teléfono Felipe Herrera, desde Washigton, y el propio Presidente desde el palacio de Viña del Mar.

De ahí para adelante la Universidad Austral pasó a ser la única institución que tenía en marcha un convenio con el BID, aprobado a pesar de la orden de veto el gobierno norteamericano. La Universidad Católica -como lo he dicho- se incorporó después. Nuestro plan de desarrollo quedó así avalado por un hecho de conveniencia nacional: si se paralizaba, se cortaba el único cordón umbilical con el BID, lo que el gobierno debía evitar a cualquier precio.

Nosotros nos batíamos como la Esmeralda ante el Huáscar: si nos disparaban, el gobierno se dañaba a si mismo, tal como los fuegos del Huáscar debían golpear al puerto, entonces peruano, de Iquique. Teníamos elevados riesgos de naufragar, pero no fue así. Tres enormes edificios dan testimonio de ello en el hermoso campus de isla Teja. La Universidad casi triplicó sus espacios construídos, si se incluyen el Instituto de Tecnología de la Leche, que provenía del convenio con el PNUD y el Instituto de Ecología, que practicamente lo regaló el BID, al incluirlo en el préstamos a veinticinco años plazo y con cuatro de gracia, ante la garantía de eficiencia y prestigio internacional que le daba su director, el profesor Francisco di Castri, que con su esposa Valeria -experta

mundial en pseudo scorpions- y sus hijos habían enriquecido nuestra comunidad valdiviana. La envidia y el sectarismo de algunos colegas se aliaron más tarde para ahuyentarlos. El dirige actualmente el programa del hombre y la biósfera, en la UNESCO, que maneja cien o doscientos millones de dólares en convenios con Estados e instituciones diversas (14).

Nunca sabré que pensaba Allende, en el fondo de su alma, sobre nuestra Universidad, su rector y los planes en marcha. El caso es que el plan BID permaneció como defensa principal, y los reiterados intentos de destruirnos o esterilizarnos se estrellaron siempre, en él. El Presidente nos recibió varias veces: en dos ocasiones con el profesor di Castri, al celebrarse una reunión internacional de ecólogos; otra, con el consejo académico en pleno, oportunidad en que no escatimó sus manifestaciones de aprecio a mi padre y a mi; y varias veces con los demás rectores. Una de ellas merece párrafo aparte.

(14) Dejó ese cargo sólo en 1984, para tomar otras importantes funciones del gobierno de Francia.

LA HUELGA DE OCTUBRE DE 1972

El malogrado Presidente declaraba tener una diestra "muñeca" para el manejo de los acontecimientos políticos. Creo que era así. También creo que era el líder más destacado de la izquierda chilena, como lo fueron Frei en la democracia cristiana, Jorge Alessandri en la derecha y el mundo empresarial; y como lo habían sido Aguirre Cerda, Ríos y González Videla, entre los radicales, e Ibáñez entre los que iniciaron el movimiento del 5 de septiembre de 1924. Alessandri Palma confirma la regla de que Chile eligió, en general, a sus presidentes entre las figuras más representativas de sus respectivos sectores, al menos a contar de 1920.

Pero parece indudable que el esquema de gobierno de Allende era antinatural; su equipo era deficiente y la ideología que lo inspiraba, abiertamente opuesta a nuestra idiosincrasia y las mejores tradiciones nacionales. El programa y los principios de la Unidad Popular eran resistidos por la inmensa mayoría de la opinión pública. Cuando el doctor Allende, por dos veces, pronunció esa frase desgraciada, casi diría fatal: "No soy el Presidente de todos los chilenos, sino de la Unidad Popular", cavó su propia tumba política y acercó poderosamente los hechos que condujeron a su trágica muerte.

En octubre de 1972 el país estaba tremendamente convulsionado. La huelga de los camioneros y del comercio, por mucho que se la llama "huelga patronal", tenía semiparalizado el país. Extremismos de izquierda y de derecha contribuían a la creación de un cuadro sombrío en sus perspectivas e insoportables en la realidad.

El comandante Araya, edecán naval de Allende, me llamó por teléfono a Valdivia para manifestarme que el Presidente deseaba

conversar con los rectores de las universidades chilenas sobre la situación. El viaje era casi imposible. Recibí el llamado a las siete y media de la tarde, en pleno trabajo de oficina, y el tren rápido partía en cuarenta minutos más. Los pasajes eran muy escasos; tenía que hacer maletas; pasar por mi casa y despachar, aún, dos o tres asuntos de urgencia. Pero tomé el tren. En el inolvidable "coche M", me encontré con Monseñor José Manuel Santos,, mi querido amigo y obispo. Viajaba a una reunión del Episcopado con el Presidente de la República. El asunto iba en serio y la "muñeca" estaba en plena operación.

El día fue de indudable agitación y tensión. Apenas dejé mis valijas en el consejo de rectores me avisaron que tenía un llamado urgente del presidente del partido demócrata cristiano, Renán Fuentealba. Me rogó que, cuanto antes, nos viéramos en el partido, donde había una reunión de gran trascendencia. La entrevista de los rectores era a las cuatro de la tarde, y yo tenía programado aprovechar el tiempo tomando la mayor y mejor información. El "frente" de la Iglesia lo tenía despejado por tres o cuatro horas de conversación con monseñor Santos que, aparte de obispo de mi diócesis, era presidente de la Conferencia Episcopal.

En el local de avenida Bernardo O'Higgins, a la altura del 1400, estaba el nuevo local del PDC, decorado con un gigantesco letrero de la firma *DATSUN*, que ocupaba el primer piso del moderno edificio. Con Renán, me esperaban varios dirigentes más: creo que eran Benjamín Prado, Jaime Castillo Velasco, y uno o dos más. Renán me dijo que sabían de nuestra entrevista con el Presidente y estimaban conveniente cambiar impresiones sobre los criterios que se debían seguir. Acto seguido me preguntó mi opinión. Más o menos me expresé así:

_ No tengo mayor conocimiento del trasfondo político de este conflicto. Eso lo deben saber ustedes. Tengo, eso sí, la convicción de que el movimiento gremial no aguanta mucho más. Los camioneros son muy duros y unidos, pero el comercio va a ceder. Ade-

más, me parece advertir una tremenda confusión entre los que desean que caiga Allende, los que tienen miedo de meterse, los que están desorientados y los que apoyan al Presidente. Creo que el partido comunista tiene una posición muy clara: está exigiendo mano dura y posición inflexible al Presidente, porque sospecha que el movimiento será derrotado, con una fuerte ventaja política para ellos.

Recién terminaba de hablar, cuando llegaron Patricio Aylwin y otro personero del partido que no recuerdo. Venían de entrevistarse con los dirigentes del comercio que estaban detenidos en Capuchinos: Guillermo Elton entre ellos. Les habían dicho que el conflicto debía arreglarse en las próximas cuarenta y ocho horas, porque difícilmente el gremio se sostendría después del fin de semana.

No hubo nada que discutir. Fuentealba me dijo que el partido estaba por procurar una solución, lo cual se reafirmaba con la espectacular coincidencia entre mi impresión y las noticias frescas que traía Aylwin. Me rogaron que agotara los esfuerzos por arreglar. A ningún sordo se lo decían.

Almorcé en el senado con un grupo importante de parlamentarios, entre los que recuerdo a Palma, García Garzena, Sergio Diez, Tomás Pablo y cinco o seis más. Todo confirmaba los criterios que ya tenía y me evidenciaba que si alguien quería un golpe de Estado, lo estaba preparando muy mal.

A las cuatro en punto llegamos donde el Presidente, que nos recibió sin demora. ¡De La Moneda salimos después de las nueve de la noche! Tres horas y fracción con el Presidente; una interrupción de hora y media, en que él se juntó con la plana mayor de la Unidad Popular, y algunos minutos de nueva conversación con nosotros.

La entrevista empezó muy mal. La Universidad de Chile había publicado una declaración que tenía molesto al Presidente. Este

se lo representó en términos duros a Raúl Bitrán, secretario general y rector subrogante por ausencia de Boenninger. Sintiendo comprometida la autonomía de la Casa de Bello, el rector en ejercicio le respondió de manera tan cortante, que la reunión pudo haber terminado ahí mismo. Siguió un cambio de palabras, más solemne que respetuoso, hasta que pudo intervenir Fernando Castillo que, en mi concepto, estuvo brillante en la tarea de reencauzar la conversación hacia un terreno conciliador tanto entre los presentes como en el país. Creo que después hablé yo, en términos parecidos y varios de los otros rectores: Allard, de Valparaíso, Jaime Chang, de la Santa María; Miguel Campos; de la Universidad del Norte. Concepción no pudo concurrir.

El Presidente había exhibido los "miguelitos", o sea, esos clavos retorcidos que se sembraban en calles y caminos para pinchar los neumáticos de los vehículos que rompían el paro...o de cualquier otro infortunado chofer, y, aunque estaba muy preocupado, escuchó con deferencia a los rectores que le hablaban de paz. Pero faltaba la voz de Enrique Kirberg, distinguido rector de la Universidad Técnica del Estado y comunista de fila.

_Presidente -le dijo-, con perdón de mis colegas, aquí hemos estado escuchando música celestial. Todo son buenas intenciones de los rectores que han hablado, pero el problema es otro: aquí hay en plena marcha un plan destinado a derrocarlo a usted, a tumbar su gobierno y no caben palabras de buena crianza o declaraciones de buenos deseos. Hay que definirse: con usted, Presidente, con su gobierno; o contra usted y su gobierno. Yo le traigo la palabra precisa y clara de la Universidad Técnica del Estado: desde el rector hasta el más modesto funcionario, o el más novato de los alumnos, estamos con usted con el gobierno que usted preside y contra esta asonada revolucionaria .

Las palabras de Kirberg quebraron la atmósfera de paz que había inaugurado Castillo, y retrotrajeron las cosas a una condición peor que la del incidente inicial que, en comparación, parecía

fuego de artificios. El presidente agrdeció a Kibmbeg, abundó en algunas consideraciones similares y nos miró a nosotros, que éramos otros tantos cadáveres.

Yo recogí el guante. No estaba subrogando, como el secretario general de la Universidad de Chile que, para colmo, había ya tenido un cambio enojoso de palabras al comienzo. No estaba vinculado con la familia del Presidente, como Castillo, y me pareció tener las ideas muy claras sobre lo que debía decirse.

_ Presidente -expresé-, ¿Me permite hacerme cargo de la vehemente y sincera intervención de mi estimado colega y amigo el rector Kirberg?

_ Diga, rector -contestó el Presidente.

No era la primera vez que debía jugarme el todo por el todo, pero sí una de las muy pocas oportunidades en que creo haber influido en el curso de acontecimientos importantes.

_ Presidente -expuse con firmeza-, el rector Kirberg está equivocado: está gravemente equivocado, sin duda a causa de la especial lealtad que siente por usted, y de lo naturalmente comprometido que se considera en la suerte de su gobierno. Yo llegué sólo hoy en la mañana a Santiago -porque no estuve ayer en la reunión que convocó el presidente del Senado y que también sé que a usted le inquietó-, pero he hablado con muchas personas en poco tiempo. Le puedo asegurar que no existe propósito revolucionario ni en la democracia cristiana, ni en la derecha, ni en el Congreso. He escuchado a Ignacio Palma, Tomás Pablo, Bulnes, García Garzena, Fuentealba, Aylwin, Prado, Díez y muchos otros. Conozco la opinión de los dirigentes del comercio. No hay tal revolución. El movimiento gremial tiene todas las implicaciones o complicaciones políticas desgraciadamente habituales, pero no es una revolución. Por eso, quiero dar mi opinión, con toda modestia, pero con claridad: si lo que usted desea, Presidente, es aplastar el

movimiento gremial y destruirlo, yo creo que lo conseguiré. Ciertamente es mucho más débil que su gobierno. Sólo me hago, con todo respeto, una pregunta: ¿para eso asumió usted, un hombre de izquierda, la Presidencia? ¿Para aplastar a los gremios? Lo conozco muchos años, Presidente: usted no quiere eso; usted preferiría mil veces llegar a una solución, que naturalmente deje a salvo su autoridad presidencial y restablezca el orden público. Tenga la más absoluta convicción de que esto puede arreglarse rápidamente, con la cooperación de todas las fuerzas políticas, señor Presidente. El aplastamiento violento, quizá con muertos, y heridos, de un movimiento gremial, no es el estilo del gobierno que usted quiso presidir.

El Presidente pareció impresionado.

_ Jamás buscaría el aplastamiento gremial. Yo sólo deseo el bienestar de mi pueblo- manifestó.

Entonces Kirberg, que pienso vivía las presiones encontradas de su militancia política y de su convicción personal, exclamó:

_ Presidente, quiero expresar que rectifico mi manera de pensar. Estoy de acuerdo con lo que ha dicho el rector de la Universidad Austral. Debemos buscar un arreglo.

El resto -por lo que a mí atañe- es puramente anecdótico. Nos quedamos hasta tarde, en La Moneda, mientras el Presidente se reunía con la UP, ya con ánimo de arreglar. Nos dedicamos a redactar un documento, sin perjuicio de cambiar algunas palabras con los líderes de izquierda que de ida y regreso pasaron por el salón rojo, en donde estábamos nosotros. Conocía a la mayoría de ellos en los ejercicios partidistas y ministeriales. Además, los había encontrado a la salida de una reunión con Frei, en los nerviosos días que mediaron entre la elección de Allende por el Congreso y su asunción. Varios de ellos eran los mismos: Corvalán, Altamirano, Chonchol, Gumucio, Tohá, Suárez, Orlando Millas, Bosco

Parra. En aquella entrevista de octubre de 1970 con Frei, yo venía subiendo la escala de mármol, y Allende salía del despacho presidencial. Conversamos unas pocas palabras -hacía escasos días de nuestra reunión por el problema de la Universidad Austral-, y después me senté en la sala de espera. El edecán me previno que Frei estaba con los dirigentes de la Unidad Popular:

"¡Las diez de última!", pensé, recordando el lance de la brisca. A la salida nos saludamos con casi todos, como exactamente dos años después. Frei me confidenció que Allende, en términos muy folclóricos, le había dicho al despedirse, solos, en la puerta: "Te das cuenta, Eduardo, que con estos bueyes tendré que arar". Los términos fueron un poco menos castizos, pero el fondo era el mismo: una Unidad Popular que aparte del nombre no tenía mucho de tal. Para ser exactos: minoritariamente popular e irreconciliable dentro de sí.

ARRECIA LA TORMENTA

Iniciado el año académico 1973 la atmósfera era casi irrespirable en la Universidad Austral.

De la presión política y el desorden de las tomas y desfiles se había pasado a la amenaza física. Yo mismo fui informado que corría peligro de muerte, y un sacerdote que tenía amigos miristas me sugirió sacar a mi familia de Valdivia porque estaban en peligro de secuestro o de cualquier otro atentado.

La residencia de la rectoría fue objeto de un ataque amenazante de grupos extremistas durante mi ausencia en Santiago. En otra oportunidad, durante un conflicto obrero, fuimos cercados y literalmente encerrados en la casa del primer vicerrector. Las autoridades locales no fueron habidas: no estaba el intendente, ni el abogado que lo subrogaba, ni el prefecto ni el subprefecto. Un mayor de Carabineros fue todo lo que pudieron conseguir mis amigos que, alertados por teléfono, querían "liberarnos".

La escena era tragicómica. El mayor se oponía a que se echara abajo una puerta de la Universidad para que pudieramos salir si la acción la emprendían las autoridades universitarias y profesores que estaban afuera; en cambio, manifestaba no poder oponerse a que yo arremetiera con el auto de la Universidad en contra de la misma puerta, porque eso se hacía "desde dentro de un recinto privado". Entre tanto, no parecía importar que se mantuviera retenidos al rector de la Universidad, al primer vicerrector, a unos invitados y a otras personas.

Tengo la impresión de que en el gobierno temían un atentado en mi contra, porque tanto José Tohá, entonces ministro del Interior, como Daniel Vergara, el subsecretario, dieron muestra de

gran preocupación cuando yo mismo los llamé a Santiago, aprovechando que no se habían cortado los teléfonos.

Se produjeron luego distintas tomas, con diverso trámite. Cada vez se advertía una polarización política mayor, con un subtono difícil de discernir entre los partidarios de la vía pacífica o de la vía violenta al socialismo dentro del Gobierno. Un intendente socialista "pacífico" fue sustituido por Sandor Arancibia, de cuyas vinculaciones con el sector más extremo no cabía dudas. Arancibia era dentista, profesor de la Universidad y activo dirigente político. Con él tuvimos una experiencia notable.

Fui reelecto en junio de 1973 en forma bastante abrumadora: sesenta y ocho contra treinta y uno por ciento, con resultados muy parejos en todos los estamentos. No acepté que mi postulación correspondiera a ningún entendimiento político, lo que incluso me llevo - curiosa paradoja- a rechazar que fuera en mi lista Pablo Baraona, como candidato a primer vicerrector, porque quienes lo postulaban lo hacían sobre la base de un entendimiento con el partido nacional. Baraona era un lujo y que aceptara ir en lista bajo mi nombre constituía un gesto de especial deferencia. Por desgracia no tenía posibilidad de comunicarme directamente con él. Estoy cierto que habríamos concordado, con mayor razón conociendo su actuación posterior.

Hay que reconocer que la Unidad Popular enfrentó pacíficamente la elección y aceptó la abrumadora derrota en forma serena. Pero el MIR, que se había abstenido y cuya fuerza electyoral era ya infinitesimal, no se daba por vencido. Con cualquier pretexto organizó una toma del campus que fue violentísima, con participación de trabajadores de las poblaciones del convenio BID que estaban a cargo de DESCO, más muchos izquierdistas y revoltosos sueltos, a quienes les fascinaban las tomas. El organismo de fachada de estas acciones se llamaba MUI: Movimiento Universitario de Izquierda, ya que la expresión MIR, y la alianza MIR-BUS estaban desprestigiadas.

Los jóvenes y, en general, los profesores y funcionarios de la Universidad que me apoyaban rehuían metódicamente la violencia. Mi criterio se había mantenido: producida la ocupación del campus, o de un sector de él, la Universidad dejaba de funcionar en las zonas de violencia; se daba cuenta a las autoridades, y empezaba una creciente presión en contra de los ocupantes que no tenían con quien combatir. Con los dirigentes del MIR me había reunido y les había dicho que no podía oponerme a sus creencias de que la sociedad actual había que cambiarla de raíz y que ello sólo podía hacerse por la violencia. Esa tesis social la podían defender y expresar en la Universidad frente a cualquier otra teoría revolucionaria, reformista o conservadora, sólo que la Universidad no podía ser transformada en un campo de experimentación de las doctrinas que en ella se discutían. "La Universidad no puede renunciar -sin dejar de ser tal- a una metodología científica, a la objetividad, la tolerancia y la contraposición razonada y fundada, a través de los mecanismos propios de la vida académica", les repetía. Algunos pensaban que predicarles esto era arar en el agua. Yo hablaba, más que para el MIR, para los que me escuchaban.

Así el Movimiento Universitario de Izquierda fue quedando reducido a ochenta o cien personas. Sus desfiles eran ridículos y la gente se reía cuando marchaban por las calles o se juntaban frente a la intendencia, o bajo los tilos de la vieja plaza. pero los vi en el campus pasar por mi lado, en correcta formación, armados de palos y "linchacos". Sentí miedo y no me avergüenzo de ello.

Al día siguiente de mi reelección, el campus amaneció "tomado".

Parece haber sido un día clave y muy preparado. Estallaron bombas y focos de violencia en diecinueve partes diversas de la ciudad, según nos informó Carabineros. Pero mi responsabilidad estaba en isla Teja, donde los miristas y sus amigos habían encerrado a un grupo de alumnos y profesores. A la profesora Gladys Santos la habían golpeado y había estudiantes heridos.

Llamé al intendente y quedé de encontrarme con él en la plaza. La violencia en el campus era tal que los carabineros habían ocupado posiciones al comienzo de la recta que conduce a la barrera de entrada, a unos ciento cincuenta metros de ella, para evitar un desastre de proporciones, pues a las piedras e insultos, los ocupantes unieron amenazas específicas de disparar.

Mi encuentro con el intendente fue de película cómica, aunque la situación no era para la risa. Iniciamos una conversación nada de facil, en un mar de bombas lagrimógenas, que los mismos Carabineros hicieron estallar ante diversas manifestaciones de violencia. Todos nuestros acompañantes debieron dispersarse, menos el intendente y el rector, que, representando a las "altas partes" en conflicto, estimaron tácitamente que debían prescindir de tan deleznable perturbación. El estilo heroico no nos duró más de treinta segundos, porque la atmósfera no sólo era irresperable, sino que la irritación producida por el gas lacrimógeno nos transformó en un par de figuras risibles, algo así como el incendio en un Museo de Cera. Entre gritos desordenados, quedamos de ir al Campus en el bus de Carabineros, en cinco o diez minutos más, para lo cual el vehículo paso por la casa central. El intendente ya iba dentro. El alcalde de la ciudad, Luis Díaz, dirigente universitario de la misma fracción de Arancibia, se negó a concurrir, le dijo sugestivamente a Sandor:

_ Y tú..., ¿vas a ir?

Obviamente ambos sospechaban lo que pasaría, pero uno de ellos no podía excusarse sin mostrar las cartas. Yo tampoco tenía muchas ganas de exponerme a las piedras o las balas, pero a veces la valentía se confunde con el temor al ridículo... o se refuerza con él.

La llegada al campus también fue teatral, pero carente en absoluto de comicidad. Los carabineros, apostados en posición de combate, nos dijeron: -Cuidado; no se acerquen, porque esos gallos están armados y les van a disparar.

No había alternativa. Resolvimos avanzar solos y desarmados, sin que se moviera la fuerza pública atrincherada, a la que se unió la que llegó en el bus.

Mientras recorríamos esos interminables ciento cincuenta metros hasta la barrera, sentíamos los gritos:

_ ¡Dispárenles! ¡No, no les disparen, vienen desarmados! ¡No tiren piedras, vienen a parlamentar!

Era evidente que la presencia de Sandor Arancibia constituía un escudo...frágil, pero escudo. Cuando llegamos a la barrera, sin ponernos de acuerdo la atravesamos para conversar pasada la "línea Maginot" y no frente a ella. Mientras la cruzábamos, sentí gritar varios:

_ ¡Y tú, Sandor, qué haces aquí !

Más a la distancia se vociferaba:

_ ¡Desgraciado!, ¡Traidor!

Seguimos avanzando hasta el centro mismo del campus.

A mí me venía a la mente el recuerdo de esa sensacional película del Oeste "A la hora señalada", sólo que sabía que no nos estaban filmando, sino discutiendo sobre mi última hora.

De diversos rincones aparecieron, revueltos, secuestrados y secuestradores, ya que nada era claro en esa lluviosa mañana. Una vez más explique en tono de arenga mi doctrina:

_ Vengo a reclamar el derecho a la libertad para salir, sin ser heridos, de todos los que no son partidarios de la ocupación del campus. Yo, intendente, me iré con ellos de aquí, y necesito que usted proteja nuestro derecho a irnos. Nosotros nos declaramos

perdedores de la batalla de piedras, palos y balas; creemos en la razón, en los argumentos científicos, o en las definiciones por el libre ejercicio del sufragio secreto. La Universidad no es posible mientras existan ocupación violenta de los espacios destinados a ella. Aquí no habra desalojo por orden mía , ni retoma. Nos vámos, hasta que pueda haber de nuevo Universidad; no me compete combatir una ocupación. De ello, sólo doy cuenta a quien tienen la responsabilidad del manejo de la fuerza pública. Le agradeceré, intendente, que me avise cuando haya cesado la violencia.

Y nos fuimos.

En la medianoche subsiguiente se acerco a la casa de la rectoría una delegación. Pacíficamente me mandaron decir con la fiel amiga María Avila, ama de llaves de la casa, que querían devolver la Universidad y que el señor intendente concurriría al acto. Yo estaba en cama y llamé por teléfono a Arancibia. Me contestó que algo le habían hablado, pero que no había nada resuelto; que si yo iba, él también concurriría. Le replique que la Universidad podían "tomarsela" a cualquier hora, pero no podían devolverla a cualquier hora. Yo debía recibirla bajo inventario, pues respondía de bienes cuantiosos. Por eso, en la mañana siguiente, a *segunda* hora, la podía recibir, pues debería primero reunir al personal administrativo para que levantara el correspondiente inventario. Me encontró razón.

A la una y media de la madrugada, sin embargo, los ocupantes levantaron un acta, dejando el campus a cargo del personal habitual de serenos, que se habia plegado-*volis nolis*- al movimiento. A las diez de la mañana recibíamos bajo inventario la Universidad. No había perjuicios de consideración: diecisiete vidrios rotos, una puerta destrozada, y otros daños menores.

INTERVIENEN LAS FUERZAS ARMADAS

A las tres de la tarde del día 3 de agosto de 1973 cité sorpresiva y extraordinariamente a sesión inmediata de consejo universitario. Nadie, salvo los vicerrectores y el secretario general, sabía el motivo.

Abierta la reunión tomé la palabra y expresé que en la mañana de ese día un funcionario administrativo, Pablo Vergara, había encontrado en el campus varias "bombas Molotov", una de las cuales exhibí.

"Las que nuestro personal de servicio alcanzó a ubicar -continué-, hubieran bastado para destruir el cuarenta por ciento de los edificios, en su inmensa mayoría de madera, si exceptuamos la nueva edificación del Plab BID. En cumplimiento de precisas disposiciones de la ley de control de armas, recién dictada -agregué- he dado cuenta al comando del Regimiento Cazadores. En estos precisos momentos debe estar entrando en el recinto universitario de isla Teja, personal de ese regimiento. Deseo dejar constancia que no lo hace *con autorización* del rector, sino a *solicitud* del rector. Para facilitarles su opinión -agregué-, debo informarles que la única alternativa que a ustedes les incumbe es dejar el asunto bajo mi exclusiva responsabilidad, o solidarizar, si lo desean. Les ruego, eso sí, que me excusen, porque debo dirigirme al campus de inmediato. La sesión continúa bajo la presidencia de mi subrogante, Omar Henríquez".

La expectación que produjeron mis palabras no es para descrita: ¡En pleno gobierno de la Unidad Popular, bajo un presidente marxista-leninista, el rector de una pequeña universidad provinciana, hacía penetrar a fuerza militar en el campus! El consejo enmudeció, salvo Agustín Cullel -comunista dormido o expulsado, pero leal universitario- que alcanzó a decir antes de mi retiro:

"Deseo, señor rector, que quede constancia en actas de mi plena solidaridad con su decisión."

Llegué al campus detrás del último de los camiones del Cazadores. Un soldado me puso la metralleta en las costillas y me dijo secamente: "¿Qué desea?". Me identifiqué y pregunté por el oficial que estaba a cargo de la operación, a cuyas órdenes me puse. Creo que era el hoy general Santiago Sinclair. En el recinto universitario la sorpresa y el silencio no tenían precedentes. Cuando me vieron llegar, algunos profesores y alumnos se me acercaron para saber que ocurría. Les expliqué lo que ya el consejo sabía. En especial les recalqué que ésta no era "una toma militar", sino el cumplimiento del deber de limpiar la Universidad de armas y explosivos.

La cosecha fue interesante, pero obviamente alguna filtración se produjo, lo que permitió el retiro anticipado de una parte de las bien armadas "bombas Molotov". Pocas horas después supimos lo ocurrido: Ricardo Westermeyer, presidente del movimiento universitario y, como quien dice, el jefe de las fuerzas antimarxistas, se dirigía tranquilamente en su camioneta al campus. Por la avenida Picarte divisó a un alumno universitario que corría angustiadamente en esa misma dirección. Aunque lo sabía revoltoso, en un gesto de tolerancia, humanidad y urbanidad le ofreció llevarlo. Pardo - así se llamaba el estudiante- aceptó encantado. Así el MIR recibió temprana noticia de que el Cazadores estaba por partir hacia la Isla Teja.

LOS ULTIMOS DIAS

Alrededor del 20 de agosto de 1973 debí viajar a Argentina con el vicerrector de investigación, Fernando Morgado, y el encargado del proyecto BID, Raúl Grandjean. Como fruto del seminario de 1969, se había constituido un sistema universitario regional "S.U.R.", en el que participaban las Universidades Nacional del Sur y del Comahue, argentinas; la Austral de Chile, más la fundación Bariloche, que no es universidad, pero sí un centro calificado de investigación superior. Por gentileza de los argentinos, yo presidía el S.U.R. desde su nacimiento.

La noche antes de partir a Buenos Aires recibí un afectuoso y urgente llamado del señor Cardenal. Me invitó a comer: temía que se desatara una guerra interna, con gran derramamiento de sangre.

_ Varios han hablado conmigo -me dijo- y coinciden en que tal vez usted podría facilitar alguna gestión de acercamiento; quizá una entrevista entre Allende y Frei. Expresé al Cardenal que no me parecía viable un encuentro en ese nivel, aun con su personal mediación. agregué:

_ Quizá podría gestionarse algo entre Aylwin, como presidente del P.D.C. y Briones, el ministro del Interior. No tendría inconveniente en hablar con ambos, pero indefectiblemente debo estar en Buenos Aires mañana. Lo que sí puedo hacer es llamar a Aylwin desde aquí.

Lo hice; Patricio no estaba; hablé con Leonor de Aylwin y le pedí que apenas llegara Patricio, le urgiera para que se comunicara de inmediato con el Cardenal. Mucho después del 11 de septiembre supe que en definitiva, la entrevista se concretó entre

Allende y Aylwin, y no condujo a resultado alguno. La suerte del país ya estaba echada.

A mi regreso de Buenos Aires, guardé un estricto secreto de la gestión hecha por el Cardenal, hasta que se publicó en Argentina y Chile.

En los últimos días del ejercicio de su cargo de ministro del Interior, recibí un llamado de mi amigo Orlando Letelier, quien me pedía interceder ante Boenninger para la solicitud de un delicado problema pendiente en el Canal 9 de la Universidad de Chile. Le exprese a Orlando - a quien conocía desde niño por relaciones familiares- que juzgaba la gestión sin destino, mientras el Canal 9 continuara como tribuna de ataque violento a su propia Universidad. Orlando me insistió sin poder comprometerse a nada sobre el condicionamiento que yo veía indispensable. Nos trajeron una taza de té, porque él quería conversar un poco más sueltamente, mientras afuera se sentían las explosiones de las bombas lacrimógenas. El día era particularmente tenso: la Cámara de Diputados se encontraba reunida para la adopción de un acuerdo durísimo en el que, entre otros cargos, se acusaba al gobierno de haber atropellado gravemente la Constitución, creando en el país una crisis de juridicidad. El voto había sido presentado y redactado por los demócrata-cristianos y fue ampliamente aprobado, mientras yo todavía buscaba vías para evitar el desastre. En un momento le pregunté a Letelier:

— ¿Que le pasa al presidente Allende ? ¿No ve acaso, con su larguísima experiencia política, que su afán de mantener a la unidad del partido y las buenas relaciones con el extremismo del MIR le va a hacer perder el apoyo constitucional de la democracia cristiana y las Fuerzas Armadas lo van a sacar del Gobierno?

Vi a Orlando muy preocupado, pero no comprensivo. Me dijo que no sería tan fácil, porque contaban con apoyos sólidos. No sé porqué le pregunte:

_ ¿Incluso Pinochet?

Movió afirmativamente la cabeza...

Me retiré triste. Cada vez el horizonte estaba más oscuro y tempestuoso.

Hubo cambio de Gabinete; Letelier pasó a Defensa y entró Briones a Interior. Este me llamó a los pocos días para insistirme en lo del Canal 9. Su posición era abiertamente componedora. Estaba de acuerdo con garantizar la neutralidad del canal, por lo que me comprometí en diversas gestiones, que produjeron el arreglo en la tarde del día 10 de septiembre.

Pero, lógicamente, hablamos también de otros asuntos con Briones, Ahora se pueden contar estas conversaciones. Me confesó que estaba ahí no sabía por cuanto tiempo más. El partido socialista lo tenía prácticamente expulsado.

_ La Armada está insurrecta y tiene razón en parte... -énfatiso. Le hice la misma pregunta que a Orlando Letelier: "¿Cómo es posible que Allende, con sus cuarenta años de vida política, no se dé cuenta de que su afán de seguir entendiéndose con Altamirano y "los jóvenes idealistas" lo va conducir al colapso? ¿O es que ya no manda realmente?". Briones se encogió de hombros. Esa conversación, de la que guardé absoluta reserva entonces, me convenció de que el ministro del Interior no veía salida.

_ Defenderé la Constitución y el derecho, hasta el final -me agregó.

Pienso que así trató de hacerlo. Era la mañana del viernes 7 de septiembre, según creo. En todo caso, me agradeció el artículo que le había dedicado en la edición del jueves 6 de la revista Que Pasa

Todos los chilenos recordamos bien esos días finales. Había precipitado mi regreso de Argentina, donde las cosas no estaban mucho mejor, y demoré mi vuelta a Valdivia, precisamente, por estas peticiones de los sucesivos ministros del Interior y por la convicción de que la suerte de mi Universidad se estaba jugando más en Santiago que allá.

El día 9 escuché por radio la intervención del Carlos Altamirano declarando desafiantemente que había tenido contactos políticos con personal de la Marina, y los seguiría teniendo. Con lo que me había dicho Briones, llegué a la matemática conclusión que ni la Escuela Naval, ni la infantería de marina aceptarían rendir honores en la parada militar del 19 a un gobierno cuyo jefe políticamente más destacado los desafiaba públicamente. Como hay una parada militar preparatoria el 15, me dije, esto se acaba en los próximos días. Con estos angustiosos pensamientos partí a la casa de Patricio Aylwin, presidente del partido, amigo y vecino muy cercano. Sin concierto previo llegó Frei poco rato después.

Lo primero que le expresé a Patricio es que no veía cómo el gobierno podía durar hasta las fiestas patrias, después del discurso de Altamirano.

_Tú sabes -le agregue- cómo he procurado buscar arreglos desde mi limitada condición de rector provinciano; ante muchos de ustedes, no soy persona simpática por eso. Ahora quiero decirte que como, presidente del partido, tu deber es conspirar, o apoyar alguna conspiración que nos conduzca a un destino posible. En eso llegó Frei, que manifestó no haber oído el discurso de Altamirano. Conversamos largamente. Aylwin contó que le había sido quitada la guardia de Carabineros y que, naturalmente, ante cualquier situación de violencia, estaba desarmado. Me ofrecí para hablar con Briones, lo que hice desde mi casa. Poco después él propio Briones me confirmaba por teléfono que la guardia había sido restablecida.

Volví donde Aylwin. Mientras Frei hablaba con Leonor Aylwin y con su esposa, que lo acompañaba, le observé a Patricio:

_ Desde Valdivia veo el bosque, pero no los árboles. Desconozco detalles. ¿Qué tienen pensado ustedes para el gobierno militar? ¿Frei va a sumir el mando como presidente del Senado, mientras se llama a elecciones? ¿Se va a disolver el Congreso?

Me dijo;

_ No sabemos nada; no tenemos nada conversado sobre ello.

Pese a nuestra amistad, no puedo reprocharle a Patricio, si sabía algo más, que no me lo dijera.

Para agregar alguna preocupación mayor, si ello era posible, llegó precipitadamente Eduardo Zúñiga, antiguo dirigente universitario, muy vinculado a la policía de Investigaciones. Nos informó que habían pesquisado datos fragmentarios que hacían temer algún acontecimiento anormal y grave.

_ Hemos temido que se atente contra su vida, don Eduardo, y queríamos prevenirlo.

Maruja de Frei intervino autoritariamente:

_ Le he dicho a este tonto (el "tonto" era su marido : Eduardo Frei) que cambie la posición de su cama. Donde ahora duerme, fácilmente lo van a matar. Pero él insiste en no darle importancia a estos problemas.

Frei recogió la cariñosa reprimenda de su mujer, con algunas frases que en el fondo significaban que "no podía andar por la calle y hasta en su propia casa como un gato asustado". Contra lo que algunos creen, Frei era de un tremendo coraje personal, lo que constantemente inquietaba a su familia y a quienes debían velar por su vida en esos momentos.

Al retirarnos, salimos casi juntos con Eduardo. Me tomó por las solapas, en un gesto amistoso y represivo:

_ Tú has estado demasiado colaborador - me dijo-. Y agregó solo dos palabras: Este Gobierno...

_ Lo demás fue el expresivo gesto de empuñar la mano derecha, con el pulgar hacia abajo, y moverlo indicando la dirección en que caen los cuerpos pesados cuando nadie los sostiene...

El día lunes 10 fue también para mí muy agitado. Reunión con algunos obispos en la casa del Episcopado, según creo. Había concertado un almuerzo con Juan Hamilton, en el Senado, al que llegué un poco tarde. Me perdí entre la multitud de comedores y me introduje equivocadamente en uno en que almorzaban, con poquísima alegría, Jaime Suárez, Ramón Silva Ulloa y Luis Valente Rossi, senador comunista. Pregunté por Hamilton. No lo habían visto, pero me invitaron a almorzar con ellos. Rehusé cortésmente, pero charlamos unos minutos. Me llamó la atención su desaliento general. Seguramente pensaban, como yo, que Altamirano le había puesto plazo perentorio al fin de la Unidad Popular.

Finalmente almorcé con Hamilton y varios senadores demócrata-cristianos. Recuerdo que estaba Carmona entre ellos. Les pregunté qué había de la información de prensa sobre la renuncia a sus cargos parlamentarios, para facilitar la renuncia paralela de Allende. Alguien respondió -creo que Fuentealba- que el martes darían cuenta oficial de la decisión al presidente del partido.

_ Demasiado tarde -les dije-. Si quieren tener oportunidad de producir algún efecto, háganlo hoy mismo.

En rigor yo no sabía nada de los acontecimientos del día siguiente, pero todos estaban recelosos de todos. Se partía de la base de que si alguien sabía "algo" estaría juramentado para no

decirlo. El caso es que esa modestísima e instintiva opinión fue muy bien acogida. Algunos senadores se fueron de inmediato a presentar sus renunciaciones. En la mesa del lado, entre tanto, conversaban animadamente Boenninger con los senadores nacionales, que lo habían "secuestrado" al pasar.

A las siete y media de la noche de ese mismo lunes 10, concurrí al Consejo de Rectores. C.P.U. (15) y Editorial Pineda entregaban al público dos pequeños libros míos, cuyos nombres resultaban demasiado sugestivos en esos instantes: Sociedad democrática y universidad, y Humanismo cristiano y cambio social. Asistieron varios escritores y amigos; entre ellos recuerdo a Jaime Castillo, que prologaba uno de los ensayos, Guillermo Blanco, Alejandro Magnet y otros, más los representantes de las editoriales. Se sirvió un vino de honor, pero todos estábamos preocupados. Para colmo, se escucharon unos disparos fortísimos de artillería, que después fueron atribuidos a unas salvas por no sé qué festividad. Muy inoportuna, en todo caso.

A las ocho de la mañana del día siguiente, oí por primera vez en una de las radioemisoras, que una Junta Militar presidida por el general Augusto Pinochet pedía la dimisión de Allende. Como otras radios mantenían sus programas, nos dimos a la tarea de confirmar la veracidad de la noticia.

Tres horas más tarde presenciábamos, trémulos, con mi esposa y mis hijos, el bombardeo de La Moneda.

(15) C.P.U.: Corporación de Promoción Universitaria.

A MANERA DE EPILOGO

El llamado Pronunciamiento del 11 de septiembre de 1973 fue una verdadera revolución; el mundo que he relatado en las páginas anteriores cambió brusca y profundamente. Sin embargo, no es asunto de este libro analizar sus causas, evolución y posible desenlace. En diarios y revistas, en dos pequeños libros y en charlas y conferencias he dado mi opinión, siempre desde "segunda fila". No he sido ni ministro, ni embajador, ni intendente, ni gobernador, ni alcalde, ni rector. En cambio, no he escatimado mi cooperación cívica, como consejero o asesor. Mi convicción profunda ha sido y sigue siendo que sólo el reagrupamiento de las fuerzas civiles democráticas que respaldaron la acción militar de septiembre de 1973 abreviará y facilitará la transición hacia una plenitud democrática.

Como exégesis de la situación que precipitó la crisis, creo que no hay un documento más dramático, respetable y revelador, que la carta del ex-Presidente Frei al Presidente de la Unión Mundial Demócrata Cristiana, muy citada, pero rara vez reproducida. Por eso la incluyo. Su antecedente más preciso y esclarecedor es el acuerdo adoptado por la H. Cámara de Diputados el 22 de agosto de 1973, por 81 votos contra 47, que también parece ilustrativo reproducir. Esta resolución más la aludida carta del ex-Presidente de la República y Presidente del Senado al 11 de septiembre de 1973 completan el juicio que del régimen depuesto por la acción militar tenía la mayoría política de la época.

1. Oficio de 23 de agosto de 1973 del Presidente de la Cámara de Diputados a S.E. el Presidente de la República.

Santiago, 23 de agosto de 1973.

A S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA.

Tengo a honra poner en conocimiento de V.E. que la Cámara de Diputados ha tenido a bien prestar su aprobación al siguiente

ACUERDO:

"Considerando:

1.- Que es condición esencial para la existencia de un Estado de Derecho que los Poderes Públicos, con pleno respeto al principio de independencia recíproca que los rige, encuadren su acción y ejerzan atribuciones dentro de los marcos que la Constitución y la ley les señalan, y que todos los habitantes del país puedan disfrutar de las garantías y derechos fundamentales que les asegura la Constitución Política del Estado;

2.- Que la juridicidad del Estado chileno es patrimonio del pueblo que en el curso de los años ha ido plasmando en ella el consenso fundamental para su convivencia y atentar contra ella es, pues, destruir no sólo el patrimonio cultural y moral de nuestra nación sino que negar, en la práctica, toda posibilidad de vida democrática;

3.- Que son estos valores y principios los que se expresan en la Constitución Política del Estado que, de acuerdo a su artículo 2º, señala que la soberanía reside esencialmente en la nación y que las autoridades no pueden ejercer más poderes que los que ésta les delegue y, en el artículo 3º, se deduce que un Gobierno que se arrogue derechos que el pueblo no le ha delegado, incurre en sedición;

4.- *Que el actual Presidente de la República fue elegido por el Congreso Pleno previo acuerdo en torno a un estatuto de garantías democráticas incorporado a la Constitución Política, el que tuvo como preciso objeto asegurar el sometimiento de la acción de su Gobierno a los principios y normas del Estado de Derecho, que él solemnemente se comprometió a respetar;*

5.- *Que es un hecho que el actual Gobierno de la República, desde sus inicios, se ha ido empeñando en conquistar el poder total, con el evidente propósito de someter a todas las personas al más estricto control económico y político por parte del Estado y lograr de ese modo la instauración de un sistema totalitario, absolutamente opuesto al sistema democrático representativo, que la Constitución establece;*

6.- *Que, para lograr ese fin, el Gobierno no ha incurrido en violaciones aisladas de la Constitución y de la ley, sino que ha hecho de ellas un sistema permanente de conducta, llegando a los extremos de desconocer y atropellar sistemáticamente las atribuciones de los demás Poderes del Estado, violando habitualmente las garantías que la Constitución asegura a todos los habitantes de la República, y permitiendo y amparando la creación de poderes paralelos, ilegítimos, que constituyen un gravísimo peligro para la nación, con todo lo cual ha destruido elementos esenciales de la institucionalidad y del Estado de Derecho:*

7.- *Que en lo concerniente a las atribuciones del Congreso Nacional, depositario del Poder Legislativo, el Gobierno ha incurrido en los siguientes atropellos:*

a) *Ha usurpado al Congreso su principal función, que es la de legislar, al adoptar una serie de medidas de gran importancia para la vida económica y social del país, que son indiscutiblemente materia de ley, por decretos de insistencia dictados abusivamente o por simples resoluciones administrativas fundadas en resquicios legales", siendo de notar que todo ello se ha hecho con el propó-*

sito deliberado y confeso de cambiar las estructuras del país, reconocidas por la legislación vigente, por la sola voluntad del Ejecutivo y con prescindencia absoluta de la voluntad del legislador;

b) Ha burlado permanentemente las funciones fiscalizadoras del Congreso Nacional al privar de todo efecto real a la atribución que a éste le compete para destituir a los Ministros de Estado que violan la Constitución o la ley o cometen otros delitos o abusos señalados en la Carta Fundamental, y

c) Por último, lo que tiene la más extraordinaria gravedad, ha hecho "tabla rasa" de la alta función que el Congreso tiene como Poder Constituyente, al negarse a promulgar la reforma constitucional sobre las tres áreas de la economía, que ha sido aprobada con estricta sujeción a las normas que para ese efecto establece la Carta Fundamental;

8.- Que, en lo que concierne al Poder Judicial, ha incurrido en los siguientes desmanes:

a) Con el propósito de minar la autoridad de la magistratura y de doblegar su independencia, ha capitaneado una infamante campaña de injurias y calumnias contra la Excma. Corte Suprema y ha amparado graves atropellos de hecho contra las personas y atribuciones de los jueces;

b) Ha burlado la acción de la justicia en los casos de delincuentes que pertenecen a partidos y grupos integrantes o afines del Gobierno, ya sea mediante el ejercicio abusivo del indulto, o mediante el incumplimiento deliberado de órdenes de detención;

c) Ha violado leyes expresas y ha hecho "tabla rasa" del principio de separación de los Poderes, dejando sin aplicación las sentencias o resoluciones judiciales contrarias a sus designios y, frente a las denuncias que al respecto ha formulado la Excma.

Corte Suprema, el Presidente de la República ha llegado al extremo inaudito de arrogarse en tesis el derecho de hacer un "juicio de méritos" a los fallos judiciales, determinando cuándo éstos deben ser cumplidos;

9.- Que, en lo que se refiere a la Contraloría General de la República -un organismo autónomo esencial para el mantenimiento de la juridicidad administrativa- el Gobierno ha violado sistemáticamente los dictámenes y actuaciones destinados a representar la ilegalidad de los actos del Ejecutivo o de entidades dependientes de él;

10.- Que entre los constantes atropellos del Gobierno a las garantías y derechos fundamentales establecidos en la Constitución, pueden destacarse los siguientes:

a) Ha violado el principio de igualdad ante la ley, mediante discriminaciones sectarias y odiosas en la protección que la autoridad debe prestar a las personas, los derechos y los bienes de todos los habitantes de la República, en el ejercicio de las facultades que dicen relación con la alimentación y subsistencia y en numerosos otros aspectos, siendo de notar que el propio Presidente de la República ha erigido estas discriminaciones en norma fundamental de su Gobierno, al proclamar desde el principio que él no se considera Presidente de todos los chilenos;

b) Ha atentado gravemente contra la libertad de expresión, ejerciendo toda clase de presiones económicas contra los órganos de difusión que no son incondicionales adeptos al Gobierno; clausurando ilegalmente diarios y radios; imponiendo a estas últimas "cadenas" ilegales; encarcelando inconstitucionalmente a periodistas de oposición; recurriendo a maniobras arteras para adquirir el monopolio del papel de imprenta, y violando abiertamente las disposiciones legales a que debe sujetarse el Canal Nacional de Televisión, al entregarlos a la dirección superior de un funcionario que no ha sido nombrado con acuerdo del Senado,

como lo exige la ley, y al convertirlo en instrumento de propaganda sectaria y de difamación de los adversarios políticos; .

c) Ha violado el principio de autonomía universitaria y el derecho que la Constitución reconoce a las Universidades para establecer y mantener estaciones de televisión, al amparar la usurpación del Canal 9 de la Universidad de Chile, al atentarse por la violencia y las detenciones ilegales contra el nuevo Canal 6 de esa Universidad, y al obstaculizar la extensión a provincias del Canal de la Universidad Católica de Chile;

d) Ha estorbado, impedido y, a veces, reprimido con violencia el ejercicio del derecho de reunión por parte de los ciudadanos que no son adictos al régimen, mientras ha permitido constantemente que grupos a menudo armados, se reúnan sin sujeción a los reglamentos pertinentes y se apoderen de calles y camiones para amedrentar a la población;

e) Ha atentado contra la libertad de enseñanza, poniendo en aplicación en forma ilegal y subrepticia, a través del llamado Decreto de Democratización de la Enseñanza, un plan educacional que persigue como finalidad la concientización marxista;

f) Ha violado sistemáticamente la garantía constitucional del derecho de propiedad, al permitir y amparar más de 1.500 "tomas" ilegales de predios agrícolas, y al promover centenares de "tomas" de establecimientos industriales y comerciales para luego requisarlos o intervenirlos ilegalmente y constituir así, por la vía del despojo, el área estatal de la economía; sistema que ha sido una de las causas determinantes de la insólita disminución de la producción, del desabastecimiento, el mercado negro y el alza asfixiante del costo de la vida, de la ruina del erario nacional y, en general, de la crisis económica que azota al país y que amenaza el bienestar mínimo de los hogares y compromete gravemente la seguridad nacional;

g) *Ha incurrido en frecuentes detenciones ilegales por motivos políticos, además de las ya señaladas con respecto a los periodistas, y ha tolerado que las víctimas sean sometidas en muchos casos a flagelaciones y torturas;*

h) *Ha desconocido los derechos de los trabajadores y de sus organizaciones sindicales o gremiales, sometiéndolos, como en el caso de El Teniente o de los transportistas, a medios ilegales de represión;*

i) *Ha roto compromisos contraídos para hacer justicia con trabajadores injustamente perseguidos como los de Sumar, Helvetia, Banco Central, El Teniente y Chuquicamata; ha seguido una arbitraria política de imposición de las haciendas estatales a los campesinos, contraviniendo expresamente la Ley de Reforma Agraria; ha negado la participación real de los trabajadores de acuerdo a la Reforma Constitucional que les reconoce dicho derecho; ha impulsado el fin de la libertad sindical mediante el paralelismo político en las organizaciones de los trabajadores;*

j) *Ha infringido gravemente la garantía constitucional que permite salir del país, estableciendo para ello requisitos que ninguna ley contempla.*

11.- *Que contribuye poderosamente a la quiebra del Estado de Derecho, la formación y mantenimiento, bajo el estímulo y la protección del Gobierno, de una serie de organismos que son sediciosos porque ejercen una autoridad que ni la Constitución ni la ley les otorgan, con manifiesta violación de lo dispuesto en el artículo 10, N° 16 de la Carta Fundamental, como por ejemplo, los Comandos Comunales, los Consejos Campesinos, los Comités de Vigilancia, las JAP, etc.; destinados todos a crear el mal llamado "Poder Popular", cuyo fin es sustituir a los Poderes legítimamente constituidos y servir de base a la dictadura totalitaria, hechos que han sido públicamente reconocidos por el Presidente de la República en su último Mensaje Presidencial y por todos los teóricos y medios de comunicación oficialistas.*

12.- *Que en la quiebra del Estado de Derecho tiene especial gravedad la formación y desarrollo, bajo el amparo del Gobierno, de grupos armados que, además de atentar contra la seguridad de las personas y sus derechos y contra la paz interna de la Nación, están destinados a enfrentarse contra las Fuerzas Armadas; como también tiene especial gravedad el que se impida al Cuerpo de Carabineros ejercer sus importantísimas funciones frente a las asonadas delictuosas perpetradas por grupos violentistas afectos al Gobierno. No pueden silenciarse, por su alta gravedad, los públicos y notorios intentos de utilizar a las Fuerzas Armadas y al Cuerpo de Carabineros con fines partidistas, quebrantar su jerarquía institucional e infiltrar políticamente sus cuadros.*

13.- *Que al constituirse el actual Ministerio, con participación de altos miembros de las Fuerzas Armadas y del Cuerpo de Carabineros, el Excmo. señor Presidente de la República lo denominó "de seguridad nacional" y le señaló como tareas fundamentales las de "imponer el orden político" e "imponer el orden económico", lo que sólo es concebible sobre la base del pleno restablecimiento y vigencia de las normas constitucionales y legales que configuran el orden institucional de la República.*

14.- *Que las Fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros son y deben ser, por su propia naturaleza, garantía para todos los chilenos y no sólo para un sector de la Nación o para una combinación política. Por consiguiente, su presencia en el Gobierno no puede prestarse para que cubran con su aval determinada política partidista y minoritaria, sino que debe encaminarse a restablecer las condiciones de pleno imperio de la Constitución y las leyes y de convivencia democrática indispensables para garantizar a Chile su estabilidad institucional, paz civil, seguridad y desarrollo.*

15.- *Por último, en el ejercicio de las atribuciones que le confiere el artículo 39 de la Constitución Política del Estado.*

LA CAMARA DE DIPUTADOS ACUERDA;

PRIMERO. Representar a S.E. el Presidente de la República y a los señores Ministros de Estado miembros de las Fuerzas Armadas y del Cuerpo de Carabineros, el grave quebrantamiento del orden constitucional y legal de la República que entrañan los hechos y circunstancias referidos en los considerandos N°s 5 a 12 precedentes;

SEGUNDO. Representarles, asimismo que, en razón de sus funciones, del juramento de fidelidad a la Constitución y a las leyes que han prestado y, en el caso de dichos señores Ministros, de la naturaleza de las instituciones de las cuales son altos miembros y cuyo nombre se ha invocado para incorporarlos al Ministerio, les corresponde poner inmediato término a todas las situaciones de hecho referidas, que infringen la Constitución y las leyes, con el fin de encauzar la acción gubernativa por las vías del Derecho y asegurar el orden constitucional de nuestra patria y las bases esenciales de convivencia democrática entre los chilenos.

TERCERO. Declarar que, si así se hiciere, la presencia de dichos señores Ministros en el Gobierno importaría un valioso servicio a la República. En caso contrario, comprometerían gravemente el carácter nacional y profesional de las Fuerzas Armadas y del Cuerpo de Carabineros, con abierta infracción a lo dispuesto en el artículo 22 de la Constitución Política y con grave deterioro de su prestigio institucional, y

CUARTO. Transmitir este acuerdo a S.E. el Presidente de la República y a los señores Ministros de Hacienda, Defensa Nacional, Obras Públicas y Transportes y Tierras y Colonización".

Dios guarde a V.E.

LUIS PARETO GONZALEZ (Presidente)
RAUL GUERRERO GUERRERO (Secretario)

Santiago, Noviembre 8 de 1973.

Señor
Mariano Rumor
Presidente de la Unión Mundial de la Democracia Cristiana
Roma. Italia

Muy estimado Presidente y amigo:

He creído de mi deber dirigirme a usted, y por su intermedio a la directiva de la Unión Mundial de la Democracia Cristiana, para que conozcan nuestro pensamiento frñente a los hechos ocurridos en Chile y su repercusión exterior.

Tiene también por objeto señalar cómo una propaganda muy concertada y dirigida pretende ensombrecer el nombre de la Democracia Cristiana Chilena y en especial el de algunos de sus personeros, sin que hayan faltado quienes le han dado acogida, ignorantes de la verdadera realidad.

La Democracia Cristiana nació en Chile justamente para defender la Libertad, el Derecho y la Democracia. En 40 años de existencia este Partido nunca ha tenido una vacilación en la defensa de estos principios y en su combate especialmente contra todas las fuerzas fascistas que en la década del 30 al 40 gozaban de tanto prestigio y se extendían en nuestro hemisferio. Combatimos así a la Falange Española, al racismo belga, al fascismo italiano y al nazismo alemán.

Personalmente di testimonio de ello, al igual que todo nuestro Partido, en libros, artículos y acciones correspondientes.

Fue este Partido el que en 1957 contribuyó a la Derogación de la Ley de Defensa de la Democracia que existía en Chile, y que colocaba fuera de la ley al Partido Comunista.

Por último, llegado este Partido al Gobierno que tuvo el honor de presidir, dirigió al país dentro del más pleno respeto a las nor-

mas democráticas. Ningún partido político sufrió, no digamos persecución, sino ni la más leve molestia, al igual que en cualquier democracia europea. Y fue nuestro gobierno el que arrastrando en esos años muchos ataques reanudó relaciones con Rusia y los demás países socialistas.

Los partidos que se han conducido de esa manera no pueden aceptar de nadie, ni de adversarios ni mucho menos de quienes se dicen amigos, la menor tacha a su limpia trayectoria democrática. Y digo esto porque para asombro nuestro estamos recibiendo ahora lecciones de democracia de los Partidos Comunistas y aun de quienes en su país ocuparon en el pasado cargos de Ministros en gobiernos dictatoriales.

Esta campaña de desprestigio de la Democracia Cristiana chilena, ha sido acompañada por una incesante propaganda nacida en los medios de izquierda marxista y acogida por insignificantes grupos demócratas cristianos, en el sentido de que la Democracia Cristiana chilena está dividida o a punto de hacerlo, calificando a unos de "Derechistas" y a otros de "Izquierdistas". Si con ese criterio se juzgara a cualquiera de los PDC de Europa y América Latina, seguramente éstos aparecerán con mucho mayores señales de división que las que se pueden suponer en Chile, donde el partido ha dado ejemplo de solidez y unidad en situaciones extremadamente difíciles. Que existen en algunos puntos diferencias de opinión es natural en partidos democráticos, pero eso no hiere su unidad fundamental.

Esta maniobra de descalificación progresiva a unos o a otros manejada por la prensa marxista o de extrema derecha consideramos que constituye uno de los mayores peligros para el futuro de la Democracia Cristiana en cada país, si no existe un mínimo de solidaridad y respeto entre los distintos partidos, y no caen en la trampa de hacerse eco de tales maniobras.

¿Qué ocurrió en Chile?

Este país ha vivido más de 160 años de democracia prácticamente ininterrumpida. Es de preguntarse entonces cuál es la causa y quiénes son los responsables de su quiebra.

A nuestro juicio la responsabilidad íntegra de esta situación- y

lo decimos sin eufemismo alguno- corresponde al régimen de la Unidad Popular instaurado en el país.

¿En qué basamos esta afirmación?

a) Este régimen fue siempre minoría y nunca quiso reconocerlo. Obtuvo en la elección presidencial el 36% de los votos. Subió al 50% a los cuatro meses de elegido, en las elecciones municipales, siguiendo una vieja tradición chilena en que el pueblo da su apoyo al gobierno recién elegido. En los comicios parlamentarios del 73 bajó al 43%, a pesar de haber ejercido una intervención no conocida en la historia de Chile y haber utilizado toda la maquinaria del Estado, enormes recursos financieros y presión sobre las personas y organizaciones, que llegó hasta una violencia desatada, que causó varios muertos y numerosos heridos a bala. Por último, quedó comprobado con posterioridad un fraude de por lo menos un 4 a 5% de los votos, pues los servicios públicos, entre otras cosas, falsificaron miles de carnets de identidad.

b) Pero no fueron minoría sólo en el Parlamento. Fueron minoría en los Municipios; lo fueron en las organizaciones vecinales, profesionales y campesinas y progresivamente estaban llegando a ser minoría en los principales sindicatos industriales y mineros, como el caso del acero, petróleo, cobre, etc. Igualmente, salvo en un solo caso, fueron derrotados en todas las organizaciones universitarias, en que votaban los académicos y los estudiantes y para qué decir en las organizaciones específicamente estudiantiles.

En vez de reconocer este hecho y buscar el consenso, trataron de manera implacable de imponer un modelo de sociedad inspirado claramente en el Marxismo-Leninismo. Para lograrlo aplicaron torcidamente las leyes o las atropellaron abiertamente, desconociendo a los Tribunales de Justicia. Cada vez que perdían una elección en las organizaciones sindicales y campesinas o estudiantiles desconocían el hecho y creaban una organización paralela afecta al gobierno, la cual recibía la protección oficial, mientras eran perseguidos los organismos que respondían a una elección legítima. Así se trató de dividir a los estudiantes, a la clase obrera y a los campesinos.

En esta tentativa de dominación llegaron a plantear la sustitución del Congreso por una Asamblea Popular y la creación de Tribunales Populares, algunos de los cuales llegaron a funcionar, como fue denunciado públicamente. Pretendieron asimismo transformar todo el sistema educacional, basado en un proceso de concientización marxista. Estas tentativas fueron vigorosamente rechazadas no sólo por los partidos políticos democráticos, sino por sindicatos y organizaciones de base de toda índole, y en cuanto a la educación ella significó la protesta de la Iglesia Católica y de todas las confesiones protestantes que hicieron públicamente su oposición.

Frente a estos hechos naturalmente la Democracia Cristiana no podía permanecer en silencio. Era su deber -y lo cumplió- denunciar esta tentativa totalitaria que se presentó siempre con una máscara democrática para ganar tiempo y encubrir sus verdaderos objetivos. Eso fue lo que el país resistió.

Fueron éstas las razones por las que la Corte Suprema de Justicia, por la unanimidad de sus miembros denunció ante el país, el hecho de que por primera vez en la historia de Chile los Tribunales no eran respetados, se atropellaban las leyes y sus sentencias no se cumplían.

La Contraloría General de la República, órgano que en Chile adquiere un verdadero carácter constitucional y que no sólo tiene funciones contables, sino que califica la legalidad de los decretos del Ejecutivo, rechazó innumerables resoluciones del Gobierno por estimarlas ilegales.

El Parlamento continuamente reclamó durante tres años la violación de las leyes y el atropello al Derecho, sin ser oído. Esto culminó cuando, aprobadas dos Reformas Constitucionales, el Presidente de la República se negó a promulgarlas. Buscando un pretexto para no hacerlo, recurrió primero al Tribunal Constitucional, el cual dio la razón al Congreso. Sin embargo eso fue inútil. Pretendió después promulgar estas reformas de manera trunca, o con parte del texto, lo que rechazó la Contraloría General de la República. Por último, se negó lisa y llanamente a respetar la decisión del Congreso Nacional.

Esto llevó a la Cámara de Diputados a aprobar un acuerdo destinado a señalar al país que se estaban atropellando abiertamente la Constitución y las Leyes, y mostrar una lista abrumadora de casos concretos de como así ocurría.

Por haber ejercido estos derechos la Democracia Cristiana es presentada por la propaganda comunista como fascista o anti-democrática. Esta peregrina teoría parece haber encontrado acogida en algunos. Pero cabe preguntar: ¿qué ocurriría en cualquier país europeo en que la Corte Suprema de Justicia declara que el gobierno ha atropellado la ley y no ha aceptado las sentencias judiciales? ¿Qué ocurriría si el Congreso aprobara reformas constitucionales y el Ejecutivo se negara a promulgarlas y aun a publicarlas?

Lo curioso es que el Partido Comunista y el Partido Socialista durante todos los gobiernos anteriores en que estuvieron en la oposición la ejercieron en forma extrema. Cuando el gobierno de la D.C. triunfó con el 57% de los votos del electorado nacional (no con el 36%), el Partido Socialista oficialmente y el señor Allende, líder de ese partido, declararon que no reconocían el triunfo de la Democracia Cristiana. Se negaron a concurrir al Congreso Pleno, que en Chile es el trámite correspondiente para la proclamación del Presidente de la República, y anunciaron textualmente que le negarían "la sal y el agua" al gobierno de la D.C. El Partido Comunista estuvo en una oposición constante y total.

Para hacerlo recurrieron a la injuria, a la violencia, y el Partido Socialista una y otra vez manifestó que no respetaba el orden legal y democrático, que no era sino un orden burgués. Cada vez que había una huelga o un conflicto el señor Allende y los Partidos Socialista y Comunista lo promovían o acentuaban para llevar al extremo la situación. En su implacable crítica al gobierno de la Democracia Cristiana, todo lo encontraban mal, y cuando la inflación llegaba al 20% llamaban al país a la huelga general para derrocarlo.

¡Qué distinta la actitud del Partido Demócrata Cristiano!, que concurrió con sus votos a elegir Presidente al señor Allende cuando obtuvo sólo un 36% de la votación nacional y que no pidió

en compensación ni un solo cargo o influencia sino un Estatuto de Garantías Constitucionales que asegurara plenamente la Democracia en Chile!

Pues bien, por boca de don Renán Fuentealba primero, y de don Patricio Aylwin después, como presidentes del Partido Demócrata Cristiano, se denunció que este Estatuto que el Presidente juró respetar, fue constantemente atropellado.

¿Cuál era el fondo del problema?

El fondo del problema es que este gobierno minoritario, presentándose como una vía legal y pacífica hacia el socialismo -que fue el slogan de su propaganda nacional y mundial- estaba absolutamente decidido a instaurar en el país una dictadura totalitaria y se estaban dando los pasos progresivos para llegar a esta situación, de tal manera que ya en el año 1973 no cabía duda de que estábamos viviendo un régimen absolutamente anormal, y que eran pocos los pasos que quedaban por dar para instaurar en plenitud en Chile una dictadura totalitaria.

Así lo señalaron no sólo la Corte Suprema, la Contraloría y el Parlamento. Se agregó la declaración del Colegio de Abogados, que en extenso documento indicó al país que el sistema legal había sido reiterada y manifiestamente atropellado. Por otro lado el Partido Radical de Izquierda, que apoyó al señor Allende en la elección y que formó parte de su gobierno, se retiró de él denunciando que había llegado a la certeza de que se iba al quiebre de la democracia por la acción del gobierno que integraban. Hombres que habían militado siempre en la izquierda chilena, que dirigían ese partido, señalaron con extrema dureza que el país estaba al borde del caos y que la voluntad del Ejecutivo era instaurar la dictadura totalitaria.

A esto se agregó el Colegio Médico, que tradicionalmente apoyó al señor Allende pues éste fue Presidente de él; el Colegio de Ingenieros y todos los demás colegios profesionales.

Fue asimismo evidente un cambio en diversos sindicatos, que se manifestó en huelgas, de las cuales la más prolongada fue la de los obreros del Cobre.

Todo, pues, conducía a una situación crítica.

Los partidos de gobierno ya no ocultaban sus intenciones. El Secretario General del Partido Socialista llamaba abiertamente a los soldados y marineros a desobedecer a sus oficiales y los incitaban a la rebelión. En iguales términos se expresaban otros partidos de gobierno en forma de tal manera insensata que hasta el propio Partido Comunista manifestó su desacuerdo con ellos y en especial con el Partido Socialista "que rechazaba todo acuerdo con la Democracia Cristiana y se unía cada vez más al Movimiento de Izquierda Revolucionario en su tesis de la revolución violenta e inmediata".

Así lo han declarado numerosos dirigentes comunistas.

Reveladora es la entrevista publicada en *La Stampa* del 26 de Octubre de 1973, en la cual se afirma por un alto dirigente que el Partido Comunista buscaba una situación política, pero que en los últimos días se encontraron con el discurso del Secretario General del Partido Socialista contra las Fuerzas Armadas y 'con su obstinado nacionalismo al igual que el de Enríquez, jefe del MIR, y por eso nos hemos encontrado sin preparación ante el golpe".

La posición del Partido Comunista, según la misma entrevista, que coincide con innumerables otros documentos, no difería en cuanto a los objetivos sino sólo ante la táctica a seguir.

"Las armas que teníamos -agrega- de las cuales los generales han descubierto una mínima parte, desgraciadamente eran pocos los que la sabían usar por que no había habido tiempo suficientemente para adiestrar a la masa popular".

O esa, vuelve siempre lo mismo: ganar tiempo para obtener el poder total.

El Presidente de la República declaraba respetar la Ley, la Constitución y la Democracia, pero todas sus declaraciones eran de inmediato contradichas por los hechos, ya que todos los compromisos fueron violados y todas las afirmaciones desmentidas posteriormente por sus actos.

Innumerables documentos de sus asesores y de los dirigentes de los partidos políticos que conformaban la Unidad Popular han demostrado que todo su objetivo era ganar tiempo para consolidarse en el Poder y para afirmar su posición totalitaria,

documentos que culminaron con la carta publicada del señor Fidel Castro en la cual le recomendaba al señor Allende tratar con la Democracia Cristiana con el solo objetivo de ganar tiempo.

El Partido Demócrata Cristiano, bajo la presidencia del señor Renán Fuentealba, que abarcó parte del año 71, el 72 y hasta después de las elecciones parlamentarias del 73, constantemente denunció este dualismo. Igual ocurrió con la actual directiva.

Acompañó a este respecto algunos documentos.

A este cuadro político se agregan dos hechos que han sido determinantes en el proceso chileno.

El primero, instaurado el gobierno convergieron hacia Chile varios miles de representantes de la extrema izquierda, de la guerrilla y de los movimientos de extrema izquierda revolucionarios de América. Llegaron elementos Tupamaros del Uruguay, miembros de guerrillas o movimientos extremos del Brasil, de Bolivia, de Venezuela y de todos los países, como hay numerosos casos, por delitos graves inexcusable. La embajada de Cuba se transformó en un verdadero ministerio, con un personal tan numeroso que era superior, la sola Embajada de Cuba en Chile, a todo el personal que tenía nuestro país en el Ministerio de Relaciones Exteriores el año 1970. Esto da la medida. Además de ellos, nos vimos invadidos por nor-coreanos y otros representantes del mundo socialista.

Hombres conocidos en el continente por sus actividades guerrilleras, eran de inmediato ocupados en Chile con cargos en la administración, pero dedicaban su tiempo muchos de ellos al adiestramiento paramilitar e instalaban escuelas de guerrillas que incluso ocupaban parte del territorio nacional, en que no podían penetrar ni siquiera representantes del Cuerpo de Carabineros o de las Fuerzas Armadas.

El segundo, fue la acelerada importación de armas. El Partido Demócrata Cristiano denunció continuamente este hecho. Hay más de cincuenta documentos publicados por el Partido y dados a conocer en el Parlamento respecto a la internación ilegal de armas. El gobierno siempre desmintió esta aseveración. Llevado de su preocupación el PDC presentó un proyecto de ley para el

control de las armas que estaban llegando al país, proyecto de ley fue aprobado y que sirvió de base para iniciar acciones que revelaron la existencia de fuertes contingentes de armas importadas.

Después del pronunciamiento del 11 de septiembre, estas denuncias de la Democracia Cristiana han quedado plenamente confirmadas. Las armas hasta ahora recogidas (y se estima que no son aún el 40%) permitirían dotar a más de 15 regimientos y eso que una abrumadora proporción aún no ha sido descubierta.

Estas armas son todas de procedencia checa o rusa, armas que jamás ha tenido el ejército chileno. Por lo demás nadie ignora o descarta en Chile la existencia de estas armas.

Se trata de armas de todo tipo, no sólo automáticas sino que pesadas, ametralladoras, bombas de alto poder explosivo, morteros, cañones antitanques de avanzados modelos, y todo un aparato logístico de comunicaciones, de telefonía, clínicas médicas, etc. para poder concretar esta acción. Se había establecido así un verdadero ejército paralelo.

Nos preguntamos una vez más, y preguntamos a los dirigentes de la Unión Mundial de la Democracia Cristiana: ¿Qué Democracia puede resistir esta situación? ¿Acaso la Democracia Cristiana, sin armas y en consecuencia inerte ante esta embestida, debía quedar silenciosa? ¿Merece el calificativo de fascista o golpista por el hecho de haber denunciado esta realidad? ¿Pretenden acaso que lo democrático era permanecer mudos, amparando la preparación desembozada de una dictadura impuesta por la fuerza de las armas?

Es efectivo que como consecuencia de este extremismo armado de la izquierda y sin duda alguna amparado por el gobierno ya que se ha probado que muchos de los bultos que contenían estas armas llegaban consignados a la propia Presidencia de la República, nació inevitablemente un extremismo de derecha también armado. No nos referimos al Partido Nacional, sino a grupos extremistas de derecha, que la Democracia Cristiana nunca dejó de condenar con la misma claridad que a los de extrema izquierda.

El otro elemento digno de considerarse fue la conducción económica. El mundo conoce cuál es el resultado de la gestión

económica de la Unidad Popular.

Recibieron un país floreciente, en pleno desarrollo. El cobre, principal producto de exportación, había sido nacionalizado en un 51% y se había hecho una inversión ya terminada que duplicaba su capacidad de producción. Impulso decisivo existía en la agricultura, en la industria y en otras actividades mineras. El país estaba absolutamente al día en sus compromisos internacionales y había podido en los dos últimos años de la Administración anterior prescindir de créditos externos, salvo algunos destinados a la instalación de nuevas industrias básicas, celulosa, petroquímica, etc. y se había acumulado una reserva que por primera vez el país tenía ascendente a 500 millones de dólares. El único hecho negativo era que la inflación había llegado al 30% en el último año.

En estas condiciones la Unidad Popular aseguró que terminaría con la inflación; que nunca más pedirían créditos externos; que aumentaría la producción, independizarían económicamente al país y mejorarían el nivel de vida de la clase trabajadora.

¿Cuál fue el resultado de su gestión?

El mundo la conoce. El total de las deudas líquidas contraídas por la D.C. durante sus 6 años de gobierno no llegaron a 400 millones de dólares, después de pagar todos sus compromisos internacionales y tener su crédito absolutamente limpio. En menos de tres años de gobierno de la Unidad Popular que afirmó que no endeudaría al país según su programa, elevó esas deudas en cerca de mil millones de dólares, destinados no a inversión sino exclusivamente a comprar alimentos para paliar su fracaso en la agricultura. Además de eso dejaron de pagar todas las deudas externas y en dos años se consumieron todas las reservas que les había legado el régimen anterior. Por eso en vez de independencia, llegaron a la mayor dependencia conocida en Chile.

La inflación en cifras oficiales del gobierno llegó a 323% en los últimos doce meses, pero los Institutos Universitarios, teniendo consideración que prácticamente el país vivía del mercado negro, estimaban que ésta superaba el 600%.

El dólar en el Mercado libre se transaba al término del gobierno de la Democracia Cristiana a 20 escudos por dólar. En el

mes de agosto recién pasado llegaba a los 2.500 escudos por dólar, o sea, una devaluación de más o menos el 12.000%.

Todos los índices de productividad habían bajado: industrialmente en más de un 7%: en la agricultura cerca del 23% y en la minería aproximadamente en un 30%. Rubros tan fundamentales como el trigo, bajó su producción de 14 millones de quintales término medio en los seis años anteriores, a menos 8 millones. Muchos institutos de investigación afirman que a menos de 6 millones. La quiebra era total.

Ahora cabe preguntar: ¿era la Democracia Cristiana fascista o golpista por el hecho de haber denunciado esta política económica que llevó al país a la inflación desatada, al envilecimiento de la moneda, a la paralización productiva, al mercado negro, a la escasez y al hambre?

Los que con tanta ligereza hablan sobre Chile deberían venir y recorrer las poblaciones periféricas, los campos y las ciudades y preguntar cómo era necesario hasta diez horas de colas para conseguir 1/4 litro de aceite, cuando se conseguía, o un kilo de pan, cuando se conseguía, o medio kilo de azúcar, cuando se conseguía.

¿Hay alguna democracia que resista estas tasas de inflación, la escasez y el mercado negro?

¿Es fascismo y golpismo denunciarlo?

¿Acaso el deber de un partido político es silenciar estos hechos?

Ellos eran democráticos cuando atacaban sin tregua un gobierno DC que jamás cometió tales errores. En cambio la Democracia Cristiana, ¿era fascista por el sólo hecho de defender el derecho a vivir dentro de nuestra Patria y antidemocrática porque no se hacía cómplice del descalabro, de la corrupción, de la inmoralidad y del desastre comprobado por quien quisiera venir al país y constatar lo que sucedía?

Sin embargo, con la misma falsedad con que en el exterior se decía que el ensayo político era una vía legal hacia el socialismo, se daban pretextos para justificar este fracaso, que repetían algunos diarios de renombre universal.

Esos fueron los argumentos principales que se esgrimieron para justificar el fracaso.

El primero, que las compañías norteamericanas expulsadas del país estaban dificultando las ventas del cobre. Efectivamente, una compañía cometió la torpeza de iniciar un juicio de embargo respecto a una partida de cobre, que la Democracia Cristiana por supuesto condenó. Pero es necesario ver la realidad. El embargo afectó una partida de cobre cuyo valor era de dos millones de dólares en una venta anual de 600 millones de dólares o más. Por otra parte el embargo no se llevó a efecto, porque los Tribunales Franceses no acogieron la demanda de la compañía. ¿Puede decirse que ésta es la razón para explicar el fracaso?

La segunda es el bloqueo económico, cuyas características no se precisaron y que sólo podría traducirse en una imposibilidad de vender productos, lo que nunca ocurrió, o la imposibilidad de obtener créditos, lo que tampoco ocurrió, pues con cifras dadas por el propio gobierno anterior ante el Club de París, el Fondo Monetario y otros organismos, se prueba que el gobierno de la Unidad Popular dispuso de más créditos y endeudó al país más que ningún otro en la historia de Chile en tan breve plazo.

El otro argumento es que éste era el costo de la Revolución y del avance social.

Esto habría sido verdadero si hubieran recibido un país estancado. No es así. Recibieron un país en pleno proceso de transformación social y en plena marcha las reformas tributarias, educativa, agraria, la nacionalización de las riquezas básicas al igual que activos planes de salud, construcción de escuelas y viviendas.

La Unidad Popular, con el voto unánime del Congreso, nacionalizó el 49% del cobre, ya que el 51% había sido nacionalizado en el gobierno de la Democracia Cristiana.

Inició un acelerado proceso de estatización de industrias.

La Democracia Cristiana no estuvo en contra de este proceso, sólo exigió que se hiciera dentro de la ley, fijando los límites del área social y privada. Nada de eso se obtuvo, pues se siguió el proceso saltándose la ley y muchas veces con atropellos, asaltos y violencia.

Pero lo más grave fue el tremendo fracaso del área estatizada. Se dijo que el gobierno financiaría el desarrollo económico con las utilidades de las empresas cuyo centro tomaría el Estado. El año 1973 estas empresas perdieron más de 150 millones de escudos. Si se considera que el presupuesto nacional era de una cifra equivalente, se medirá la magnitud del fracaso.

Es también efectivo que aceleraron al extremo la Reforma Agraria iniciada por la Democracia Cristiana, pero quisieron convertir toda la Agricultura en Haciendas Estatales Colectivas, lo que fue resistido por el campesinado. Se eliminó a los técnicos, se desorganizó toda la infraestructura, y en vez de respetar la ley, se asaltaron las propiedades y las ocuparon con gente que muchas veces no eran campesinos. Estas fueron, entre otras cosas, las causas del fracaso agrícola.

Ostensiblemente disminuyó la construcción de viviendas y de escuelas.

Basta decir que en tres años no se construyeron ni 300 escuelas, mientras el gobierno de la DC construyó 3.600.

Estos son hechos.

Un último aspecto que creemos necesario destacar, ya que no podemos referimos a todo, lo constituye el clima de odio y violencia que reinaba en el país. Toda crítica, toda observación, era contestada con las injurias más violentas para quienes tenían la audacia de señalar los errores.

El Partido Socialista y el Partido Comunista crearon organizaciones armadas. Los socialistas la llamaron "Elmo Catalán" y los comunistas constituyeron la tristemente célebre brigada "Ramona Parra".

Se constituyeron asimismo los llamados "Cordones Industriales", que rodeaban las ciudades en forma estratégica; y como consecuencia de la escasez se organizó el racionamiento sobre la base de organismos políticos que empadronaban a los habitantes para ejercer el control sobre la vida de la población.

Como consecuencia de todo esto murieron cerca de cien personas y hubo innumerables heridos.

Así murió el ex Vicepresidente de la República y uno de los

fundadores del PDC, don Edmundo Pérez Zujovic, vilmente asesinado al salir de su casa por los miembros de una organización extremista. Los tres asesinos habían sido detenidos al final del gobierno de la Democracia Cristiana por haber perpetrado asaltos a mano armada y condenados por los Tribunales de Justicia a varios años de prisión.

El primer acto del gobierno de la Unidad Popular fue dejar en libertad a estos detenidos por actos ilegales, y entre ellos los tres que causaron la muerte de ese dirigente democratacristiano. Al indultarlos, el Presidente Allende justificó su acto llamándolos "jóvenes idealistas".

También murieron víctimas de esta violencia varios dirigentes juveniles de la DC y quedaron centenares de heridos.

Cuando los obreros del Cobre en huelga buscaron refugio en el local central del Partido, fueron atacados y hubo que instalar una posta de auxilios que en el día atendió, según información oficial del PDC, a más de 700 personas con heridas de toda especie, entre ellas 120 de carácter grave. Ese día el Presidente Aylwin y otros dirigentes, entre ellos yo mismo, estábamos en el local del partido y pudimos ser testigos de lo que ocurría.

Estas son las razones por las cuales el Partido Demócrata Cristiano estuvo en la oposición, oposición que progresivamente se hizo más dura por efectos de los abusos cada vez más graves que se cometían.

La posición del PDC en esta materia es intachable. Pasando por encima de su interés político inmediato, nunca rehuyó buscar soluciones para el país. Esto es tan claro que incluso se criticó acerbamente al partido por aceptar el diálogo.

Cada vez que el Presidente de la República deseó conversar con la directiva, a pesar de las reiteradas veces que ésta fue engañada, no se negó a hacerlo para que no se quebrara el régimen democrático. De eso hay constancia en las declaraciones de los dos presidentes del partido, señores Renán Fuentealba y Patricio Aylwin.

Cuando el conjunto de los obispos chilenos hizo un llamado para salvar la paz y evitar el conflicto y pidió un diálogo entre los

hombres de buena voluntad, el presidente del PDC aceptó hacerlo y planteó públicamente algunas bases para ello, que en último término significaban como condición básica volver al respeto de la Constitución y la Ley.

Todo esto que afirmo está en documentos públicos aparecidos en la prensa y difundidos por la radio y la TV. El Presidente de la República aceptó en principio nuestro planteamiento, para después rechazarlo. A fines de agosto, a pesar de que estas conversaciones terminaron por la imposibilidad total de que el gobierno aceptara los planteamientos del partido que eran extraordinariamente moderados vistas las circunstancias, nuevamente hubo una reunión en la cual el Presidente de la República, como lo ha dejado establecido el señor Aylwin, no presentó una sola base de entendimiento, afirmación nunca rebatida.

La directiva del partido llegó a la convicción de que exclusivamente se estaba ganando tiempo para preparar el control total del poder por parte de la Unidad Popular, y acelerar su aparato paramilitar y el reparto de armas.

Nadie puede, pues, decir que la Democracia Cristiana no agotó los procedimientos para llegar a un acuerdo. Jamás se le hizo una proposición seria. Nunca el Presidente ofreció una fórmula de gobierno. Al revés, señaló que sería imposible el ingreso de la DC al gabinete por la oposición socialista y de los partidos integrantes de la Unidad Popular.

Las Fuerzas Armadas, llamadas por la propia UP, aceptaron por tres veces en estos años integrar gabinetes ministeriales. Los partidos de la Unidad Popular, después de hacer profesión durante 40 años de antagonismo hacia las Instituciones Armadas, fueron los que trataron de mezclarlas en política, a pesar de su reiterada voluntad de no aceptar. Su presencia no logró modificar las líneas de acción gubernativa para evitar la catástrofe que se advertía venir.

Pocos días antes del 11 de septiembre, advirtiendo la DC la gravedad de la situación, convocó a los jefes provinciales del partido de todo el país, quienes por unanimidad recomendaron como supremo arbitrio que los senadores y diputados de la DC presen-

taran las renuncias a sus cargos sobre la base de que el gobierno llamara a un plebiscito y se sometiera a sus consecuencias, para buscar así una salida democrática al poder. Esto fue aceptado por la directiva y los parlamentarios que hicieron pública su decisión de renunciar. La proposición de un plebiscito fue siempre rechazada, pues si obtuvieron el 43% en marzo del 73, después la situación se degradó con gran rapidez, en especial porque se hizo ya perceptible el caos económico y político.

Yo pregunto: ¿Puede un partido hacer mayor esfuerzo y mayor sacrificio, siendo mayoritario en ambas ramas del Congreso en una elección reciente en que tuvo que soportar el embate y la violencia del gobierno, que ofrecer pública y responsablemente la renuncia de sus parlamentarios con el fin de buscar una salida democrática para el país?

Esta es la realidad. Por eso la Democracia Cristiana chilena puede decir ante el mundo que una vez más dio un ejemplo de honradez democrática y de lealtad con sus principios.

Un análisis objetivo de los hechos revela que la razón fundamental de que esta vieja democracia haya sufrido este embate fue el gobierno de la Unidad Popular, porque llevó al país a una situación que ninguno puede resistir, y aún es admirable la solidez de la democracia cristiana que resistió tanto.

Surge de todo ésto una reflexión básica.

¿Por qué lo ocurrido en Chile ha producido un impacto tan desproporcionado a la importancia del país, su población, ubicación y fuerza? ¿Por qué la reacción de la Unión Soviética ha sido de tal manera violenta y extremada? ¿por qué el comunismo mundial ha lanzado esta campaña para juzgar lo ocurrido en Chile y para atacar a la Democracia Cristiana?

La razón es muy clara.

Su caída ha significado un golpe para el comunismo en el mundo. La combinación de Cuba con Chile, con sus 4.500 Kms. de costa en el Pacífico y con su influencia intelectual y política en América Latina era un paso decisivo en el control de este hemisferio. Por eso su reacción ha sido tan violenta y desproporcionada.

Este país les servía de base de operación para todo el conti-

nente. Pero no es sólo esto. Esta gigantesca campaña publicitaria tiende a esconder un hecho básico: el fracaso de una política que se había presentado como modelo en el mundo.

¿Cómo explicar que esta experiencia que mostraban como camino a otros partidos democráticos y al socialismo europeo haya conducido a un país organizado y libre a tan terrible catástrofe económica y política, haya producido tal desesperación en las Fuerzas Armadas y en el pueblo chileno, pues éstas jamás podrían haber actuado sin la aquiescencia de la mayoría -hayan quebrado una tradición tan larga y tan honrosa que constituía nuestro orgullo?

Toneladas en propagandas no borrarán un hecho: llevaron a un país de ejemplar vida democrática al fracaso económico y al derrumbe de sus instituciones. Su esquema doctrinario y práctico era erróneo y su conducción desastrosa.

Tres días antes del 11 de Septiembre, el Presidente de la República dijo al país: "Nos queda harina para tres días". Se acababa hasta el pan. No había sucedido jamás.

Eso es lo que no se quiere analizar. Mejor dicho, se quiere ocultar.

Los socialistas europeos, democráticos y pluralistas, se sienten obligados a respaldar un partido que proclamaba su desprecio a la legalidad y como objetivo la revolución armada y violenta. Si no quieren ver los hechos ni los documentos, al menos podrían leer con atención las críticas que formulara a ese partido por su extremismo el propio Partido Comunista, que varias veces lo llamó a la cordura.

El otro hecho que la Democracia Cristiana debe analizar es el problema de las comunicaciones. No hay ninguna duda de que el caso chileno es un buen ejemplo de cómo un inmenso aparataje de propaganda es capaz de presentar las mayores falsedades y convertirlas en realidad.

Ya eso venía ocurriendo desde el comienzo del régimen, que como otros similares no se limitaba en cuanto a gastos de propaganda.

Pero lo ocurrido después del 11 de Septiembre es algo inverosímil para los chilenos.

Fueron miles los que escucharon decir a la Radio Moscú que habían muerto 700.000 mil personas, en dos días. Otros hablaban de 30.000 y que corrían ríos de sangre en Santiago.

Para nosotros una sola vida humana no tiene precio. No decimos esto por disminuir la tragedia a que el país fue llevado, pero según nuestras informaciones los muertos no llegarían a dos mil, lo que es bien diferente a tan burdas mentiras.

Entre las miles de falsedades que se propalaron: Murieron 35 parlamentarios. Falso. Ninguno. Fue asesinado Neruda. Falso y ridículo. Todos los órganos de publicidad le rindieron homenaje como a nadie en muchos años y en el edificio del Congreso Nacional la bandera se izó a media asta en señal de duelo.

Se destruyó el Hospital Barros Luco, el mayor de Chile. No hay un solo hospital destruido ni dañado en la más mínima parte. En el Hospital Barros Luco no hay ni un vidrio quebrado.

A qué seguir. Son cientos de ejemplos. No ha faltado un programa de televisión en Europa, que presentó como señales de bombardeo vistas del anterior terremoto.

Pedimos una sola cosa: vengan a ver lo que decimos. Tenemos derecho a pedirlo a nuestros amigos. Así lo hizo el señor Bruno Heck, dirigente de la DCU, quien pudo comprobar la verdad.

Que vengan a ver si hay alguna casa bombardeada en alguna población. En todo Chile dos por desgracia: La Moneda y la Casa Presidencial de los Presidentes adquirida en el gobierno de la Unidad Popular.

Que vengan a ver si hay una Industria o Centro Minero donde haya caído una sola bomba.

Nosotros no somos parte del actual gobierno. No defendemos los errores que se cometen, inevitables algunos, en una situación tan terriblemente difícil.

Pero tampoco podemos aceptar que la mentira se transforme en un sistema, mientras se ocultan las causas de una situación para encubrir la responsabilidad de quienes arruinaron y destruyeron la democracia chilena.

¿Cómo se explica que quienes invadieron Hungría y Checoslo-

vaquia, que ahora silencian o procesan a científicos, poetas y escritores, que no admiten ninguna crítica, ni la sombra de una libertad de información, pretenden dar lección de Democracia a Chile y a este Partido.

Además de escandaloso es ridículo.

Alaban y mantienen relaciones con Cuba, con miles de muertos, y después de 12 años aún con miles de presos políticos.

¡No son ellos los que pueden enseñarnos a los demócrata-cristianos y a Chile lo que es la Democracia!

Y lo que es aún peor. Sectores, es cierto minoritarios, en la propia Democracia Cristiana o en el mundo Democrático se dejan influenciar por esta propaganda o bien le hacen eco para ganar posiciones políticas y recibir el título de "izquierdistas"

Pobre destino de esos grupos: serán utilizados, primero, o servirán de puente para debilitar nuestros Partidos.

La posición popular, de avanzada y de justicia que sustenta la Democracia Cristiana es tan sólida que no puede admitir este verdadero "chantaje" político. Y nadie puede darnos lecciones de amor a la libertad y la democracia.

Somos realmente pluralistas y estamos dispuestos a concertar acciones con otras fuerzas políticas, pero no podemos hacerlo bajo un signo de permanente debilidad o sometimiento.

Cada partido en esto es soberano. Somos los primeros en respetar sus decisiones y comprender que es imposible juzgar desde fuera los condicionamientos de cada situación.

Creemos sí, que para poder formular una opinión, lo primero que debe existir es respeto mutuo y solidaridad y la confianza necesaria en el testimonio de quienes han estado vinculados durante toda una vida por comunes ideales y la evidencia de haberlo servido con inquebrantable lealtad.

En esto sin duda el comunismo mundial nos da una permanente lección.

Señor Presidente, éste es a nuestro juicio el proceso de lo ocurrido en Chile.

Naturalmente surge ahora la gran interrogante de cuál es el porvenir. A este respecto, es la directiva oficial del partido la que

dará una opinión autorizada.

Sin embargo, no puedo dejar de dar la mía propia, que he confrontado con un gran número de demócratacristianos. A mi entender, Chile afronta un período en extremo difícil y duro. Yo diría tal vez el más difícil de su historia. El desastre económico no se conocía en su verdadera magnitud. Reorganizar desde sus bases todo el aparato productivo, hacer renacer la Agricultura, revovar la maquinaria, detener la hiper-inflación, etc., etc., etc., será una tarea que exigirá enormes sacrificios.

Por otra parte, más de la mitad de las armas no se encuentran aún, hecho cuya trascendencia es fácil de apreciar.

Desde luego nuestro partido no integra el gobierno, como ya lo he dicho. El gobierno está formado enteramente por las Fuerzas Armadas y era difícil, por no decir imposible, que así no fuera.

Todos los chilenos, o al menos la inmensa mayoría, estantos vitalmente interesados en que se restablezca rápidamente la democracia en Chile. Y para esto es necesario que el país salga del caos y, en consecuencia, que el gobierno actual tenga éxito.

Las Fuerzas Armadas - estamos convencidos - no actuaron por ambición. Más aún, se resistieron largamente a hacerlo. Su fracaso ahora sería el fracaso del país y nos precipitaría en un callejón sin salida. Por eso los chilenos, en su inmensa mayoría, más allá de toda consideración partidista, quieren ayudar porque creen que ésta es la condición para que se restablezca la paz y la libertad en Chile. Cuanto más pronto se destierre el odio y se recupere económicamente el país, más rápida será la salida.

La Democracia Cristiana está haciendo, a mi juicio, lo que está en su mano en esta perspectiva, sin renunciar a ninguno de sus valores ni principios, siendo en este instante sus objetivos más fundamentales:

- _ pleno respeto a los derechos humanos.*
- _ pleno respeto a las legítimas conquistas de los trabajadores y campesinos.*
- _ vuelta a la plenitud democrática.*

Sabemos que esto no es fácil. La situación entera no es fácil. Y por eso mismo debemos actuar con la mayor responsabilidad.

Señor Presidente: Excúseme usted lo extenso de esta comunicación, pero ello se justifica por la importancia del problema que trata y por la forma como se ha distorsionado la verdad.

Por desgracia, los innumerables documentos y actuaciones de la Democracia Cristiana durante estos tres años no fueron dados a conocer en Europa. Esto justifica la extensión de mi carta.

Quiero terminar diciéndole en esta ocasión que recuerdo dos hechos de mi viaje a Europa de 1971. En esa oportunidad un gobernante Europeo me dijo que nuestro país estaba perdido, y agregó textualmente: "Cuando el comunismo agarra, nunca suelta". Poco después un alto representante de la Democracia Cristiana en el gobierno de su país, manifestó que el caso chileno era un caso perdido.

A ambos les dije que estaban equivocados, porque si bien Chile quería un avanzado proceso de transformación social, jamás aceptaría un régimen totalitario. Los dos me miraron con esa benevolencia con la que se trata a un visitante ingenuo.

Con la misma seguridad con que afirmé en ese entonces que Chile saldría adelante, puedo afirmar hoy que, a pesar de lo duro y doloroso que pueda ser el esfuerzo, nuestro país se levantará y volverá a dar una lección de Democracia y de libertad.

Y en esa tarea está empeñado este país, y la Democracia Cristiana una vez más desempeñará un papel conforme a lo que ha sido su historia y es su porvenir.

Saluda con la mayor atención al señor Presidente,

EDUARDO FREI MONTALVA

ANEXO

El Presidente del Partido, señor Renán Fuentealba, en sesiones del 28 y 29 de septiembre de 1971 analizó extensamente la situación política, económica y social del país. Después de señalar los graves atentados a la libertad, el atropello a las personas, las injurias de que eran objeto los representantes del PDC, decía textualmente:

"En consecuencia, la responsabilidad del señor Allende frente a cuanto ocurre es inexcusable. Si el Presidente de la República estima sinceramente que el diálogo es necesario, hay que buscar las coincidencias y aceptar las discrepancias sobre la base del respeto recíproco. Pero la DC ya no puede seguir aceptando más esta doble juego, esta política de dos caras, en que mientras unos piden colaboración, otros injurian calumnian y pretenden dividirnos...

"Con toda seguridad el Partido tendrá que revisar la estrategia seguida hasta ahora y se verá obligado a endurecer sus líneas. Hay muchos compromisos que no se cumplen, compromisos que dicen relación con las persecuciones funcionarias, con la disolución de los grupos armados, con la aprehensión y castigo de todos los implicados en el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic, con la parcialidad del Canal de Televisión, con los ataques al Congreso y al Poder Judicial, con la prepotencia en las organizaciones sociales, etc."

"Esto nos coloca, a nuestro juicio, en situación de tener que usar sin contemplaciones las herramientas constitucionales y legales de que disponemos con el fin de obligar al gobierno a cumplir compromisos libremente aceptados".

El 16 de diciembre de 1971 dijo el senador Fuentealba, Presidente del PDC:

"El pueblo de Chile rechaza que una minoría pretenda, atropellando a las personas, a nuestras leyes, e ignorando las organi-

zaciones populares, pasando sobre ellas o sobre sus bases pretenda construir a espaldas suyas y muchas veces en contra de su voluntad un orden que nada tiene que ver con el socialismo a la chilena, libre, pluralista y democrático que se prometió, porque día a día se advierte con mayor claridad que nuestros tan poco originales gobernantes, desean copiar aquí sistemas socialistas imperantes en otros países, empeñándose hasta en reproducir paso a paso sus distintas etapas". y agregaba:

"En medio de momentos de gran indignación y frustración para nosotros, hemos sabido mantener la calma y jamás ha pasado por nuestra mente la idea de aprovecharnos de hechos tan dolorosos, para poner en riesgo la estabilidad del régimen.

"Hemos recibido promesas, ha pasado el tiempo y ellas no se han cumplido, por el contrario, se ha confundido nuestra serenidad con debilidad y desde el propio gobierno se nos ha disparado con el fin de destruirnos material y moralmente. Hombres nuestros han sido calumniados, injuriados y atacados con saña. Todo esto ha ocurrido a la vista y paciencia del Presidente de la República y de su Ministro del Interior, las más de las veces ante su silencio cómplice".

Agregaba ya en esa fecha, denunciando que el Presidente de la República había constituido una guardia privada, sin participación ni de Carabineros ni de las Fuerzas Armadas.

"Aparte de esa organización ilegal es sabido de toda la opinión pública que existen otros grupos armados, algunos de los cuales han hecho asaltos a bancos, casas comerciales, asesinando a destacados hombres públicos o funcionarios de investigaciones, a carabineros, a un estudiante, a un agricultor y herido a bala a numerosas personas."

Después de denunciar los atropellos a la Ley, la forma como lo calificó el Presidente del Partido de ese entonces -inicia de la utilización de los medios de propaganda, la existencia de los grupos armados ilegales, etc., se refiere a los atropellos a los campesinos y después de indicar de qué manera se persigue a todas las organizaciones sindicales campesinas no afectas al gobierno, termina diciendo:

"Se trata de una persecución implacable cuya última finalidad es doblegar la mano a campesinos que no aceptan ser esclavizados por el yugo del oficialismo y se oponen a que la tierra sea convertida en una gran hacienda de propiedad del Estado."

Después de la elección complementaria, el 16 de enero de 1972 en una declaración oficial del mismo Presidente del PDC se leía:

"Después del triunfo del candidato de la DC, el pueblo le está cobrando la palabra al señor Presidente de la República y a la combinación del gobierno a fin de que se respeten los compromisos contraídos en un doble sentido: primero, que la nueva sociedad socialista que se pretende crear sea realmente democrática y pluralista y se respeten los valores esenciales de la democracia, los derechos de la persona humana y en especial su libertad; y segundo, para que la marcha hacia el socialismo se desarrolle por un camino también democrático y pluralista, es decir, por la llamada vía chilena.

"El pueblo de Chile se opone categóricamente a que en forma directa o indirecta, abierta u oculta, se conduzca al país hacia una sociedad Estatista o Totalitaria, y repudia los métodos que las fuerzas marxistas de la UP utilizan como sus armas habituales."

En julio de 1972 el senador señor Fuentealba en declaración pública a nombre de toda la oposición chilena dice que todos han coincidido en declarar:

Primero, que en Chile bajo el actual gobierno ya no existe verdadera democracia, porque sobrepasando el imperio de la Constitución y de la Ley se está conduciendo al país en forma cada vez más acelerada a una dictadura totalitaria..."

"Segundo, que el Presidente de la República reiteradamente se ha burlado del país, especialmente en estos últimos días, cuando era posible pensar que existía el propósito de rectificar la magnitud de los errores cometidos y encauzar el proceso de transformaciones por la vía democrática, según sus expresiones y discursos, y una vez más se comprueba que se trata de simples declaraciones contradichas por los hechos que ocurren a su vista y paciencia..."

"Tercero, que todo este proceso político deja claramente al des-

cubierto que los partidos de gobierno tienen una sola meta, que es de establecer en Chile la dictadura totalitaria."

Y el 24 de agosto, en carta pública al Presidente de la República, dijo el señor Fuentealba:

Es usted, Excmo. Señor, el principal responsable de lo que ocurre, y lo es moral, legal y constitucionalmente".

"Aprovechando las favorables circunstancias creadas por una mala conducción del país los sectores extremistas renuevan sus demagógicas demandas para arrastrar a nuestra Patria a un enfrentamiento sangriento"

"Si el gobierno que usted preside insiste, con ceguera inaceptable, en sus erróneos planteamientos económicos y políticos, tenemos derecho a pensar que hay toda una confabulación para crear las condiciones que favorezcan tal desenlace".

"Insistir en la política de alzas y desabastecimientos, de estériles y amenazantes arrestos de autoridad, de abuso y arbitrariedad en la administración pública, es arriesgar seriamente el carácter democrático del proceso de cambios que los demócrata cristianos nos hemos comprometido a resguardar y acelerar".

El 27 de octubre de 1972, replicando al Presidente de la República quien condenaba un extenso movimiento huelguístico producido en el país por causas de orden principalmente económico, decía el Presidente del PDC:

"Como siempre el Presidente de la República, que parece jugar con la suerte del país como con una moneda falsa de dos caras, no se refirió para nada a los innumerables actos de violencia que sectores adictos a su gobierno han venido realizando *no solamente en estos días sino en los últimos meses* y que han llevado la angustia, la incertidumbre y el miedo a gran parte de nuestra población. Podríamos citar no menos de 40 ó 50 casos de violencia..."

Con fecha 11 de abril de 1973, el Consejo Plenario Nacional del PDC, bajo la presidencia del señor Renán Fuentealba, declaraba entre otras cosas:

El PDC llama a todos a tomar plena conciencia de lo que significa la amenaza anti-democrática representada por un gobierno incapaz de controlar los procesos económico y social

pero al mismo tiempo deseoso de conservar todo su poder actual y de acrecentarlo en forma desmedida"

Y el 18 de abril el mismo Presidente del Partido contestando algunos ataques decía:

"De continuar así este régimen del señor Allende, se desmoronará sólo por su anormalidad, su carácter totalitario y su incapacidad para construir realmente en Chile una nueva sociedad como quieren los chilenos: justa, pacífica y democrática."

Por su parte el señor Patricio Aylwin como Presidente del Senado decía el 12 de abril de 1972:

"Se explica así la contradictoria realidad que Chile está viviendo, caracterizada por el imperio aparente de una legalidad formal., mientras en el fondo se la socava de modo permanente y sistemático mediante su desprestigio o mediante la política de los hechos consumados al margen de la ley."

"Basta ya el engaño de cubrir con palabras tranquilizadoras sobre la vía chilena, democrática y legalista de construcción del socialismo, la desnuda realidad de hechos consumados al margen de la ley con la reconocida e inequívoca intención de establecer un régimen estatista y totalitario."

Y agregaba: "que seguir citando hechos sería demasiado cansador. Lo claro es que todo revela una acción perfectamente organizada de corte definitivamente fascista, que franca o solapadamente, sirviéndose a veces de la Ley, otras veces torciéndola o simplemente atropellándola, persigue el fin confesado por la ideología marxista y sus satélites: conquistar la totalidad del poder".

El 13 de septiembre de 1972 el mismo Presidente del Senado decía, después de señalar una serie de atropellos cometidos por la autoridad:

"Es útil en esta hora, ~~para entender~~ para entender lo que sucede, que el marxismo-leninismo chileno, encabezado por el actual Presidente de la República, participó en agosto de 1967 en la Primera Conferencia de OLAS y concurrió a adoptar la resolución general sobre el punto 1) de la Agenda:

"La lucha revolucionaria anti-imperialista en América Latina", en que se establece lo siguiente:

"El primer objetivo de la revolución popular en el continente es la toma del poder mediante la destrucción del aparato burocrático y militar del estado y su reemplazo por el pueblo armado para cambiar el régimen socio-económico existente. Este objetivo sólo se conseguirá a través de la lucha armada, que será feroz y sin cuartel contra los ejércitos de la oligarquía"

El mismo Presidente que firmaba esta declaración y que representaba dicha organización; hablaba después del camino legal hacia el Socialismo.

Por su parte, don Clodomiro Almeyda, Ministro de Relaciones exteriores, en entrevista publicada en el N° 42 de la Revista Punto Final, declaraba al señor Augusto Olivares, asesor del Presidente de la República:

"No creo que en Chile sea la guerrilla la forma fundamental en que ha de expresarse la violencia revolucionaria. En este país existe un real proceso político, que se ha ido integrando en los últimos años cada vez más capaz de la población en su seno..."

"La fase superior de la lucha política, que es la *violencia revolucionaria*, no surgirá aquí de un foco externo a ese proceso político, como sería el foco guerrillero típico definido por Debray, sino, a la inversa, emergerá como resultado de la agudización y del calentamiento al rojo del proceso político vigente".

Si esto decía el señor Clodomiro Almeyda, Ministro de Relaciones Exteriores, el Partido Socialista por su parte, citado así por el Presidente del Senado, en el informe al Pleno Político ese mismo año 72 decía:

"El Estado burgués en Chile no sirve para construir el socialismo y es necesaria su destrucción. Para construir el socialismo los trabajadores chilenos deben ejercer su dominación política, deben conquistar todo el poder. Es lo que se llama la dictadura del proletariado".

En el mismo informe el Partido Eje del gobierno, al cual pertenecía el Presidente de la República, se decía:

"Para los revolucionarios, la solución no está en esconder o negar el objetivo de la toma del poder y del socialismo, sino en preparar a las masas para lograrlo".

"Rehuir el enfrentamiento o moderar la lucha de clases constituye un gravísimo error".

"Para los socialistas cada pequeño triunfo eleva el nivel del próximo choque, *hasta que lleguemos al momento inevitable de definir quien se queda con el poder en Chile*, el momento de dilucidar violentamente entre el poder de las masas y el de las fuerzas reaccionarias internas".

Terminaba su intervención el Presidente del Senado diciendo:

"Dentro de este cuadro lo más inquietante es la ambigüedad del Presidente de la República. El habla cada vez que puede de su propósito de construir en Chile el socialismo en democracia, pluralismo y libertad, pero tolera inmutable y al parecer complacido las acciones de sus colaboradores y partidarios que ostensiblemente atropellan la Constitución y pregonizan la violencia."

Por último subrayaba el señor Aylwin, Presidente del Senado:

"Frente a esta permanente contradicción entre lo que el Presidente dice y lo que su gobierno hace, cobran actualidad algunos conceptos vertidos por el señor Allende en la entrevista que le hizo el señor Régis Debray, publicada en la revista Punto Final en marzo de 1971, que da acaso la clave de su conducta".

"Refiriéndose al Estatuto de Garantías Constitucionales que el señor Allende aceptó "como la regla moral de un compromiso ante nuestra propia conciencia", el periodista le preguntó si era imprescindible negociar este Estatuto de Garantías Democráticas, a lo que el señor Allende contestó textualmente:

Sí, por eso lo hicimos. Sigo pensando que fue correcto suscribir ese Estatuto, pero creo conveniente aclarar que no se trató de una negociación, pues no cedimos una línea de nuestro Programa de Gobierno. Fue una necesidad táctica".

Y terminó expresando: *"En ese momento lo importante era tener el Gobierno".*

Es necesario recordar aquí que ese Estatuto se negoció por la Directiva del PDC. Hubo diversos cambios de Documentos hasta llegar a su redacción final. Si eso no es una negociación, ¿que es una negociación?

Por último el señor Allende, siendo aún Senador, concurrió al

Congreso a votar la Ley de Garantías Constitucionales y declaró que juraba solemnemente cumplirlas.

Al señor Debray le declara después que era una necesidad táctica porque "lo importante en ese entonces era tener el poder".

SEGUNDA FILA

William Thayer Arteaga.

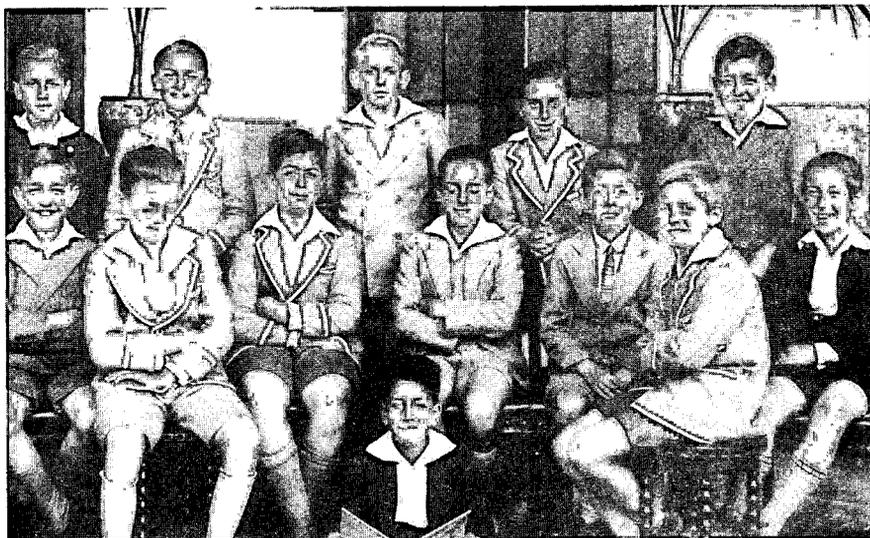
IMAGENES



Vida Universitaria.

- Aspirante a oficial
- Recluta de Pinochet
Regimiento Maipo (1939)

INFANCIA. Tres años de vida. Viña del Mar
(1922)



Alumnos mas premiados de la preparatoria. Colegio Padres Franceses, Viña del Mar. (1930)



Al ser nombrado **Ministro del Trabajo**, junto a su hijo menor, Tomás (Octubre de 1964).



Discurso pronunciado durante la Conferencia Internacional del Trabajo en el Palacio de las Naciones (Génova), ante delegados de 102 países (2 de Junio de 1965).

15ª Sesión de la Conferencia General de la UNESCO (1968).
Junto a él el Dr. Roberto Barahona y Jorge Cash (Miembro Consejo Ejecutivo).





Recepción a la Reina Isabel II, en los salones del Palacio Cousiño (1964).



Ministros de Segunda Fila: Ramón Valdivieso. Hugo Trivelli, William Thayer.

Rectoría de la Universidad Austral: Junto a Felipe Herrera (1969).

